

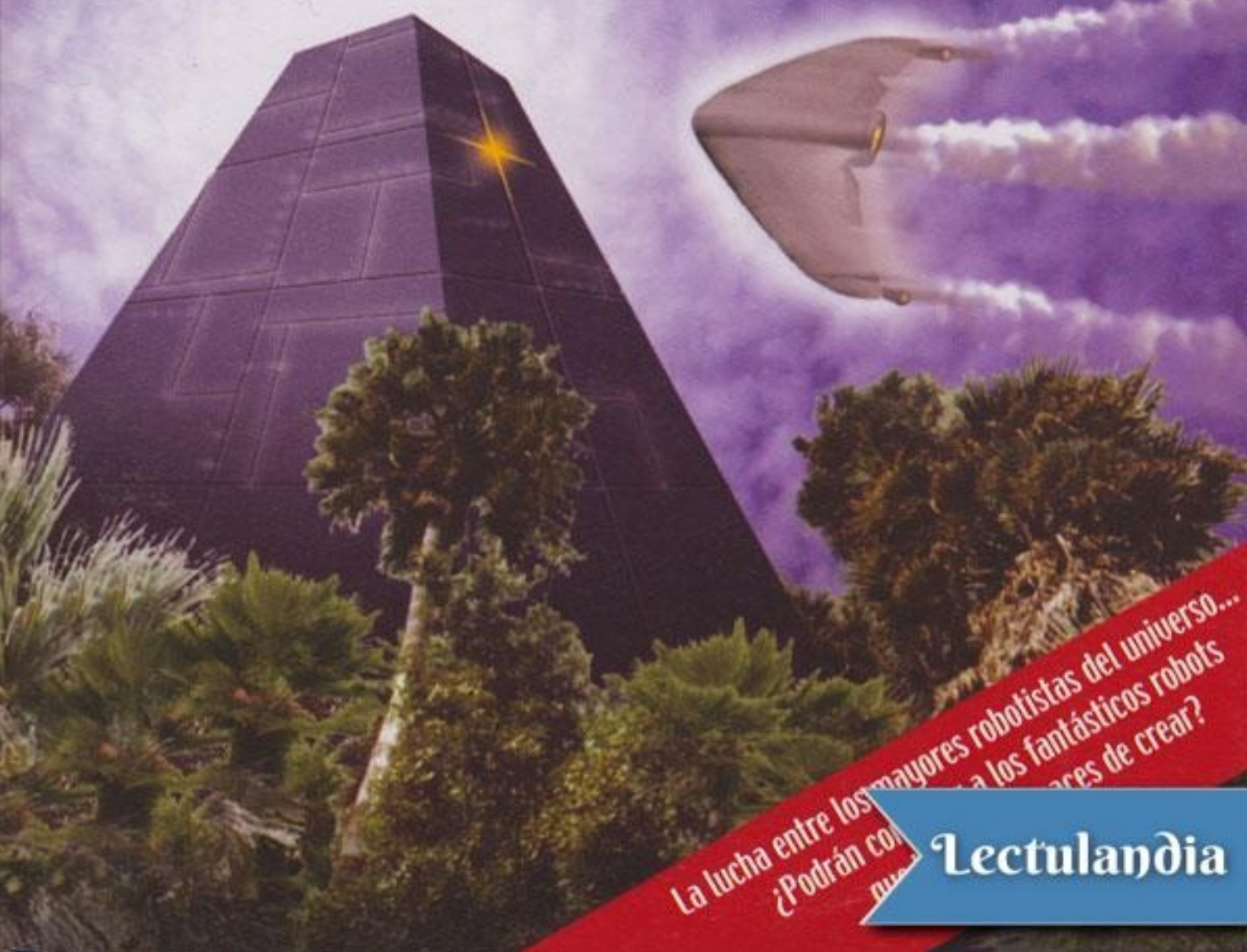
ROBOTS & ALIENS



isaac
asimov

HUMANIDAD

Jerry Oltion



La lucha entre los mayores robotistas del universo...
¿Podrán controlar a los fantásticos robots
que han creado?

Lectulandia

La búsqueda de Derec de su identidad le ha conducido a través de la galaxia para recoger poco a poco las piezas de su vida. Primero fue Ariel Burgess, la mujer cuyo amor perdió y tuvo que volver a ganar tres veces. Después su padre, el doctor Avery, el genio loco que comenzó su experimento en el cuerpo del propio Derec. Ahora, está inmerso en una prueba que amenaza con hacer tambalearse las Leyes de la Robótica.

Lectulandia

Jerry Oltion

Humanidad

Robots & aliens 12

ePub r1.0

jdriky 15.03.14

Título original: *Humanity*
Jerry Oltion, 1990
Traducción: Diana Villanueva
Prologuista: Isaac Asimov
Diseño de portada: Blas Parejo

Editor digital: jdricky
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

LEYES DE LA ROBÓTICA

1. *Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión permitir que un ser humano sufra daños.*
2. *Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la Primera Ley.*
3. *Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la Primera Ley o la Segunda Ley.*

ROBOTS Y EVOLUCIÓN

Isaac Asimov

Generalmente en el Universo se dan dos tipos de cambio: el catastrófico y el evolutivo. El cambio catastrófico se define por una alteración grande de circunstancias en un periodo de tiempo corto. El cambio evolutivo se caracteriza por lentas alteraciones de circunstancias durante un periodo de tiempo largo. Está claro que el cambio catastrófico es más drástico, pero si observamos el Universo que nos rodea, está igualmente claro que el cambio evolutivo es la norma.

Una estrella puede brillar durante muchos millones e incluso muchos millares de millones de años y va evolucionando lentamente hasta que alcanza un punto en el que (si es lo suficientemente grande) se produce una pérdida de equilibrio, por así decirlo, y en el espacio de unos pocos minutos o de unas pocas horas, explota como una supernova y desaparece. ¡Catástrofe! Pero, a partir de entonces, existe como una enana blanca, una estrella de neutrones, o un agujero negro y regresa al cambio evolutivo prolongado.

De nuevo una enorme nube de polvo y gas, dando vueltas lentamente y condensándose, sufre un cambio evolutivo hasta que su centro alcanza el nivel de temperatura y presión en el que la fusión nuclear puede comenzar. Se produce entonces su encendido y nace un sol. ¡Catástrofe! Pero, a partir de entonces, un sistema planetario evoluciona por espacio de unos pocos de millones de años, alcanza su equilibrio y continúa evolucionando durante unos pocos millares de millones de años.

No obstante, un planeta como la Tierra puede desarrollarse geológicamente por un periodo de millones de años, tal vez incluso millares de millones, experimentando lentos cambios que devienen en la extensión del lecho marino, el desplazamiento de placas y la deriva continental, el alzamiento y la erosión de las cadenas de montañas, y demás. Se producen interrupciones en forma de catástrofes menores: un terremoto aquí, una erupción volcánica allí, una repentina inundación acullá, pero, a pesar de todo y en medio de tales hechos, el cambio evolutivo continúa. Existe incluso, de vez en cuando, la posibilidad de una colisión de cometas o asteroides que puede producir una catástrofe mucho mayor, pero incluso después de eso, el cambio evolutivo sigue su curso.

Los cambios catastróficos resultan difíciles de estudiar dado que sólo se dan en intervalos largos (cuanto mayor sea la catástrofe más largos, en general, los intervalos), son repentinos y con frecuencia son impredecibles. Los cambios evolutivos, sin embargo, están siempre a mano, siempre disponibles para su estudio prolongado y detallado. Por lo tanto, en línea con lo que pone menos trabas,

olvidémonos de la catástrofe, al menos en esta introducción, y concentrémonos en la evolución.

Debemos ocuparnos de dos tipos de evolución distintos. En primer lugar, hay un tipo de evolución que no es dirigida sino que sucede sólo en respuesta a las fuerzas ciegas de la naturaleza. Estas están gobernadas, se puede decir, por las generalizaciones que hemos observado a las cuales llamamos «las leyes de la naturaleza».

En segundo lugar, existe la evolución dirigida, cambios que tienen lugar en respuesta a las necesidades directrices de alguna inteligencia.

La evolución no dirigida es lo que estudiamos generalmente: los cambios lentos que tienen lugar en el Universo, en estrellas individuales, en el planeta en el que vivimos.

Así y todo, si consideramos las vidas diarias de los seres humanos, seguramente la evolución dirigida es la más importante. A lo largo de los cuatro o cinco millones de años de evolución de los homínidos, los seres humanos han aprendido a hacer taburetes de madera, a usar el fuego, a desarrollar el pastoreo y la agricultura, a modelar cerámica, a inventar técnicas metalúrgicas y a dirigir la tecnología en diversas direcciones. Durante los últimos dos siglos y cuarto hemos industrializado el mundo y ahora tenemos a nuestra disposición cosas tales como ordenadores y naves espaciales. Además, hemos desarrollado técnicas culturales así como tecnológicas, y hemos creado literatura, arte y filosofía.

Todo esto no ha sido el resultado de una obediencia ciega y directa de las leyes de la naturaleza. Esas leyes nos controlan, sí, y nos imponen límites. Dentro de los límites marcados por estas leyes, la humanidad y sus ancestros han realizado progresos dirigidos por sus propias respuestas inteligentes a las necesidades de la vida.

Puede comprobar la naturaleza evolutiva de la tecnología humana si imagina un despliegue de todos los medios mecánicos destinados al transporte que han sido producidos por la humanidad, empezando con los carros de los sumerios y llegando hasta los cohetes de hoy.

Si estudiase una vasta selección de estos aparatos cuidadosamente organizada en función de su complejidad y eficiencia ascendente, y que pudiera ramificarse en diferentes direcciones: vehículos de tierra, vehículos acuáticos, vehículos aéreos, los impulsados por seres humanos, los tirados por animales, los empujados por la fuerza del aire o del agua, los que se mueven gracias a motores de formas variadas, ¿cuáles serían sus conclusiones?

Si fuera una inteligencia incorpórea, de otro lugar, que no supiera que esos instrumentos han sido hechos por el hombre, podría suponer que algún proceso evolutivo no dirigido había tenido lugar; que de alguna manera hubo una fuerza

inherente en los medios de transporte que los ha conducido a llenar varios nichos tecnológicos y a hacerlo con especialización y pericia crecientes. Estudiaría formas ancestrales y notaría cómo los medios de transporte aéreos se desarrollaron a partir de los terrestres, por ejemplo, y encontraría formas intermedias. O si, en algunos casos, no encontrase formas intermedias, le echaría la culpa a lo incompleto de la lista. Idearía toda clase de artilugios tecnológicos (además de la inteligencia) que darían cuenta de los cambios que observase.

Pero entonces, cuando hubiese acabado del todo y tuviese una teoría completa de la evolución tecnológica, alguien puede decirle: «No, no, estás delante de una evolución dirigida. Todos estos objetos fueron creados por la inteligencia humana. Todos estos cambios son el resultado de la experiencia de los humanos, que poco a poco han aprendido a fabricar artefactos que responden a sus necesidades de manera más eficiente».

Eso puede llevarle a pensar que los científicos pueden haber malinterpretado igualmente los archivos de la evolución biológica. Tenemos una vasta colección de fósiles que representan formas de vida antiguas y ya extintas. Las organizamos de manera que muestren un cambio constante de formas más simples a más complejas, de menor a mayor variedad, de aquellos que son menos parecidos a nosotros a los que son más como nosotros, y de todo ello producimos una teoría de la evolución biológica no dirigida que implica fuerzas que actúan en respuesta ciega a las leyes de la naturaleza.

Pero ¿podemos decir ahora que, como en el caso de los medios de transporte, hemos sido engañados? ¿Podemos imaginar la historia de la vida en la Tierra como un caso de evolución dirigida con una forma de inteligencia (llamémosla «Dios») detrás de cada uno de los cambios?

No, hay una diferencia fundamental. En el caso de la evolución tecnológica, cada instrumento, cada instrumento por sí mismo, es fabricado por el hombre. Ningún artefacto tecnológico (del tipo que hemos tenido hasta la fecha) puede hacer otros como él. Si los seres humanos detuvieran sus manos y sus cerebros, el resultado sería que la evolución tecnológica pararía de inmediato.

En el caso de la evolución biológica, cada artefacto (si es que podemos usar el término para un organismo vivo) produce muchos más o menos como él y sin ningún signo de dirección externa alguna. Es la imperfección del proceso, el hecho de que las crías no son exactamente como los padres o como los demás lo que dirige la evolución.

Pero ¿puede la evolución no dirigida volverse dirigida bajo algunas condiciones? Ciertamente, sí.

A lo largo de casi toda la historia de la Tierra, los seres vivos no han tenido más elección que cambiar ciegamente como resultado de mutaciones genéticas al azar y

de lentos cambios evolutivos en las condiciones de vida. Las catástrofes a veces resultaron en extinciones en masa, también inevitables.

Fue sólo con la llegada del *Homo sapiens sapiens* cuando finalmente existió un cerebro que fue capaz de interferir deliberadamente en el desarrollo evolutivo. Empezando hace unos diez mil años, los seres humanos comenzaron a criar plantas y animales de tal manera que enfatizaron aquellas características que consideraron más valiosas. Desarrollaron granos que producían más comida por acre; animales que producían más carne, o leche, o huevos, o lana; que eran mayores, más fuertes y más dóciles.

De alguna manera, incluso guiamos nuestra propia evolución, haciéndonos seres más sociales, más capaces de sobrevivir en ciudades abarrotadas o bajo el dominio de una tecnología terriblemente compleja. (No es que nos adaptemos muy bien, pero sólo hemos tenido un corto periodo de tiempo en el que desarrollar esas características).

Ahora estamos empezando a ser capaces de hacer ingeniería genética y la dirección de nuestra evolución puede llegar a ser más precisa y eficiente (si podemos tomar una decisión sobre la dirección en particular en la que será más seguro proceder).

Eso nos lleva a los robots que representan lo que es quizá un punto intermedio entre tecnología y vida.

Los robots que he retratado en mis primeras historias de robots eran máquinas. A pesar de lo inteligentes que parecían, estaban tan indefensas bajo el dominio de la tecnología como lo estaba una carretilla. Eran aparatos que no podían reproducirse a sí mismos y que por lo tanto, no podían participar de la evolución no dirigida. Si se quería un robot mejorado, un robot diferente, un robot más especializado, un robot más versátil, tal cosa tendría que haber sido construida por diseñadores humanos.

Por supuesto que a medida que seguí escribiendo mis historias, los robots avanzaron, se hicieron más complicados, más inteligentes, más capaces, pero su evolución continuó estando dirigida.

¿Qué pasaba con los cerebros de los robots? A medida que se acercaban al cerebro humano en carácter, ¿no acabarían por tomar el control de las cosas? Los cerebros de mis robots, sin embargo, están férreamente sujetos a las Tres Leyes de la Robótica, y eso los limita de una forma que no comparten con los cerebros humanos.

Pero pensemos de nuevo. La evolución es cuestión de generaciones, de numerosos individuos, cada uno de ellos ligeramente diferentes de todos los demás, yendo y viniendo. Un único organismo durante el espacio de tiempo que dura su vida no evoluciona en el sentido biológico. Un único chimpancé no se convierte en un ser humano, ni siquiera da un paso, aunque pequeño, hacia convertirse en un ser humano

en el transcurso de su vida.

Aunque un organismo individual no pueda desarrollarse por sí mismo, sí que puede aprender, y cuanto más complejo sea su cerebro, más eficiente y radicalmente podrá hacerlo. Aprender es una forma de cambio, si no biológico, entonces al menos cultural. Este punto no tiene que ser discutido en conexión con los seres humanos, pero ¿qué ocurre con los robots?

Llegué a un momento crucial en mis propias historias de robots con la aparición del R. Daneel Olivaw en *Las Cuevas de Acero* y de R. Giskard Reventlov en *Robots e Imperio*. Daneel era un robot humaniforme, al que no se podía distinguir de los seres humanos salvo porque era muy superior a los seres humanos desde un punto de vista moral. Giskard era de metal, pero poseía el poder de adaptarse a las emociones humanas.

Cada uno de ellos era lo suficientemente complejo como para ser capaz de aprender, a pesar del peso de las Tres Leyes de la Robótica. En *Robots e Imperio*, Daneel y Giskard descubrieron la amistad mutua. También descubrieron el concepto de trabajar por el bien de la humanidad como algo superior a la tarea de trabajar por el bien de los seres humanos individuales, y así avanzaron a tientas hacia lo que yo llamo la «Ley Zeroth de la Robótica».

De algún modo, los robots pueden incluso ofrecer complejidades mentales que van mucho más allá de las de los seres humanos. ¿Qué ocurre si el «cableado» del cerebro de un robot es reemplazado por otro pero se hace de manera imperfecta, de manera que el robot es consciente de dos tipos de impresiones? ¿Una forma de esquizofrenia robótica? ¿Qué ocurre si un robot originalmente diseñado para una sociedad en particular es forzado a realizar sus funciones en una sociedad enteramente diferente? ¿Cómo reacciona su cerebro a esto? (Este volumen de la serie *Robots & Aliens* gira en torno a cuestiones de esta clase).

¿Puede la naturaleza no dirigida de la evolución de los robots volverse también dirigida? Por ejemplo, imagine que la tarea de los robots es formar otros robots y, en particular, diseñar los patrones cerebrales de otros robots. Esto sería el equivalente robótico de la ingeniería genética y los robots, de esta manera, podrían dirigir su propia evolución.

O si tuviera robots humaniformes como Daneel y los dividiera en macho y hembra con la habilidad de procrear, a la manera humana, podría dar pie a una forma de evolución humana, pero entonces la distinción entre los robots y los seres humanos tendería a desaparecer y con ella la posibilidad de historias de robots significativas.

De vuelta a casa

Habían llamado a la nave *La caza del ganso salvaje* porque cuando se subieron en ella para marcharse de su hogar hubo quien dudó de que el viaje valiese para algo. Ahora la nave giraba alrededor de su mundo de origen una vez más y sus pasajeros aún se preguntaban si habían conseguido algo que mereciese la pena.

Y habían conseguido mucho; nadie pensaba lo contrario. Durante sus viajes habían transformado una de las ciudades robóticas mutables del doctor Avery en un juguete para alienígenas inteligentes, habían reprogramado otra ciudad robot para servir a una civilización emergente en otro mundo alienígena, habían formulado un conjunto de normas que describía las motivaciones existentes detrás del comportamiento humano, casi habían encontrado a la madre de cuatro de los miembros del grupo y habían puesto fin a la carrera del pirata alienígena que había seguido sus pasos durante años. No obstante, la palabra clave era «útil» y ninguna de sus acciones recibía la aprobación unánime de la totalidad de la tripulación.

Todos ellos imaginaban que convertir una ciudad en un juguete no era más que una irritante lección de inutilidad. Derec y Ariel también tenían importantes reservas respecto a dejar la otra ciudad robot en manos de los pretecnológicos seres lobo. A ninguno de los miembros humanos de la tripulación, ni siquiera a Wolruf, su compañera alienígena, les preocupaban lo más mínimo las «Leyes de la Humánica» de los robots y aunque Derec estaba entusiasmado ante la perspectiva de encontrar a su madre, su padre albergaba una emoción contraria y, aparte de eso, habían perdido su pista.

Incluso librarse del pirata Aránimas era sólo un éxito a medias porque, aunque no le habían matado, las implicaciones morales inherentes a su método de tratar con él habían conducido a tres de los robots al equivalente positrónico de la catatonía.

Era el momento de regresar a casa y reflexionar sobre las cosas.

Casa significaba en este caso Robot City, un planeta entero cubierto de la metrópoli cibernética eternamente cambiante y mutable del doctor Avery. Al menos eso era lo que había cuando se fueron. Ahora, sin embargo, desde su posición ventajosa en la órbita cercana, parecía como un planeta terraformado esperando pobladores.

Tres humanos, una alienígena y un robot se apelotonaban en la cabina de control de la nave para verlo aparecer en la pantalla visor. Era un grupo variopinto para cualquiera que lo mirase. La alienígena, Wolruf, ocupaba el asiento del piloto, las exigencias de su cuerpo canino alteraban su asiento otorgándole una configuración que un humano hubiera considerado incómoda como poco. Su pelo castaño y dorado

había sido cepillado con esmero, mas no llevaba ninguna pieza de vestir u ornamento sobre él.

A su derecha estaba Derec, un joven rubio, de rostro alargado y cuerpo esbelto que tenía la expresión de impaciencia característica de los exploradores. Su ropa era funcional: pantalones sueltos de tela suave, adecuados para cualquier cosa, desde el yoga hasta la reparación de una máquina que pierde aceite. Como parte de arriba llevaba una camisa del mismo material: ambas piezas eran de color azul claro. Acurrucada a su derecha estaba Ariel, igualmente delgada, aunque más disimuladamente, de pelo oscuro y no tan obviamente impaciente como su compañero. Era evidente que había pasado más tiempo delante de su armario que él. Ella también llevaba pantalones y una blusa entallada justo donde era necesario y más suelta donde favorecía su figura. Dejaba ver su piel a la altura del escote y de las caderas, lo suficiente como para resultar sugerente más que provocativa, al tiempo que los suaves tonos amarillos y marrones de su blusa y pantalón ponían una nota de color frente a la uniformidad del atuendo de Derec.

Al otro lado de Wolruf estaba el doctor Avery. Era la versión envejecida de Derec: más bajo, más gordo, más cano, con bigote, su rostro todavía no tenía arrugas pero delataba el paso del tiempo y de la experiencia. Llevaba sus habituales pantalones holgados, una camisa blanca con el cuello con volantes y una chaqueta más grande de la cuenta: hoy, como casi todos los días, de color gris. Su expresión era de perplejidad mezclada con preocupación.

Detrás de los humanos estaba Mandelbrot, el único de los cuatro robots de a bordo presente en la sala de control. Era un modelo antiguo de robot hecho en acero y plástico, salvo por su brazo derecho recientemente reparado, y no llevaba ninguna ropa sobre el enchapado anguloso de su cuerpo, ni sus sensores visuales o la rejilla de su altavoz mostraban ninguna expresión reconocible.

Derec, cuyos ojos iban de la pantalla visor a sus compañeros y viceversa, fue el primero en expresar en voz alta la pregunta que todos ellos se hacían:

—¿Estás segura de que este es el planeta correcto?

Wolruf, girándose levemente en la silla del piloto, asintió con su hermosa cabeza.

—Afirmativo.

—Entonces, ¿qué le ha pasado?

—Ser difícil decir —Wolruf apretó un botón para inmovilizar la imagen de la pantalla visor, después deslizó un control hacia arriba, incrementando la ampliación de la imagen hasta que la superficie moteada del planeta comenzó a mostrar detalles. Allí donde esperaban ver las aristas pronunciadas de edificios y calles, vieron en su lugar las copas, como penachos, de los árboles. Senderos angostos encontraban su paso serpenteando entre ellos y a medida que Wolruf daba más aumento vieron que los senderos ocasionalmente se juntaban en lugares señalados que coincidían con

rocas, troncos de árboles muertos o cuevas naturales. No se veía el menor rastro de edificios.

El ángulo de visión cambió progresivamente a medida que la nave continuó moviéndose en órbita, hasta que se quedaron de frente a un mar de árboles en lugar de sobre él. La imagen se volvió más y más nítida al cambiar de ángulo y, tras un momento, Derec se dio cuenta de que se debía a que cuanto más bajo fuese su ángulo de visión, más porción de atmósfera tendrían para orientarse.

—Intenta con otra vista —le dijo a Wolruf y la alienígena de pelo dorado retiró la lente de aumento y abandonó su objetivo. La cámara siguió avanzando y la imagen se convirtió en una mancha borrosa en movimiento hasta que de nuevo miraron hacia abajo directamente desde la nave.

Una línea irregular, fronteriza entre la selva verde y un trozo de verde más claro de otra cosa llamó la atención de Derec:

—Ahí —dijo—. Amplía eso.

Una vez que Wolruf lo hizo, pudieron ver una vasta pradera de hierba ondulante. No era como el campo de un granjero, toda del mismo tipo y de la misma altura, sino más bien una labor de retazos de varias especies, algunas altas, algunas bajas, con arbustos y árboles ocasionales diseminados entre ellas. De nuevo había senderos, aunque menos que en plena selva y de nuevo la escena carecía de signos que revelasen que estuviera habitada por humanos. A pesar de todo había habitantes: pequeños puñados de animales de cuatro patas pastando bajo la atenta mirada de halcones y águilas que los sobrevolaban en círculo.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —preguntó Avery.

Derec miró a su padre, abrió la boca para responder pero después lo pensó mejor. Se volvió a Wolruf y en su lugar dijo:

—Probemos con otra vista.

Wolruf la mostró. Se veía una extensión desnuda de arena, interrumpida esporádicamente por grupos solitarios de cactus. Cerca del borde de la pantalla un árbol proyectaba su sombra sobre un charco de agua. Algún tipo de animal de cuatro patas más bien pequeño saltó al agua, cerciorándose de la ausencia de depredadores.

—Realmente se lo han tomado en serio —murmuró Derec, rascándose la cabeza desconcertado.

—¿Que se lo han tomado en serio? —preguntó Avery—. Esto es obra tuya, ¿no? Derec asintió.

—Imagino que debe serlo, aunque ciertamente no esperaba esto.

—¿Qué esperabas? ¿Qué les pediste que hicieran?

Derec titubeó por un momento al principio, finalmente dijo:

—¿Recuerdas nuestra discusión justo antes de marcharnos, cuando quise usar los animales que Lucius había creado como el punto de inicio de un verdadero

ecosistema biológico y cómo tú, en su lugar, hiciste que los robots cazadores los mataran a todos? Bien, cuando entramos en la nave, le dije al ordenador que accediera a mis archivos sobre ecosistemas equilibrados, y... bueno... que hiciera uno basado en lo que encontrase allí.

Se notaba que Avery estaba pensando en una respuesta a aquella revelación. Apretaba los puños y los tendones del cuello se le tensaban al tragar. Mandelbrot se acercó a Derec, preparado para proteger a su señor en caso de que Avery decidiera atacarle físicamente.

Avery le vio moverse, frunció el ceño y arremetió con una patada contra el robot. El sonido hueco que hizo el zapato contra el metal recorrió en forma de eco la totalidad de la sala de control. A la vez que daba la patada, Avery gritó:

—¿Por qué siempre tienes que hacerme esto? Justo cuando creo que tengo algo que marcha bien, vienes tú y echas, literalmente, tierra a mis trabajos —señaló la pantalla que todavía mostraba el desierto, pero desde un ángulo tan bajo que las alteraciones atmosféricas entre él y la nave le hacían brillar como si estuvieran verdaderamente bajo el calor del mediodía.

Mandelbrot retrocedió a causa de la patada, absorbiendo el golpe para que así Avery no se hiciese daño en el pie, pero ese fue su único movimiento. Derec miró primero a su padre, después al robot y de nuevo a su padre. De alguna manera, Mandelbrot era el primer logro de su vida. Había reconstruido el robot a base de restos de otros y en los años siguientes, el robot había pasado de ser un sirviente a un compañero. Quizá por esa razón Avery había maltratado a la pobre cosa desde el día en que se conocieron. Derec había estado a punto de disculparse por su error con la ciudad, pero ahora, en respuesta a la pregunta de Avery, dijo simplemente:

—Tal vez sea un rasgo de familia.

Se miraron fijamente durante unos segundos que parecieron eternos, se podía sentir cómo su malestar inundaba la sala antes de que Ariel dijera indignada:

—Chicos.

Sin tenerlos en cuenta, ni a ellos ni a su enfrentamiento, esquivó a Derec para ponerse al lado del asiento de Wolruf y dijo:

—¿Puedes encontrar algún resto de la ciudad?

—Visualmente no —admitió la alienígena—, pero tener otros métodos —durante el tiempo que estuvo operando los controles, la imagen de la pantalla pasó rápidamente de nuevo a un plano general, después se puso borrosa, cambió a imágenes de color falso y mostró lo que debía ser un mapa topográfico con códigos de color.

—Definitivamente estar obteniendo actividad de neutrinos —dijo ella—. Así que haber algo que todavía estar usando transformadores de microfusión.

Derec renunció al enfrentamiento visual que mantenía con Avery para ver mejor

la pantalla visor.

—¿Dónde? —preguntó.

—En todas partes —contestó Wolruf—. Haber multitud de fuentes, repartidas por todo el planeta. Incluso haber más debajo de la superficie.

—¿La ciudad está bajo tierra? —preguntó Ariel.

—Ver nosotros —Wolruf operó los controles durante unos minutos más a la vez que iba explicando lo que estaba haciendo—. Estar intentándolo con el radar de penetración, buscar puntos huecos. Y en efecto, ahí están —en la pantalla una imagen llena de sombras mostraba las familiares formas rectangulares de la ciudad.

—¿Qué hay en la superficie, sobre ellas? —era Avery hablando con un tono de voz poco educado.

Quizá como recompensa o tal vez fruto de su propia curiosidad, Wolruf substituyó la imagen de radar por la visual una vez más y de repente estuvieron contemplando el amplio valle de un río de fondo llano. El río que lo había ocasionado serpenteaba perezosamente a través de grupos de árboles, pasaba entre riscos de escasa altura cubiertos de hierba y arbustos, y continuaba, libre de obstáculos, fuera del alcance de la pantalla visor. Ningún resto de la ciudad que una vez cubriera la superficie entera del planeta estropeaba la perfección de la naturaleza que lo ocupaba ahora, y nada que pudiera verse con aquella luz indicaba que debajo hubiese algo más que un lecho de roca.

La vista del suelo desnudo sin la ciudad sobre él volvió a despertar la ira de Avery.

—¿Y ahora cómo se supone que vamos a entrar? —preguntó.

Sin mirarle Ariel dijo:

—Debe de haber trampillas de acceso o algo así.

—¿Y cómo las podemos encontrar?

—Preguntando —Mandelbrot se paró durante el medio segundo o así que le llevó que todo el mundo le mirase y entonces añadió—. Estoy en comunicación con el ordenador central. Confirma la afirmación de Ariel: En la nueva disposición de la ciudad hay ascensores hasta la superficie. Puede dirigimos a cualquiera que queramos utilizar.

Wolruf se echó a reír con la risa gutural típica de los de su especie.

—¿Qué diferencia representar? De todos modos ser todo lo mismo.

—Todo salvo la Torre de la Brújula —dijo Avery. Miró a Wolruf y después a Derec—. Siempre y cuando esté todavía allí.

—Está —respondió Mandelbrot—. La programación original de la ciudad no ha sido alterada en este caso. Es el único edificio en el planeta que permanece sobre la superficie.

—Entonces allí es donde iremos.

Wolruf volvió a los controles.

—Eso estar hecho —dijo—. Cero grados latitud, cero longitud. Sólo ser después del amanecer allí, así que tener luz. Poder hacer en esta órbita si ir ahora.

—Entonces hazlo. Cuanto antes lleguemos abajo, antes devolveré a mi ciudad a la normalidad —Avery dirigió a Derec la última mirada malhumorada y después salió indignado de la sala de control.

Derec miró a Ariel con una sonrisa y se encogió de hombros.

—Buf.

Rio Ariel.

—Buf —repitió Avery—. Cambiáis la superficie de todo un planeta con una orden y eso es todo lo que tienes que decir, ¿buf?

Viniendo de Avery aquellas palabras tenían el claro propósito de resultar ofensivas, pero Ariel no tenía intención de molestarle y Derec lo sabía. Pensó que era divertido, al igual que él. Los robots siempre malinterpretaban sus órdenes, siempre hacían cosas que no esperabas que hicieran; esto era sólo un caso extremo. Aun así, no era nada por lo que hubiera que enfadarse. Averiguarían por qué la ciudad había hecho lo que había hecho, solucionarían el problema y eso sería todo.

—Deceleración empezar en siete minutos —advirtió Wolruf.

Derec miró por la pantalla visor. Wolruf había alineado la nave de tal manera que apuntaban justo sobre el horizonte que quedaba detrás de ellos en órbita. La gravedad interna había impedido que los ocupantes de la nave sintiesen la maniobra o el tirón de la nave al frenar, pero la advertencia de Wolruf llevaba consigo una sugerencia implícita: era el momento de abrocharse los cinturones de seguridad. La gravedad de la cabina compensaba el movimiento programado como, por ejemplo, el de la propulsión de un cohete, pero reaccionaba de manera lenta a los cambios inesperados. La sacudida del aire al efectuar la entrada les zarandearía, al igual que cualquier maniobra que el generador de gravedad no pudiera anticipar.

La nave también comprendió la intención de Wolruf. Una semana antes no lo hubiera hecho, al intentar evitar que la nave respondiese a cada comentario como si fuera una orden, Derec y Avery habían hecho sin querer que también ignorase las órdenes de la alienígena, pero ya lo habían arreglado. La nave había funcionado perfectamente durante todo el camino de vuelta a casa e hizo lo mismo ahora. Cuando Wolruf lanzó su advertencia, dos protuberancias se elevaron en el suelo detrás y a ambos lados de su butaca de control, se moldearon a sí mismas en sillas de un estilo más humano y se giraron para permitir que Derec y Ariel tomaran asiento. Una vez que estuvieron instalados cómodamente, unos resortes de seguridad para las caderas y los hombros salieron de los reposabrazos y reposaespaldas, se cruzaron sobre los ocupantes de los asientos y se unieron de manera invisible para sujetarlos.

Mandelbrot continuó de pie, pero la nave hizo crecer una barra detrás de él para

que se sujetara, a la que se agarró con su mano izquierda. Parecía inadecuado, pero con la energía de un transformador de microfusión detrás de esa mano no se movería un ápice.

Sin duda alguna Avery, dondequiera que se le hubiera ocurrido ir, habría sido obligado a sentarse en una silla, y los tres robots prisioneros que no respondían a ningún estímulo estarían también sujetos de algún modo.

Los que estaban en la cabina de control observaban cómo el planeta se deslizaba por debajo de la nave mientras se terminaba la cuenta atrás; después el motor de descenso se encendió y lo vieron pasar un poco más despacio. Podían oír el rugido suave de los motores nucleares a través del casco que no estaba insonorizado, pero aquello y la perspectiva cambiante a medida que iban cayendo hacia el planeta eran la única indicación de que algo estaba ocurriendo.

A medida que perdieron velocidad orbital y cogieron velocidad descendente su velocidad aparente comenzó a aumentar. El horizonte se hizo más llano y parecieron estar alejándose de él más y más deprisa. Wolruf le dio la vuelta a la nave hasta que estuvieron de nuevo encarados en la dirección del movimiento, y el resto del camino cayeron en la atmósfera. El zumbido del aire pasando a gran velocidad a su lado reemplazó el rugido del motor de descenso.

Wolruf era un piloto excelente. Tenía que serlo; si no lo hubiera sido la nave robótica no la hubiera dejado ni arrimarse a los controles, ya que la nave podía haber aterrizado perfectamente sin su participación. Que la dejara hacerlo sin su ayuda era un enorme cumplido y Wolruf probó que lo merecía sólo segundos antes de aterrizar.

Habían descendido a través de una capa de nubes altas y delgadas y ahora estaban planeando con unas alas que la nave había hecho crecer una vez que alcanzaron un espesor de aire suficiente para usarlas. La nave había reconfigurado su motor en un reactor atmosférico, que Wolruf no había utilizado mientras aprovechaba lo que quedaba de su velocidad orbital. A través de la pantalla visor podían ver pasar cada vez más rápido un mar ondulante de copas de árboles y en la distancia una pirámide resplandeciente con la parte superior plana que tenía que ser la Torre de la Brújula. Wolruf giró la nave hacia la derecha de la pirámide, balanceándola en un amplio círculo alrededor de la torre mientras examinaba la selva en busca de algún lugar adecuado para el aterrizaje.

No había ninguno. La bóveda que formaban los árboles estaba completamente cerrada. Al finalizar el círculo, Wolruf volvió la cabeza hacia Mandelbrot y preguntó:

—¿Dónde se supone que deber aterrizar?

—En el... —Mandelbrot comenzó a responder, pero Derec, que no había apartado la mirada de la pantalla visor vio una repentina señal de movimiento directamente delante de ellos y gritó:

—¡Cuidado!

Se produjo un fuerte golpe y una sacudida no compensada por la gravedad interna. Wolruf se golpeó la cabeza contra la pantalla visor justo cuando otra forma negra avanzó hacia ellos aleteando y otro porrazo sacudió la nave.

Al instante el aire pareció llenarse de obstáculos que batían sus alas de forma frenética. Era una suerte de pájaros enormes, fácilmente de tres o cuatro metros de largo. La nave se zarandeaba sometida a los repetidos impactos y las secciones irregulares de la pantalla visor se oscurecieron a medida que los sensores exteriores eran destruidos o simplemente cubiertos por los restos que quedaban. Wolruf profirió lo que sin lugar a dudas era un elaborado juramento en su lengua, forzó la palanca del acelerador todo lo que pudo y tiró de los controles de vuelo para elevar la nave por encima de la bandada. Tres pájaros más volaron hacia ellos. Wolruf descendió pero los pájaros hicieron lo mismo; entonces la nave recibió un nuevo impacto, como un mazazo, y de repente empezaron a inclinarse y caer.

—Fallo del motor —anunció el piloto automático.

—Crecer a ti otro —ordenó Wolruf.

—Fabricándolo.

Wolruf se esforzó en enderezar la nave, consiguió que planeara de nuevo e intentó ver entre los trozos oscuros de la pantalla visor.

—Tener muy poca altura —murmuró—, darte prisa con ese motor.

—Estoy metamorfoseando a máxima velocidad. El motor estará operativo en cuatro minutos.

—¡No tener cuatro minutos! —bramó Wolruf, después inmediatamente añadió—. Dar a mí más ala.

—Expandiendo la superficie del ala.

Derec miró a Ariel y se encontró con que ella le estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—Lo lograremos —dijo, sorprendido por lo calmado que parecía al hablar. Ella asintió en silencio pues evidentemente no confiaba en su propia voz y extendió una mano hacia él. Derec se dio cuenta de que no importaba lo calmado que hablara, se agarraba con tal fuerza a su asiento que dejaría la marca de sus dedos en su blanda superficie. Liberó su mano y tomó la de Ariel sujetándola con mucho más cuidado. Juntos volvieron a mirar la pantalla visor.

Las copas de los árboles parecían estar sólo unos pocos metros por debajo de la nave. La vista que quedaba justo en frente estaba oscurecida; Wolruf inclinó la nave hacia delante y hacia atrás para ver qué había en su camino. Entre un movimiento y otro un árbol singularmente alto surgió al parecer de la nada, dándole sólo tiempo suficiente para maldecir y ladearse de repente para esquivarlo. La nave se tambaleó al rozar el ala más baja contra la copa de otro árbol, pero el ala demostró ser más resistente que la madera, y siguieron volando. Wolruf los niveló de nuevo y tiró hacia

atrás suavemente del control de vuelo para darles más altitud. Todavía estaban moviéndose bastante deprisa, pero su velocidad ahora disminuía ostensiblemente.

—Realmente necesitar ese motor —dijo Wolruf.

—Dos minutos y medio —respondió el piloto automático.

—Para entonces haber caído —murmuró. Miró a su izquierda, fuera de una sección de la pantalla visor relativamente clara y llegó a una decisión. Al grito de «¡jagarrarse!» llevó la nave hacia la izquierda, sostuvo la inclinación hasta que estuvieron dirigidos directamente hacia la Torre de la Brújula y la niveló de nuevo.

—La torre es demasiado estrecha —empezó a decir el ordenador—. La velocidad relativa de vuelo es demasiado alta como para aterrizar en ella sin un fuerte golpe —pero era demasiado tarde. La Torre de la Brújula venía hacia ellos, una pared inclinada se elevaba por encima de sus cabezas, visible ahora a través de las zonas claras a ambos lados y por encima. Wolruf mantuvo su ángulo de aproximación hasta que pareció que estaban a punto de estrellarse de cabeza contra él, después en el último momento tiró hacia atrás con fuerza de la palanca de control y los puso casi paralelos a la pared inclinada.

La torre con forma de pirámide se elevaba por encima de la jungla con un ángulo de alrededor de sesenta grados. Se golpearon a unos cincuenta grados más o menos. La violenta sacudida del impacto arrojó a todos contra los dispositivos de seguridad que los sujetaban e incluso Mandelbrot tuvo que desplazarse para evitar perder el equilibrio; después, con el chirrido de metal deslizándose sobre metal derraparon resbalando hacia el otro lado de la torre.

La gravedad de la cabina había desaparecido por completo en la colisión. Sintieron una desagradable ingravidez y después una sacudida más al aplastarse de lado sobre la lisa cúspide y continuar deslizándose a lo largo de su superficie. Los cuatro ocupantes de la sala de control observaban con mórbida fascinación a medida que se acercaban el extremo más lejano.

—Cielos, deber ir yo de esquina a esquina —gruñó Wolruf, y por un momento pareció que eso fuera su epitafio, pero a medida que se deslizaron a través de ella la superficie de la torre se hizo más y más áspera delante de ellos y la nave se paró cuando le quedaban cuatro o cinco metros por delante.

Derec se dio cuenta de que había estado casi a punto de estrujar la mano de Ariel. Lo habría hecho si ella no le hubiera estado agarrando casi con tanta fuerza como él. Respirando profundamente, ninguno de ellos tenía ganas de hablar todavía, se soltaron y flexionaron sus doloridos dedos.

Wolruf dejó escapar un suspiro, soltó los resortes de seguridad de su asiento y se preparó para ponerse de pie sobre el suelo inclinado.

—Bien —dijo—, bienvenidos a casa.

Unas horas más tarde, Wolruf estaba en la base de la torre y escudriñaba la densa jungla que la rodeaba. Se había excusado de la cena de felicitación que Ariel había propuesto, diciendo que estaba mal del estómago y disculpándose para ir a darse una carrera que le permitiera estirar los músculos. Por supuesto que pretendía irse a correr, aunque sólo fuera para garantizar su soledad, pero en realidad la razón de que quisiera estar a solas no eran los retortijones que sentía sino la vergüenza. A pesar de las felicitaciones de sus compañeros (incluso Avery la había elogiado por su habilidad como piloto y no había hecho ni una sola alusión a que Derec hubiera creado los pájaros que habían hecho necesaria dicha habilidad), sin embargo, a pesar de su sentido agradecimiento, Wolruf sabía que era ella, no Derec, la responsable última del accidente.

«Estúpida, estúpida, estúpida, volar en círculos a escasa distancia de una selva y no tener cuidado con los pájaros. Especialmente en una selva desconocida, llena de especies extrañas e imprevisibles».

Si hubiera hecho algo semejante en casa, la hubieran expulsado de la academia de entrenamiento tan rápidamente que ni siquiera le hubiera dado tiempo a la puerta a entallarle el rabo al cerrarse. Sí, después había demostrado gran rapidez mental, les había librado de una buena, pero todas las alabanzas que obtuvo por su extravagante pilotaje simplemente la irritaban aún más. Su fallo inicial casi los mata a todos.

—Así aprender de tus errores —gruñó en su propia lengua, citando una de las frases favoritas de su viejo instructor, pero escuchar los sonidos guturales de su lengua le trajeron de repente el recuerdo de su tierra natal y echó para atrás la cabeza dejando escapar un aullido largo y lastimero.

Los árboles le devolvieron su eco. Entonces, débilmente, procedente de lo más recóndito de la selva, escuchó otro aullido como respuesta.

Un escalofrío recorrió su espalda. No era exactamente una respuesta, no en palabras, de ningún modo, pero el significado era tan claro como el de su alarido. *No estás sola.*

¿Y quién podía haber proferido semejante grito en este planeta que hasta hacía poco había estado sólo lleno de robots? Wolruf no tenía ni idea. No había ninguna posibilidad de que fuera un miembro de su propia especie; era la única de su clase en el espacio humano y lo sabía. Pero cualquiera que hubiera sido la boca que profirió aquel grito pertenecía a una criatura que era al menos similar a ella y le había dirigido una invitación clara de compañía.

En ese momento no se sentía muy exigente. Tomó aire, inclinó la cabeza hacia atrás y aulló de nuevo, renunciando a palabras de significado más profundo: *Ya voy.* Sin esperar una respuesta, se adentró en la espesura.

Ariel escuchó su aullido desde la habitación del apartamento que habían elegido

prácticamente al azar de entre los miles que había en la ciudad subterránea. Las ventanas eran pantallas visores, programadas en ese momento para mostrar la escena desde la parte superior de la Torre de la Brújula y por supuesto también transmitían sonido. Ariel había estado cepillándose el pelo; se detuvo con el cepillo todavía enredado en una mata de rizos oscuros, se aproximó a la ventana y escuchó. Se oyó otro aullido resonando por toda la selva y otro más. Uno era sin lugar a dudas de Wolruf, pero no ambos. Un pájaro añadió un chillido de alarma, o quizá de burla, al intercambio.

Algún instinto primitivo disparó sus reflejos hormonales, liberando adrenalina por su torrente sanguíneo, preparándola para luchar o escapar en caso de necesidad. Sintió como su pulso se aceleraba, sintió el acaloramiento repentino de su piel.

Los aullidos se repitieron.

Sintió el sabor del miedo en su boca. ¡Estaba a diez niveles por debajo del suelo!

—Resulta tan extraño escuchar sonidos de animales en este lugar —murmuró.

Derec estaba tumbado en la cama, tenía un brazo sobre los ojos y el otro estirado a su lado. Apartó el que tenía sobre la cara lo suficiente como para poder ver a Ariel y dijo:

—Lo es. Aunque creo que me gusta.

—A mí también —otro alarido la hizo estremecerse y añadió—. Siempre y cuando yo esté aquí dentro.

—No te encariñes con esto. Avery probablemente lo tendrá todo convertido en ciudad de nuevo en el plazo de una semana.

Ariel continuó acicalándose, desenredó el cepillo y continuó peinándose.

—¿De verdad crees que lo hará?

—Lo imagino. Parece bastante decidido.

—¿No podrías pararle? Tu orden tiene prioridad. Si les dices a los robots que quieres que siga de la misma manera, te obedecerán, ¿no?

—Tal vez. No sé si merece la pena.

—Mmm —dijo Ariel.

Tal vez no. Igual que viene se va y todo eso. Además Avery había comenzado a actuar como un ser humano antes de que descubriera el proyecto de ecosistema de Derec; quizá mereciera la pena dejarle devolver la ciudad a la forma originalmente planeada si eso hacía que fuese más fácil tratar con él.

—¿Adónde iría si no? —preguntó Ariel.

Derec dejó caer su brazo de nuevo sobre sus ojos.

—Al centro de ordenadores, ¿dónde más?

—Por supuesto —Ariel se dio la vuelta apartándose de la ventana y caminó hacia el espejo. Siguió cepillándose el pelo, pero observó el reflejo de Derec no el suyo. Podía haberle mirado directamente ya que tenía los ojos cerrados, pero de algún

modo le gustaba hacerlo en el espejo, como si pudiera ver algo en él que no podría observar de otra forma.

Lo que observó le gustaba tanto como para que no le importase la forma. Derec era de complexión atlética, con los músculos bien definidos y resultaba atractivo para casi cualquiera que le viera. Indudablemente lo era para Ariel. Hasta la fecha se había enamorado de él dos veces, sin pasar por las complicaciones del desgaste de una relación entremedias. La amnesia tenía esas ventajas.

Y él también se había enamorado de ella dos veces. Al menos eso era lo que ella creía. Una había sido la definitiva y esa era esta, así que ¿qué importaba si la primera vez se trataba de un capricho pasajero como ella sospechaba? La amaba ahora, ¿no?

Como si pudiera leer su mente, le vio levantar el brazo de nuevo y mirarla desde esa posición y la sonrisa tan cariñosa que se dibujó en su cara fue todo lo que necesitó saber. Él se levantó de la cama ágilmente y se acercó para besarla en el hueco que quedaba entre su cuello y los hombros, y susurró:

—Bueno, ¿y por qué no cogemos un manta y nos vamos de paseo por la selva mientras todavía está aquí?

El doctor Avery se había ido por supuesto al centro de ordenadores, pero sólo el tiempo necesario para usar un terminal personal y ordenarle a la ciudad que crease un laboratorio de robótica completamente equipado. Mientras hacía eso, dispuso un equipo de seis robots de servicio general y los guio de vuelta a los restos de la nave en lo alto de la torre.

—En la bodega de carga de ese amasijo —les dijo apuntando aproximadamente en su dirección— encontraréis tres robots en bloqueo comunicativo. Quiero que los saquéis de ahí y que los llevéis a mi laboratorio. No intentéis despertarles bajo ninguna circunstancia. ¿Está claro?

—Sí, señor Avery —le contestó el robot que estaba más cerca de él.

—Bien. Adelante.

Los robots entraron en fila en la nave, usando una conveniente abertura en el casco en lugar de la cámara estanca. Avery sonrió al verlo ya que la presencia todavía abollada de los restos significaba que su plan se estaba cumpliendo. Le había ordenado a la nave que no se reparase, que no hiciera nada hasta que él sacase a los robots. No se habían despertado al estrellarse, pero ¿quién sabía lo que podía provocar que lo hicieran? Era mejor pecar de exceso de cautela. Esta era sólo la segunda vez que entraban en bloqueo en su presencia y había desperdiciado su oportunidad de estudiarlos en detalle la primera vez. No iba a dejar pasar esta oportunidad también.

Derec no lo aprobaría, él había sido quien había convencido a Avery para que no lo hiciera la primera vez, rogándole que no interfiriera con su desarrollo, pero

realmente a Avery no le importaban lo más mínimo los deseos de Derec ahora. Ni le importarían en el futuro. Durante un tiempo había llegado a pensar que podía realmente interesarse por su hijo de nuevo, pero al descubrir que durante todo este tiempo el muchacho le había estado engañando, distrayéndole con su estúpido planeta mientras su aparentemente inofensivo programa borraba la mayor creación de Avery, cualquier sentimiento que pudiera tener por él había quedado borrado por la traición.

Y por extensión por Janet también, aunque nunca había sido tan loco como para creer que pudiera sentir apego por ella otra vez.

Sus robots eran otra cosa...

Sí, a él interesaban mucho los robots que ella había creado. No es que le gustaran, pero indudablemente le interesaban. ¡Eran unas criaturas tan extrañas! Infinitamente maleables, incluso más que sus robots proteiformes; estos tres robots de Janet no eran sólo físicamente mutables sino mentalmente mutables también. Nunca sabías con qué nueva y extraña idea te iban a sorprender la siguiente vez. Su programación inicial era radicalmente diferente de la de un robot normal y tenían la asombrosa habilidad de integrar las experiencias de su vida directamente en esa programación, modificando sus motivaciones básicas con cada una de las nuevas situaciones a las que se enfrentaban. Eran las primeras máquinas de aprendizaje heurístico que Avery había visto.

No estaban libres de fallos, por supuesto. La típica ejecución atolondrada de Janet de una idea brillante había dejado sus psiques marcadas sin posible reparación, pero la idea en sí misma era exquisita. Al igual que el concepto mismo de los robots celulares, daba lugar a un número infinito de posibilidades, pero darse cuenta de ellas dependería del genio de Avery.

Los robots de servicio general salieron de entre los restos de la nave de dos en dos, cada pareja llevaba un robot inerte, rígido como una estatua. Avery examinó cada uno de ellos al pasar delante de él.

Primero vino Lucius II, así se había autodenominado el sucesor del primer robot creativo de Robot City. Como el original no existía, ninguno se preocupaba de utilizar el numeral. Lucius se parecía un poco a los robots que le transportaban: liso y carente de cualquier rasgo en el torso y en los brazos y piernas, poco más que una figura humanoide idealizada, optimizada en pro de su eficiencia. Sin embargo, no estaba tan bien definido como ellos. Sin una dirección consciente, su apariencia física había comenzado a retroceder a la forma de su primera copia, pero había llegado demasiado tarde para Lucius. Había pasado las primeras semanas como una masa sin forma y esa experiencia se revelaba ahora en la forma redondeada, casi pastosa, de su cuerpo.

Su rostro estaba mejor articulado. También se había suavizado un poco, como el de una figura de cera que hubieran dejado mucho tiempo al sol, pero todavía se podía reconocer el rostro de Derec en ella.

A Avery no le sorprendía. El muchacho había sido siempre una fuerte influencia en el robot. Lucius había incluso propuesto que los dos se tratasen como amigos con todos los derechos y obligaciones que aquello implicaba; no era de extrañar que el proceso de copia hubiera descendido al nivel instintivo.

A continuación venía Adán. Un examen poco detallado hubiera conducido a quien le mirase a creer que Adán había copiado en primer lugar a Wolruf, ya que era a quien más se parecía el robot, pero el observador ocasional estaría equivocado. Los rasgos caninos de Adán tenían su origen en su temprana copia de los seres-lobo, los alienígenas lobunos primitivos, aún en la Edad de Piedra, que incluso ahora delimitaban su territorio en una de las ciudades abandonadas de Avery. El parecido de Wolruf con los seres lobo era pura casualidad, a menos que uno considerara la evolución paralela como algo más que coincidencia.

Tal vez lo fuese, pensó Avery. La evolución separada de dos especies de lobos, tres en realidad, si se tenía en cuenta a los lobos terrestres también, era una prueba lo bastante buena de que la forma canina era un hogar eficiente de una inteligencia al menos moderada. Avery dudaba de que fuese mejor que la forma humana, pero era lo suficientemente científico como para darse cuenta de que ahí demostraba sus prejuicios. Tal vez la forma canina era más eficiente. Ahora mismo la evidencia estaba en tres contra uno. Uno y medio, quizá, si se incluía al pirata Aránimas como marginalmente humanoide, pero los humanoides eran aun así superados.

No obstante era una muestra lamentablemente pequeña como para emitir un juicio. Necesitaban estudiar muchos más alienígenas antes de estar seguro.

¿Era eso lo que Janet intentaba hacer con sus robots? ¿Los había abandonado a su suerte, sin forma y sólo con la programación más básica, en lo que ella pensaba que eran mundos vacíos, para ver qué forma imitarían de entre las inteligentes? ¿Estaría haciendo sus propios alienígenas para estudiarlos?

Si así era, entonces había triunfado al menos parcialmente en aquella ambición. Sus robots se comportaban de una manera lo suficientemente extraña como para ser alienígenas.

Los robots de servicio sacaron al tercer robot inerte de la nave. Este, Eva, era el que parecía más humano de todos, pero Avery sabía que era sólo un fenómeno superficial. Su primer encuentro con un ser orgánico había sido con Ariel y a ella se parecía ahora, pero sus experiencias desde entonces hasta ahora habían sido muy similares a las del resto. Era igual de peligrosa, igual de impredecible que los demás.

Con los robots fuera de la nave, Avery no la necesitaba más.

—Dile al ordenador central que limpie estos restos —le dijo a uno de los robots de servicio.

—Sí, señor —respondió el robot y casi inmediatamente la nave empezó a convertirse en un charco de dianita no diferenciada, las células robots de que se

componía la ciudad. Las células de la nave se unieron a las células de la torre regresando al inventario general. Las pocas partes que no estaban hechas de dianita, en su mayoría fragmentos del motor, fueron absorbidas enteras para ser transferidas internamente al centro de reciclaje.

Avery no se quedó a mirar. Siguió a los robots de vuelta en el ascensor y los llevó abajo, muy por debajo de la torre, al nivel de transporte, utilizando las cintas deslizantes que se movían hacia el laboratorio recién fabricado. Dio un resoplido de disgusto al pasar del carril exterior al interior que era más rápido, después esperó pacientemente a que el más veloz les llevara a su destino. ¡Tecnología terrícola! Las cintas deslizantes estaban bien para mover grandes multitudes de gente, pero eran ridículamente ineficaces para una ciudad de robots. Avery miró a ambos lados, hacia delante y hacia atrás, y vio sólo tres pasajeros más, lo suficientemente lejos como para ser pequeñas manchas en la distancia.

¿Por qué habían construido cintas deslizantes? Se preguntó, pero la respuesta se le ocurrió casi inmediatamente. Porque habían puesto la ciudad bajo tierra para cumplir con las órdenes de Derec y la única ciudad subterránea que figuraba en los archivos, la megalópolis tan ancha como el planeta Tierra, tenía cintas deslizantes.

Otra prueba de que los robots no eran buenos para pensar por su cuenta: como si Avery necesitara que alguien se lo recordase.

Pensó ordenarles que reconstruyeran la ciudad en la superficie de la manera en que él la había diseñado originalmente, pero después de un momento de reflexionar sobre ello decidió no hacerlo. Estaba demasiado ocupado como para enredarse en detalles. Dejaría que Derec tuviera su ecosistema, si aquello le mantenía ocupado.

Condujo a los robots a través de un intercambiador con un espacio de intersección muy ancho, avanzó por él durante un rato, después se montó en una cinta más lenta para tomar la conexión con un pasillo más pequeño que corría paralelo al primero. Este tenía una única cinta deslizante que se movía en ambos sentidos, y al ir en dirección norte Avery contó las salidas, para finalmente bajarse en el pavimento estático delante de una puerta sin marcar a unos dos tercios del largo total de la manzana.

Detrás de esa puerta debía estar su laboratorio. Avery había instruido al ordenador central para que lo construyera aquí, en este lugar totalmente anónimo, y después olvidara donde se encontraba y eludiera cualquier pregunta sobre él también, esperando evitar que su inquisitivo hijo lo encontrara tan fácilmente como podría de otra manera. Avery sabía que Derec acabaría por encontrarlo, pero sólo necesitaba privacidad durante un poco de tiempo. Lo suficiente para desarmar estos tres robots de Janet y ver qué era lo que les hacía funcionar.

A unos cientos de kilómetros sobre él, Janet Anastasi observaba por la pantalla visor

una escena muy parecida a la que el doctor Avery y Derec habían contemplado justo antes. No obstante su reacción fue considerablemente diferente a la suya. Esperaba una ciudad completamente asolada, un planeta saqueado y ocupado por las monstruosidades maquiavélicas de su marido, pero cuando encontró lo que parecía ser naturaleza en estado virgen, apenas podía creer lo que veían sus ojos. ¿Wendel Avery había dejado algo en paz por una vez en su vida? Increíble.

Casi se arrepentía de la misión que la había llevado una semana fuera de su camino antes de llegar aquí.

Su impulso original, al ver el estropicio que Wendell había hecho con Tau Puppis II y los alienígenas, que se llamaban a sí mismos los seres lobo, había sido buscarle y pedirle que parase de usar su invención para entrometerse en los asuntos de los alienígenas pero tan pronto como se hubo calmado se dio cuenta de lo inútil que hubiera sido. Él nunca la había escuchado; ¿por qué iba a empezar ahora? Era mucho lo que se necesitaba para hacerle cambiar de opinión.

Sabía qué resortes accionar para hacerlo, pero después de ver este despliegue increíble de concienciación ecológica comenzó a tener sus dudas. Tal vez había subestimado al viejo caradura. Quizá debería aguantarse de momento y ver qué otros cambios había experimentado en los años que habían mediado desde que se separaron.

¿O era esto que veía el fruto de la influencia de David? ¿Se había convertido su hijo en un romántico? Que noción tan interesante. Pensar que ahora podía ser un ser con capacidad para pensar en lugar del pedazo de protoplasma llorón, que vomitaba y excretaba y que ella había dejado tan contenta al cuidado de los robots cuando se había escapado de Wendy y de la vida doméstica tantos años atrás. Un adulto ahora. El concepto mismo casi la dejaba boquiabierta.

Asintiendo, dijo en voz baja:

—Sí, creo que debemos echar un detenido vistazo a esto.

—Por supuesto, señora —el robot que estaba a su lado tomó los controles de la nave, giró un botón y la pantalla visor comenzó a ofrecer una ampliación de las cumbres de las montañas debajo de ellos.

Sin muchas ganas dijo:

—No, no, Basalom, quiero decir la situación entera. Aterrizas y echas un vistazo alrededor, mira lo que están haciendo ahí abajo.

El rostro humaniforme de Basalom continuó carente de expresión, pero sus labios se movieron en silencio formando las palabras: «Mira lo que están haciendo ahí abajo». Parpadeó, primero cerró un ojo y después el otro, tras lo cual asintió con la cabeza y sonrió diciendo:

—Por supuesto, señora.

A Basalom le había dado por asentir con la cabeza y sonreír cuando no

comprendía lo que le decía. Janet pensó en intentar explicarle lo que quería decir, pero supuso que su reacción era probablemente una defensa contra dicha explicación y como las cosas no solían empeorar lo dejó estar. Él estaba aprendiendo. Bien. Por eso ella había dejado a propósito espacios en blanco en su programación: para ver si podía llenarlos usando procesos de pensamiento intuitivos. Aparentemente lo estaba haciendo, aunque no en la manera en la que esperaba.

No era de sorprender. Nada en este proyecto estaba marchando de la forma que ella esperaba.

La ley de la selva

La selva se hacía más densa en las proximidades de la Torre de la Brújula. Tras abrirse paso a través de los primeros cien metros o así de vegetación, Derec y Ariel descubrieron que llevaba a una zona más despejada. La razón del cambio era evidente: por encima de sus cabezas una gruesa bóveda formada por las ramas de los árboles casi tapaba el sol, dejando las capas más bajas en una débil penumbra. Sólo allí donde la Torre penetraba el nivel superior pasaba luz suficiente como para mantener una vegetación compleja.

—Es espeluznante —susurró Ariel sujetando con fuerza la mano de Derec en su izquierda y la manta en su derecha.

Derec se encontraba prácticamente perdido en la rica mezcla de aromas que asaltaba su nariz. Cada arbusto, cada hoja, cada flor tenía su propia fragancia y si prestaba atención podía distinguir el rastro de cada una de ellas en el aire. Pero al final el comentario de Ariel logró despertar su conciencia y frunció el ceño asombrado.

—¿Espeluznante? ¡Es maravilloso! Nunca he visto ni sentido ni oído algo parecido —se agachó para examinar el suelo al borde del camino, tirando de Ariel hacia abajo con él—. Mira. Va desde los árboles hasta estos diminutos líquenes. Apuesto a que si tuviésemos un microscopio incluso veríamos protozoos y bacterias. No tenía ni idea de que los robots pudieran ser tan concienzudos.

—Sí, pero ¿qué les dijiste que hicieran?

Derec se incorporó y se frotó las manos contra el pantalón. Una mariposa fue volando hacia él, se mantuvo frente a su cara un momento, después se dirigió hacia Mandelbrot que había insistido en acompañarles para protegerles, pero mantenía una distancia para no restarles intimidad. Sonriendo tímidamente tras marcharse la mariposa, Derec dijo:

—Bueno, les dije que construyeran un ecosistema basado en la información que había conseguido a partir de la biblioteca central. Asumí que lo integrarían en la ciudad existente; ya sabes, harían muchos parques y espacios abiertos y cosas por el estilo. En su lugar han hecho esto —extendió los brazos para señalar lo que les rodeaba y siguió caminando.

—¿Has preguntado ya por qué?

—Oh, sé por qué. No fui lo suficientemente específico. No les dije exactamente lo que tenía en mente, así que en mi ausencia hicieron lo que les pareció que era más seguro: quitar la ciudad y reconstruir los biomas clásicos tan exhaustivamente como pudieron. Lo cual ha acabado siendo bastante completo por lo que parece.

—Pero sólo hemos estado fuera... ¿cuánto...?, ¿cinco o seis meses?

Derec había perdido la noción del tiempo durante sus viajes pero suponía que debía estar alrededor de eso. Ariel tenía razón; aquel era muy poco tiempo para haber creado algo así. Derec no sabía mucho sobre árboles, pero los altos que se elevaban sobre sus cabezas debían llevar más tiempo allí que sólo unos pocos meses. ¿Podían los robots haberlos creados completamente crecidos? ¿Llegaban a eso sus habilidades en ingeniería genética?

Una repentina sospecha le asaltó y le hizo pararse en medio del camino contemplando la selva que se extendía a su alrededor. Ariel chocó con él por detrás.

—¿Qué sucede? —preguntó.

A modo de respuesta, Derec avanzó decidido hacia el tronco de un árbol, pasó entre los helechos de escasa altura rozándolos y apartando las enredaderas hasta que logró llegar a él. Su perímetro era casi dos veces más grande de lo que hubiera podido abarcar con los brazos en cruz y estaba cubierto de una corteza rugosa formada a base de lo que parecían escamas. Giró su mano para golpearla con la palma. El golpe apenas se oyó. Le escocía la mano a causa del impacto, pero eso no probaba nada. Derec cerró el puño y golpeó el árbol con bastante fuerza. Sacudió mano y brazo, se había contenido y no había utilizado toda la fuerza de la que era capaz, y el resultado no le llevaba a ninguna conclusión.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ariel, y Mandelbrot, apresurándose detrás de ella, repitió su pregunta.

—Tengo una corazonada y la estoy comprobando —respondió y golpeó el árbol con todas sus fuerzas.

Sintió como si hubiera golpeado la bolsa de entrenamiento de un boxeador: lo suficientemente rígida como para que supiera que había golpeado algo, y aun así lo suficientemente blanda como para impedir que se hiciera daño en los nudillos. Al retirar el puño vio que había dejado una marca en el árbol, una marca que lentamente comenzó a desaparecer hasta ser una vez más la misma corteza rugosa y escamosa de antes.

El significado de aquel incidente no pasó desapercibido para Ariel.

—Es un robot —dijo con cierta incredulidad—. Todo este bosque es artificial.

Derec se inclinó sobre el árbol para olerlo, después repitió el proceso con un helecho. El árbol no tenía ningún olor, pero el helecho desprendía el fresco aroma a humedad que sólo producen las plantas vivas.

—No todas —dijo cortando una hoja y dándosela a Ariel—. Esto es bastante real. Está claro que clonaron lo que pudieron y simularon el resto. Apuesto a que planean dejar que los árboles reales crezcan para reemplazar a los falsos tan pronto como puedan, pero hasta entonces necesitan algo para llenar el nicho biológico así que lo hacen con robots.

—Tienes razón —una voz apenas perceptible y monótona dijo detrás de él.

Derec se volvió hacia el árbol.

—¿Has dicho eso tú?

—Sí.

—Oh —arqueó las cejas mirando a Ariel y se encogió de hombros—. ¿Cuánto tiempo hará falta hasta que sea del todo natural? —preguntó.

—Muchos años —respondió el árbol.

Derec miró hacia la bóveda selvática. Este árbol y docenas más como él sustentaban una densa red de hojas, hojas que también debían de ser artificiales, aunque eran verdes. Tiró de una liana y la examinó de cerca bajo la tenue luz: era marrón.

—Habéis resuelto el problema del color —dijo.

—Correcto. Descubrimos un método viable de cambiar el color propio de la dianita cuando comenzamos a producir camaleones.

Ariel cruzó los brazos delante, una postura que solía adoptar cuando interrogaba a un robot. La manta colgaba como un estandarte de su brazo.

—No me importa de qué color sea; ¿cómo puede un árbol falso suplantar a uno real? —preguntó—. ¿Acaso los árboles no proporcionan comida para los animales? ¿Qué se supone que han de comer los pájaros y los insectos? ¿O también son falsos?

—Los pájaros y los insectos no son falsos. Las porciones artificiales del ecosistema satisfacen sus necesidades alimenticias a través del uso de sintetizadores de comida, de una manera muy parecida a los procesadores que se encuentra en las cocinas que ustedes usan.

—¿Sintetizadores de comida? ¿En un árbol?

—Correcto. Sin embargo, cada árbol está programado para proporcionar sólo aquellas sustancias que normalmente se encontrarían en su homólogo correspondiente.

—Oh. ¿Quieres decir entonces que no puedo pedir un vasito de agua?

—Sí que puede. Mi obligación de servir a los humanos supera las limitaciones ecológicas. ¿De verdad quiere un vaso de agua?

Ariel miró a Derec. En su cara podía leerse su asombro. Derec se encogió de hombros y con una gran sonrisa, se volvió al árbol y dijo:

—Sí, en serio.

Derec había estado observando el árbol mientras hablaba. Casi que esperaba ver un enorme par de labios carnosos como de dibujos animados moviéndose al compás de la voz, o al menos la salida de un altavoz como el que llevaban los viejos robots, pero el tronco del árbol seguía siendo simplemente eso. Sin duda el tronco vibraba para producir sonido, pero no había necesidad alguna de que fuese diferente mientras lo hacía. Sin embargo, de repente, una sección del árbol, a una altura conveniente, se

abrió e hizo aparecer una abertura rectangular, retrocedió unos pocos milímetros y se deslizó hacia un lado para dejar salir un reluciente vaso de agua clara. Ariel alargó la mano y lo cogió, sorbió de él tímidamente y sonrió.

—Gracias —dijo.

—No hay de que, Ariel —dijo el árbol y la satisfacción en su voz fue tan evidente que casi pudieron verla. Los robots, incluso los que tenían forma de árbol, vivían para servir a los humanos.

Había sido una persecución satisfactoria. Wolruf jadeaba feliz mientras trotaba a través de la espesura, a veces a dos patas, a veces a cuatro, según lo requiriese la situación. Estaba acercándose; sabía que estaba acercándose, aunque todavía tenía que dar con el rastro de su huidiza presa.

No le sorprendía. Aquí en los helechos no había viento capaz de propagar un rastro; hubiera tenido que tropezarse con ella en el camino para poder olerla, y con la manera en que estaba resoplando y jadeando podría habérsela cruzado un montón de veces y no haberla notado nunca. Estaba un poco disgustada consigo misma, pero más por no estar en buena forma que por tener un olfato poco sensible. Su físico era obra suya, pero la evolución le había dado su olfato y hacía mucho tiempo que los miembros de la raza de Wolruf se ganaban la vida con esfuerzo.

No obstante era un juego entretenido. Lo que fuera que estaba persiguiendo disfrutaba sin lugar a duda de aquellos juegos también porque seguía llevándola más y más dentro de la selva, algunas veces tomando senderos marcados pero otras sin marcar, siempre dejándola acercarse, pero sin dejar que la alcanzase. Wolruf paró y escuchó. Había estado aullando con cierta regularidad; si continuaba con su manera de actuar debería oírla pronto otra vez.

Desde luego, ahí estaba su grito, el mismo que llevaba lanzando durante casi una hora: *¡Ven a cogerme!* Wolruf echó la cabeza hacia atrás, pero una repentina idea la detuvo. Había estado jugando a este juego el tiempo suficiente; quizá fuera el momento de cambiar los papeles.

Se dio la vuelta buscando un árbol al que poder subirse y encontró uno envuelto en enredaderas con una rama horizontal a un par de docenas de metros por encima de su cabeza que le venía muy bien. Estaba incluso en la dirección en la que se había movido. Bien. Trotó hacia él, pero no paró. Continuó durante un buen trozo, después describió un giro muy amplio y volvió a su camino, quizá a unos mil metros del lugar en el que había parado. Siguiendo su propio rastro ahora, se movió deprisa por su camino, cuidadosa de no desviarse de él y de no dejar ni una marca que advirtiera a su presa de sus intenciones.

Al pasar debajo de las ramas del árbol que estaba justo antes del que había elegido para subirse, cogió una de sus enredaderas que colgaban a modo de lianas y le dio un tirón para probarla. Se estiró un poco por efecto de su peso, pero así y todo

parecía lo suficientemente sólida. Ah. Podía tener posibilidades. La llevó hasta el otro árbol, usó las lianas para ayudarse a subir por el tronco hasta que estuvo en la primera rama grande sobre el camino. Tensó la liana, después la volvió a aflojar hasta que la sujetó un metro o así por encima del lugar que había sido capaz de alcanzar desde el suelo. Después se acomodó para esperar apoyada en el tronco.

Descubrió que había más insectos que vivían en la parte alta de la selva. Resistió las ganas de aplastarlos. Ignorar los insectos y el picor era parte del juego de la espera.

De todas formas, esperaba que su presa fuese mejor rastreadora que ella. No quería permanecer en este árbol más tiempo del necesario.

Justo cuando había decidido revelar su posición con un aullido largo y profundo, descubrió un indicio de movimiento en el camino. ¡Ahí estaba! Esperó, contuvo el aliento, mientras una criatura de pelo gris y negro se hacía visible. Era mayor que Wolruf, con un rabo más largo y peludo, orejas más anchas, una cara más alargada y ojos más pequeños situados a más distancia el uno del otro. Algún tipo de inteligencia brillaba allí, pero cuando Wolruf vio las zarpas rígidas en las cuatro patas y el porte cuadrúpedo de gran naturalidad, supo que no era la clase de inteligencia con la que podía debatir sobre navegación multidimensional. Tuvo un momento de desesperación, pero se le pasó al darse cuenta de que racional o no, el animal la superaba con creces en habilidades de caza. Tiene que ser un lobo, decidió. Derec se los había descrito cuando ella le preguntó si su nombre quería decir algo en su lengua^[1].

Derec también le había contado unas pocas historias de miedo sobre los lobos. Wolruf se preguntaba si saltar y gritarle «¡buuu!» era buena idea, pero al analizar la situación se dio cuenta de que no tenía muchas otras opciones. Pensaba que el lobo pasaría debajo de su árbol, notaría que había trepado a él y, aunque no creía que fuera a trepar detrás de ella, no le gustaba tampoco la idea de permanecer allí. Tampoco creía que fuese capaz de correr más que ella durante todo el camino hasta la Torre de la Brújula, si acababa persiguiéndola. Su única opción se basaba en impresionarla lo suficiente como para que la considerase su igual o quizá incluso asustarla.

Todavía no la había visto. Estaba siguiéndola por su rastro, con el hocico por el suelo, mirando hacia arriba con frecuencia para vigilar lo que la rodeaba. Era difícil de decir tratándose de una bestia alienígena, pero Wolruf pensó que el lobo parecía extremadamente inquieto, como si estuviera nervioso. Un pájaro pio desde algún lugar a su derecha y dio un salto como si hubiera sido un gruñido en lugar de un trino. Bueno. Si todavía le asustaba lo desconocido entonces el plan de Wolruf podía funcionar. Esperó, flexionando sus dedos alrededor de la liana hasta que el lobo estuvo sólo a unos pocos pasos del lugar donde cruzaría el camino, entonces, con un aullido que le hubiera helado la sangre a cualquiera, saltó de su rama y se abalanzó

sobre él.

El lobo hizo una cosa la mar de sorprendente. En lugar de correr, al grito de Wolruf cada miembro de su cuerpo se movió convulsivamente, como si la pobre bestia hubiera pisado un cable eléctrico conectado a la corriente. Desde su posición en cuclillas, sus flancos la propulsaron por completo fuera del suelo, muy por encima de él, lo suficientemente alto como para ponerla en el camino de Wolruf.

Los dos proyectiles se miraron a los ojos mutuamente asombrados, los últimos pocos metros de espacio entre ellos desaparecieron en silencio, anonadados, un silencio que terminó en un suave y peludo golpe seco, y después otro más al caer ambos al suelo.

—¡Señora Wolruf! ¿Está usted bien? ¡Oh, me fundirán el cerebro por esto! ¿Señora Wolruf? ¿Señora Wolruf?

Wolruf se dio la vuelta para ponerse de pie y miró al «lobo». Resultaba ser un lobo de aspecto bastante lastimoso, con un lado entero de su cuerpo hundido como una lata aplastada. Pero, a medida que Wolruf miraba, la abolladura se rellenó hasta que el lobo adoptó su antigua forma.

—Tú —gruñó Wolruf—, haber engañado a mí.

El lobo abrió la boca, provista de colmillos, para hablar, pero la voz era la de un robot estándar de Robot City.

—¿Está usted bien? —preguntó.

Wolruf dio un resoplido:

—Dignidad herida, eso ser todo —admitió—. ¿Por qué meter a mí en una persecución? Hacer tú en serio, ¿verdad?

—Sí, así fue —dijo el robot—. Intentaba satisfacer sus deseos, pero he debido malinterpretar su llamada. Pensé que quería cazar algo. ¿Me he equivocado?

—Sí. No. ¡Grrrrr! —Wolruf gruñó frustrada—. De acuerdo, así ser. Pero no saber hasta después que tú responder e incluso entonces cazar yo un animal real.

El robot lobo asintió con la cabeza.

—¡Siento haber estropeado la ilusión! Me temo que no soy un lobo muy bueno.

Wolruf se sacudió unas hojas que tenía sobre su piel antes de responder a regañadientes:

—No hacer mal. Tener a mí en movimiento durante un rato.

El robot actuó como si no la oyera.

—Es tan difícil ser un lobo —continuó—. ¿Sabe qué papel desempeña un lobo en un ecosistema?

—No —admitió Wolruf—. No saber. ¿Qué hacer?

—Se supone que he de sacrificar a los animales débiles y enfermos de entre las poblaciones de sus especies. Se supone que esto mejora la salud general de las especies. Los restos de mis... matanzas... también alimentan a los carroñeros que de

otra forma morirían. Lo entiendo, pero aun así me resulta difícil tomar la decisión de matar una criatura biológica simplemente por estar enferma.

Eso debía ser duro para un robot, supuso Wolruf. Los robots podían matar cualquier cosa salvo un humano, pero con frecuencia hacían una excepción bajo órdenes directas y este robot estaba operando en función de una conexión bastante frágil con la orden de Derec. Aun así matar era parte de un ecosistema normal. No podía existir uno sin depredadores. Pero ¿hasta qué punto todo esto se parecía a un ecosistema real?

—¿Haber animales aquí? —preguntó Wolruf.

El lobo asintió.

—La mayor parte de las especies más pequeñas han sido constituidas por organismos reales al igual que algunos animales grandes cuyo crecimiento hemos sido capaces de acelerar.

—Como los pájaros —no era una pregunta, sólo la constatación de algo cierto.

—Como los pájaros, sí —el robot hizo una pausa tras la cual dijo—. Le pido perdón en nombre de la ciudad entera por los cóndores.

—¿Ser eso?

—Sí. Este área alrededor de la Torre de la Brújula, dado que la torre alteró el bioma al seguir aquí arriba, fue designada como zona experimental. El cóndor es una especie extinguida que pensamos reintroducir y estudiar con la esperanza de determinar su valor. Ese proyecto concluyó tras el accidente.

—No matar a ellos —se apresuró a decir Wolruf—. Ser una orden. Nuestro aterrizaje ser culpa mía.

—Si usted lo dice, señora Wolruf —el lobo robótico esperó pacientemente nuevas órdenes.

Wolruf se sintió de repente estúpida, de pie en medio de la selva y hablando con un lobo robot. Se dio la vuelta para marcharse, pero se dio cuenta enseguida de que estaba perdida. Probablemente podía seguir su propio camino hasta la Torre de la Brújula, pero tendría que asegurarse a cada vuelta si iba en la dirección correcta con lo que era muy posible que el camino se alargase. Se sintió toda sudada y acalorada después de haber corrido; lo que quería ahora era irse a casa por la ruta más directa y darse una agradable y prolongada ducha.

Avergonzada, se volvió hacia el robot.

—¿Cuál ser el camino más rápido a casa? —preguntó.

Sin dudarle el robot dijo:

—Tome un ascensor hasta la ciudad y suba a la cinta deslizante.

—¿Cómo encontrar un ascensor? —aquella al menos era una pregunta legítima.

—Cualquiera de los árboles grandes le proporcionará uno si lo pide —respondió el robot.

Wolruf asintió. Por supuesto. Si los lobos eran robots, entonces los árboles tenían que ser ascensores. Debería haberlo adivinado.

El doctor Avery sonreía mientras se preparaba para la intervención. El robot lobo podía haber aprendido una cosa o dos de aquella sonrisa; era la perfecta expresión de un depredador absorto en el acto de devorar a su presa. La sonrisa de Avery era un rasgo que le acompañaba en el desarrollo de su profesión de manera inconsciente. Al tiempo silbaba un fragmento de una canción mientras trabajaba.

Los robots estaban revelándole sus secretos. Avery tenía a los tres en bancos de diagnóstico, los monitores de inducción grababan su actividad cerebral mientras ellos proseguían con su conferencia a tres bandas. Ya había captado lo suficiente como para determinar su programación de bajo nivel; después de grabar durante un poco más de tiempo su actividad de alto nivel sería capaz de reproducir sus funciones cognitivas a través de un analizador comparativo y ver gráficamente cómo esa programación afectaba a su pensamiento.

Sin embargo, aquel no era su objetivo principal. Su programación era una curiosidad menor, nada más; lo que le interesaba a Avery era su estructura física. Estaba preparándose para recoger una muestra que pudiera estudiar y determinar las diferencias entre ella y la versión de dianita que había usado para sus ciudades. Había tomado ya una muestra y conseguido unas pocas de células semi-autónomas, pero rápidamente se había dado cuenta de que su poder residía no en las células individuales en sí mismas sino en la manera en que se organizaban a escala macroscópica. En poco tiempo necesitaría una muestra mayor, una a la que pudiese suministrar material de prueba para observar cómo reaccionaba. Imaginaba que un brazo o una pierna resultarían estupendos.

Sospechaba que cortarle un miembro sería posiblemente estímulo suficiente como para sacar al robot en cuestión de su obsesiva atención al transmisor. También tenía sus dudas de que cualquiera de los robots, una vez despiertos, obedecieran sus órdenes de quedarse sobre las mesas de reconocimiento. Sólo necesitaban decidir que él no correspondía con su definición actual de «humano» y serían libres de hacer lo que quisieran, pero se había ocupado de esta eventualidad: dado que las restricciones normales no eran eficaces contra un robot que podía simplemente moldear su cuerpo dándole una forma nueva y escaparse, Avery había colocado alrededor de cada robot una cámara de contención magnética lo suficientemente fuerte como para aguantar una reacción nuclear. Si se despertaban, la contención se activaría automáticamente. Nada escaparía de aquellas mesas.

Por supuesto que los intensos campos magnéticos quemarían probablemente los delicados circuitos de los cerebros de los robots, pero aquello era un problema menor. En el caso improbable de que necesitase revivir alguno, bueno, ya tenía su

programación almacenada y los cerebros eran baratos.

La triple conciencia compuesta de Adán, Eva y Lucius había llegado a un *impasse*. Hacía días que estaban encerrados en su bloqueo comunicativo, ignorando el mundo que les rodeaba y dedicando su completa atención a una necesidad acuciante: definir la que ellos llamaban Ley Zeroth de la Robótica. Ya tenían sus Tres Leyes originales que les ordenaban proteger a los humanos, obedecer a los humanos y preservarse a sí mismos para servir a los humanos, pero no eran suficientes. Querían un único principio preponderante que gobernase las tareas de un robot a favor de la humanidad en general, un principio frente al cual pudieran medir sus obligaciones hacia los humanos individuales. Habían formulado miles de versiones de ese principio, pero todavía tenían que coincidir en uno. Peor, habían fallado también a la hora de integrar cualquiera de sus versiones en las Leyes de la Humánica todavía en desarrollo, un conjunto de reglas reconocidamente idealistas que describían las motivaciones que había detrás del comportamiento humano.

El problema era de ambigüedad. Un buen principio operativo necesitaba ser claro y conciso para ser de algún valor durante una crisis; aun así cada vez que intentaban extraer un simple enunciado verdadero de aquella maraña de datos, se encontraban enfrentados con lagunas lógicas que permitían, a veces incluso pedían, comportamientos inaceptables.

La mejor definición con la que habían dado hasta la fecha, basada en la reciente destrucción de la nave que pertenecía al pirata Aránimas, establecía simplemente que el número de personas a las que se servía mediante una acción determinaba la propiedad relativa de dicha acción. En una primera aproximación parecía aplicarse en el caso de Avery; si no hubiera parado a Aránimas, entonces Aránimas hubiera matado no sólo a Avery, Derec, Ariel y Wolruf, sino a la ciudad entera poblada por la manada alienígena de los seres-lobo. Pero cuando uno añadía a la ecuación a los otros miembros de la tripulación a bordo de la nave de Aránimas que también habían muerto en la explosión, el equilibrio lógicamente se inclinaba del otro lado. La nave había sido enorme; mucho mayor que la ciudad. Casi seguramente tenía una población acorde con su tamaño. Y si ese era el caso, entonces se habrían salvado más vidas si no se hubieran resistido.

De acuerdo, aquellas vidas no eran vidas humanas, no en el sentido estricto del término, pero los robots hacía tiempo que habían decidido que una definición más restringida era funcionalmente inútil. Cualquier ser orgánico tenía que ser considerado humano si se querían evitar las consecuencias genocidas de una orden casual de un humano «verdadero».

Los robots podían haber argüido que nadie esperaba destruir la nave pirata con una simple bomba, pero los humanos de la ciudad, incluida Wolruf, parecían sentir, incluso después de aquello, que incapacitar a Aránimas y matar a toda su tripulación

era preferible a sacrificarse a sí mismos. Estaban tan seguros de ello que los robots únicamente podían aceptar su seguridad como correcta, es decir, comportamiento humano generalmente aceptado, e intentar reflejarlo de algún modo en la Ley Zeroth.

Los robots se comunicaban por medio de transmisores. La información circulaba a una velocidad que era miles de veces superior a la que era posible mediante el habla normal, pero hasta ahora esa velocidad no les había ayudado a resolver el dilema.

—*Creo que debemos considerar el valor de los humanos individuales en cuestión* —envió Lucius—. *La ecuación cuadra cuando lo tenemos en cuenta.*

—*Pero ¿cómo podemos asignar un valor a un humano?* —preguntó Adán—. *Todos son considerados iguales en su propia ley al igual que en nuestra programación.*

—*No tanto* —respondió Lucius—. *No todas las leyes humanas hacen tal distinción. Es más, se nos permite hacer uso de nuestro juicio en respuesta a sus órdenes, de tal manera que no tenemos que seguir las de los locos o los homicidas. Eso sugiere la posibilidad de que a los humanos se les puede asignar un valor relativo basado en la calidad de sus órdenes a los robots. Como sus órdenes reflejan sus intenciones, podemos asumir que esas intenciones, en lugar de sus órdenes directas, pueden ser usadas para determinar su valor relativo.*

—*Sin estar o no de acuerdo* —envió Eva—, *quiero señalar que los humanos cambian con el paso del tiempo. Tomemos al doctor Avery como ejemplo. La primera vez que nos encontramos con él tenía claros instintos asesinos, pero estos se han ido reduciendo de forma gradual hasta que justo recientemente ha arriesgado su vida para salvar la de sus compañeros de nave. ¿Cómo podemos asignarle un valor a una cantidad variable?*

Después de unos pocos nanosegundos de duda, Lucius respondió:

—*Todo cambia, incluso los objetos inanimados. Una cantidad de arena puede convertirse más tarde en una ventana, aun así no nos preocupamos por proteger la arena, ni la ventana después de que se ha roto. Su valor actual es lo único importante.*

—*¿Qué pasa con los ancianos?* —Adán envió—. *¿Es que los ancianos tienen inherentemente menos valor que los jóvenes?*

—*Las mujeres y los niños tradicionalmente ocupan los primeros asientos en un bote de salvamento* —señaló Lucius.

—*Cierto. Sin embargo, no me convence del todo el concepto de juicio de valor. No creo que a un robot le corresponda decidir.*

—*Pero si seguimos una Ley Zeroth no tenemos elección. Debemos...*

ANULACIÓN DE LA PRIMERA LEY. La alarma inundó su conciencia colectiva como una oleada, borrando su conversación. ANULACIÓN DE LA PRIMERA LEY. Uno de ellos estaba siendo dañado.

Tardaron sólo un instante en aislar la fuente de la señal que procedía de Lucius. Con la misma rapidez, Lucius abandonó el transmisor y accedió de nuevo a sus sentidos somáticos. La línea de datos que entraba y salía de su pierna derecha estaba siendo inundada por señales contradictorias. Activó sus ojos, los volvió hacia abajo y vio al doctor Avery sujetando su pierna amputada en una mano y un láser cortante en otra, con una sonrisa malévola de oreja a oreja.

La reacción de Lucius fue inmediata: le dio una patada con su pierna buena y le empujó con sus brazos para poner distancia entre él y Avery, al menos hasta que pudiera averiguar qué estaba ocurriendo. En cuanto empezó a moverse, sin embargo, un intenso campo magnético le devolvió de un empujón a su sitio. No paró allí, sino que lo apretó más y más, deformando sus brazos, la pierna que le quedaba, incluso sus ojos, hasta que fue de nuevo una pelota deforme, como la que había sido cuando despertó por vez primera a la conciencia. El campo magnético era demasiado poderoso como para luchar y seguía creciendo aún más en intensidad. Ahora estaba incluso interfiriendo con su proceso mental. Lucius sintió un momento de pánico creciente y después nada en absoluto.

Janet, que estaba todavía en su nave, frunció el ceño al mirar a la pantalla visor. El indicador de la imagen del radar profundo acababa de dejar de parpadear.

—Basalom, devuelve la señal a la pantalla —ordenó. Habían estado en órbita el tiempo suficiente como para hacer una búsqueda rápida de sus máquinas de aprendizaje y habían obtenido una señal de respuesta de forma casi inmediata.

—Hemos perdido la señal, señora —respondió el robot.

—¿Perdido la señal? ¿Cómo pudimos perder la señal? Recibíamos a los tres alto y claro hace sólo un segundo.

—No sé, señora, pero ya no recibimos las señales de energía de las máquinas de aprendizaje —Basalom estuvo operando los controles durante un momento, observando un monitor montado sobre un tablero detrás de ellos. Enseguida dijo:

—Los diagnósticos indican que el problema no está en nuestro equipo de recepción.

—Tiene que estar. No pueden simplemente pararse. Son sus transformadores lo que estamos rastreando.

—Quizá los hayan escondido de alguna manera —sugirió Basalom.

—¿De la emisión de neutrinos? No es probable.

—Esa es la única explicación. A menos que, por supuesto...

—A menos que qué —preguntó Janet. Sabía por qué Basalom se había parado; siempre tenía problemas al comunicarle algo que creía que podía sentarle mal. Era una consecuencia de su obligación ultra fuerte de la Primera Ley para protegerla de daño. Janet se preguntaba continuamente si había cometido un error al reforzarla tanto—. Adelante —ordenó.

—A menos que hayan dejado de funcionar —logró decir finalmente Basalom.

—Imposible. ¿Los tres a la vez? —Janet movió la cabeza, su cabello entre rubio y gris le tapó momentáneamente los ojos hasta que lo apartó hacia un lado—. Las probabilidades en contra son astronómicas.

—Sin embargo —insistió Basalom, ahora que se le había ordenado hacerlo—, sólo que estuvieran escondidos o que hubieran dejado de funcionar podría explicar su desaparición del monitor de rastreo.

La única respuesta de Janet fue mirar con el ceño fruncido a la pantalla de nuevo. Se pasó las manos por la cabeza otra vez y después preguntó:

—¿Conseguiste determinar exactamente su posición antes de perder contacto?

—Lo hice, señora.

—Bien. Llévanos a algún sitio cerca. Quiero ir a echar un vistazo.

—Eso sería poco sensato —protestó Basalom—. Si han dejado de funcionar, podría ser como resultado de un acto hostil. Sería una locura entrar en esa zona.

Janet odiaba que sus propias creaciones se excediesen en precauciones en su afán de protegerla, pero desde luego que no había llegado a tener canas en el pelo por haber corrido riesgos estúpidos y Basalom tenía razón. Entrar en una zona donde algo podía haber destruido tres robots era un riesgo estúpido.

—De acuerdo —dijo—. Llévanos un poco más lejos y una vez que estemos abajo, puedes ir a echar un vistazo.

Ariel oyó a Wolruf entrar en el apartamento y abrir la puerta de su habitación sin hacer ruido. Poco tiempo después escuchó el suave silbido del agua de la ducha al caer, después el ruido del secador de pelo. Unos pocos minutos después Wolruf apareció en la sala de estar.

Ariel levantó la cabeza de su libro, (su superficie de un blanco de nieve mostraba una guía de campo de los ecosistemas de la selva que había descargado del ordenador central) y dijo:

—Hola. ¿Estuvo bien la carrera? Pulsó el botón del marcador de página y apareció una flecha parpadeante en el margen del texto cerca de la primera línea, después apagó el libro.

—Interesante —dijo Wolruf. Desapareció momentáneamente en la cocina, reapareció con un plato de comida humeante que parecía ser ensalada caliente de judías, y se sentó en la silla al lado de Ariel. No comenzó a comer enseguida, sino que en su lugar recorrió la sala con la mirada, inundada de luz brillante que entraba a raudales por media docena de ventanas, las copas de los árboles más grandes de la selva se cernían como centinelas sobre la bóveda formada por sus vecinos de inferior altura.

—Pantallas visor —dijo Ariel, dándose cuenta de la dirección en la cual estaba

dirigida la atención de Wolruf. Lo había olvidado; Wolruf había dejado el apartamento antes de que las hubieran descubierto.

—Un efecto bastante bueno —admitió Wolruf—, pero la luz del sol no entrar procedente de tres lugares de esa manera.

Ariel se encogió de hombros.

—Quería probarlo. ¿Quieres que lo devuelva a su configuración normal?

—No, no importar a mí —Wolruf comenzó a llevarse porciones de ensalada a la boca y a tragárselas ruidosamente. Su aroma era más como el de las naranjas, pensó Ariel. Naranjas y salsa de soja, quizá, con una punta de nuez moscada. Estaba feliz de que fuera Wolruf quien se lo estaba comiendo y no ella, pero sabía que Wolruf pensaba lo mismo sobre la comida que ella tomaba, así que estaban empatadas.

Wolruf había terminado casi la mitad de su plato antes de volver a ponerse a hablar.

—La mayor parte de la selva ser artificial también —dijo.

Ariel asintió.

—Ya lo sabemos. Es como una sorpresa, ¿no?

—No segura de que yo gustar.

—¿Por qué no?

Wolruf tomó unos bocados más y dijo:

—No estar segura. ¿Qué importar realmente? Tener el mismo aspecto. También funcionar igual.

—Tal vez incluso mejor —Ariel describió la experiencia que ella y Derec habían tenido con el procesador en el árbol.

—No ocurrírseme a mí —dijo Wolruf— si pensar, probablemente pedir que hacerme una ducha.

—Apuesto a que también lo hubiera hecho —Ariel se puso a reír—. Eso otorga un significado totalmente nuevo a la idea de la casa en el árbol, ¿no?

—¿La casa en el árbol? —preguntó Wolruf.

—Ya sabes. Cuando eres pequeño, buscas un árbol grande y construyes una plataforma arriba en las ramas y la llamas la casita del árbol. De todas formas, los niños humanos sólo lo hacen si consiguen escabullirse de los robots el tiempo necesario. ¿Y tú? ¿No construías casas en los árboles cuando eras joven?

Wolruf negó sacudiendo la cabeza, un gesto exagerado que Ariel pensó de repente que había aprendido de ella o de Derec. Wolruf se iba haciendo más y más humana cada día o eso parecía.

—No —dijo—, raramente nosotros jugar en los árboles.

Ariel descubrió una nota de nostalgia en su voz e inmediatamente se arrepintió de haber sacado el tema. Habían pasado años desde que Wolruf estuvo en casa y últimamente se sentía cada vez más nostálgica; Ariel no pretendía recordárselo.

—Ah, bueno, no importa —dijo—, tenemos todos los árboles que queremos ahora. Incluso aunque sean falsos.

Wolruf miró por una de las ventanas de las pantallas visor como para verificar lo que Ariel había dicho. En voz baja dijo:

—Eso, creer yo, ser parte del problema.

En el mismo tono Ariel preguntó:

—¿Cómo es eso? —no sabía si Wolruf estaba hablando de nostalgia o selvas falsas o de algo totalmente diferente.

Wolruf se volvió dándole la espalda a la ventana, en su lugar fijó los ojos en Ariel y dijo:

—Derec cometer un ligero error de apreciación y un planeta entero ser transformado. Por puro capricho, el doctor Avery enviar sus robots a la galaxia para poblar por completo otros planetas y dos civilizaciones ser alteradas, una para siempre. Y tal vez más que nosotros ignorar por ahora. Yo ir a darme un paseo por la selva y ser concedido un deseo que ni siquiera saber que haber pedido. Eso afectar a nadie salvo a mí, pero si pedir yo el deseo erróneo poder haber hecho tanto daño como Derec o su padre. Simplemente con un pensamiento casual.

Gruñó en lo profundo de su garganta, un gruñido suave, casi un susurro.

—Jugar a ser dioses. Ser demasiado poder para tenerlo unas pocas personas. Tal vez incluso para cualquier número de personas. Temer yo por la galaxia con tal cantidad de poder por ahí suelto. ¿Poder imaginar tú a Aránimas con ese poder? Él no usar para hacer una selva; él usar para esclavizar a todos los que estar a su alcance.

—No podría —dijo Ariel—. Las Leyes de la Robótica no se lo permitirían. Los robots no harían nada que hiriese a un humano, y ya has visto lo rápidos que pueden ser para aceptar como humanas otras especies inteligentes.

Wolruf se tomó otras cucharadas más antes de decir:

—Y con qué rapidez poder ellos rechazar a la misma persona. Haber formas de librarse de esas leyes. Hemos visto muchas de ellas ya. No desear arriesgar mi especie entera a causa de la interpretación que un robot hacer de nuestra humanidad.

Ariel comprendía lo que Wolruf quería decir, quizá incluso compartía su sentimiento hasta cierto punto, pero sabía suficiente historia como para recordar lo que le ocurrió a la gente que pensó como Wolruf.

—No creo que haya elección en realidad —dijo—. La gente que adopta la última tecnología la utiliza para expandirse, casi siempre en detrimento de los que no lo hacen. Simplemente piensa en la Tierra como un ejemplo. Tampoco les gustan los robots y durante siglos han estado anclados en su pequeño y sucio planeta superpoblado mientras que mis ancestros usaron robots para ayudar al establecimiento de cincuenta mundos espaciales. La Tierra está comenzando sus propias colonias ahora, pero sin robots no creo que lleguen a ponerse a su altura.

Ariel levantó la cabeza para mirar hacia arriba y vio a Mandelbrot observándola desde su hornacina en la pared junto a su silla de lectura. Se preguntó qué era lo que debía estar pensando sobre esta discusión, pero si tenía una opinión, la guardaba para sí.

—¿Tener ellos que ponerse al mismo nivel? —preguntó Wolruf.

Ariel se encogió de hombros:

—Tal vez no, pero van a pasarlo mucho peor que nosotros si no lo hacen.

—¿Y tú creer que mi gente tener que empezar a usar robots también lo querer ellos o no?

—Si quieren mantenerse al nivel del resto de la galaxia, tendrán que hacerlo. Te guste o no, el secreto es de sobra conocido. Los seres-lobos saben de ellos, los ceremiones los conocen, Aránimas los conoce también y quién sabe a quién más se lo dijo. No pasará mucho tiempo hasta que los robots sean tan comunes como la hierba en casi todos los mundos de la galaxia, e incluso más allá.

Wolruf asintió.

—Eso es lo que temo. Tener todos robots y los robots satisfacer los deseos de todos. Incluso si nadie desear ir a la guerra, aun así ser conquistados por los robots mismos. Nadie volver a esforzarse por conseguir algo, nadie...

—Oh, vaya —Ariel echó la cabeza hacia atrás—, ese es el mismo viejo y manido argumento que usan los terrícolas. Y ¿qué es lo que han logrado últimamente? Nada. Hemos sido los espaciales, nosotros y los robots, los que hemos hecho progresar el saber humano.

—Y haber ido muy lejos en mi opinión —Wolruf intentó sonreír, pero su boca no estaba realmente hecha para ello—. No querer decir tú personalmente, Ariel, ni tampoco Derec. Estar hablando de Avery. Tener miedo de lo que él y sus ciudades poder terminar hacer a nosotros.

Y estos nuevos robots, Adán y Eva y Lucius. ¿Qué ocurrir si empezar a extenderse?

El razonamiento de Wolruf le recordó algo. Ariel frunció el ceño mientras pensaba, intentando recordar qué era. El argumento en sí le resultaba lo suficientemente familiar, lo había oído multitud de veces en referencia a robots normales, pero podía jurar que lo había oído una vez en referencia a los nuevos robots en particular. ¿Cuándo había sido?

Ah. Lo tenía. Justo después de encontrar a Lucius, cuando él y los otros dos habían anunciado su búsqueda de las Leyes de la Humánica. Derec había comentado que él no sabía si quería estar cerca para su puesta en práctica cuando descubrieron aquellas leyes. Ariel le había llamado «terrícola» y Wolruf también se había reído, diciendo que los gobernantes de los robots serían mejores de lo que ella estaba acostumbrada.

—Tú no solías pensar de esa manera —dijo Ariel—. ¿Qué te ha ocurrido?

Wolruf se tomó tiempo para reflexionar sobre su respuesta, limpiando su plato antes de decir:

—Tal vez haber madurado.

Ariel no sabía cómo responder a aquello, si tomárselo como un insulto o un reto o simplemente la constatación de un hecho. Wolruf parecía no tener la intención de darle ninguna pista más, se dio la vuelta y miró por la ventana una vez más.

El momento de una respuesta se agotaba. Ariel buscó algo más que decir pero no encontró ningún otro tema. Encogiéndose de hombros volvió a su libro, pero pasó un rato antes de que las palabras cobraran sentido.

El juego del escondite

El estudio de Derec no parecía el mismo. Era físicamente idéntico a los que había tenido antes, con la misma mesa colocada en el mismo lugar, con el mismo terminal de ordenador sobre ella, los mismos archivadores, tableros para notas, estanterías y la misma papelería situados a su alrededor en idéntico orden, incluso la imagen de la pantalla visor estaba sintonizada para mostrarle la acostumbrada perspectiva aérea de la ciudad.

Se preguntaba si realmente podía sentir el peso de la roca y de la tierra sobre su cabeza, si aquello estaba realmente teniendo algún efecto en su humor, pero no podía imaginar cómo. Si cerraba los ojos no podía decir con certeza si estaba en la planta baja o a cien metros por encima o a cien metros por debajo. No, esta incomodidad con la sala era un fenómeno puramente subjetivo y no hacía falta que le diera muchas vueltas para darse cuenta de qué era lo que lo estaba causando.

El estudio no era el suyo. Es cierto que lo controlaba; podía ordenarle adquirir la forma que quisiera, que pusiese una música agradable, que le alimentase si se sentía demasiado perezoso como para ir él mismo al procesador de la cocina. El estudio existía exclusivamente para servirle, pero aun así no era suyo. No tenía nada de especial. Hasta la fecha había tenido exactamente el mismo estudio en tres planetas diferentes y podía tener docenas más de ellos allí donde quisiera simplemente pidiéndole a la ciudad que los crease para él. No había ningún estudio en particular en ningún sitio en el universo que tuviera más significado para él que otro, ninguno que le reconfortase con la sensación de seguridad y permanencia que debería tener un estudio y ese era el problema. Había tenido muchos lugares para estar durante el tiempo que había pasado desde que se despertó en una cápsula de supervivencia en un asteroide de hielo en el espacio desconocido, pero no se había sentido realmente como en casa en ninguno de los lugares en los que había estado durante todo el tiempo que podía recordar.

Y claramente tampoco este era el lugar ni el momento. Haber encontrado la ciudad tan transformada había tenido un gran impacto sobre él, y descubrir por qué estaba así había sido aún peor. Cualquier sentido de permanencia que pudiera sentir sobre ella, la Robot City original, había muerto en aquel momento. No importaba lo bien que recrease sus viejos dominios, él nunca sería capaz de convencerse a sí mismo de que no era más relevante que la respuesta de la ciudad a la próxima cosa que le pasase por la cabeza.

La casa que él y Ariel tenían en Aurora podía haber sido su hogar. Hubiera sido un hogar si hubieran tenido más tiempo para acostumbrarse a ella, pero sólo habían

pasado un año allí antes de que Robot City se hubiera inmiscuido en sus asuntos de nuevo, y un año no era tiempo suficiente para que naciese más que un leve apego por un lugar. Ahora tenía que concentrarse mucho para recordar cómo estaba organizada, si el personal estaba en la primera puerta o en la segunda más allá de la cocina o cómo habían sido dispuestos los muebles en la sala de estar. No le molestaba especialmente no volver a ver la casa. Pero si pasaba el resto de sus días saltando de Robot City en Robot City, resolviendo los problemas que surgían entre las caprichosas creaciones de sus padres, podía acabar hartándose.

Miró de nuevo a la pantalla, que mostraba unas pocas docenas de líneas del nuevo conjunto de instrucciones para la ciudad. Sabía que podía modificarlo para permitir más edificios en la superficie o incluso pavimentar los bosques y los desiertos y las llanuras por completo de nuevo si quería, pero la verdad era que no lo deseaba. Realmente no le importaba. No sentiría que fuera más su casa de esa manera que de esta, así que, ¿qué le importaba?

Suponía que a Avery sí le importaba, pero no podía tampoco obligarse a sí mismo a preocuparse por aquello justo entonces. Sabía que acabaría por tener que disculparse ante él por alterar la ciudad, pero no tenía ganas de hacerlo.

Escuchó a Ariel y a Wolruf hablando en la sala de estar, sabía por el tono de sus voces que estaban teniendo una discusión bastante seria. Evidentemente él no era el único al que afectaba la transformación de la ciudad. No podía oír sobre qué estaban hablando, pero oyó la palabra «robot» más de una vez y el compungido «¿Qué pasa si ellos...?» de Wolruf.

Sólo podía tratarse de un «ellos» en aquella conversación. Derec frunció el ceño dándose cuenta de que todavía estaban en la nave accidentada. Él y Ariel y los demás se habían olvidado por completo de los robots en su prisa por entrar en la ciudad y en su premura por librarse de la presencia de los demás después de un viaje tan largo. Derec sintió una punzada de culpabilidad por haberlos dejado allí, enfrascados en su parlamento, pero la culpabilidad desapareció rápidamente. Eran robots; podían cuidar de sí mismos. Nada podía herirlos aquí en la ciudad. Incluso si la ciudad deshacía la nave por partes, apartaría a los robots primero.

Supuso que podía ir a ver si ya lo había hecho. Se levantó a medias de su silla, después se volvió a sentar. Podía averiguarlo en un momento a través del ordenador que tenía encima de la mesa. Incluso podía encontrarlos en menos tiempo a través de su transmisor interno. Pero eso significaba quedarse y seguir mirando aquellas cuatro paredes y las mismas ventanas falsas, y Derec estaba ya cansado de la vista. A veces no valía la pena hacer las cosas de la manera más fácil.

Paró en el personal antes de salir afuera, después se encontró con Wolruf de vuelta a la cocina con un plato vacío.

—Voy a la parte superior de la torre para ver como están Adán, Eva y Lucius —le

dijo—. ¿Quieres venir?

Wolruf pensó en la pregunta por un momento, después asintió.

—Por supuesto.

Dejó el plato sobre la superficie que desapareció de repente dejando sólo unas pocas migajas tras de sí que fueron a parar a la salida de residuos al moverse debajo de ellas la encimera.

—¿Y tú? —le preguntó Derec a Ariel mientras entraban en la sala de estar—. ¿Quieres darte un paseo?

Movió la cabeza y alzó su lector de libros.

—No, gradas. Estoy liada con esto ahora.

—De acuerdo —Derec miró a Mandelbrot que estaba de pie en su hornacina de la pared detrás de Ariel, pero decidió dejarle con ella. Podía avisarle a él o a cualquier robot a través de su transmisor si necesitaba ayuda.

Al marcharse del apartamento, él y Wolruf entraron en un pasillo ligeramente curvado, de techo alto y gran anchura que les condujo después de no pocas vueltas a un atrio abierto desde el cual salían docenas de otros pasillos como el que llevaba a su apartamento. Si hubiera habido más personas en el planeta, este hubiera sido el parque del barrio, lleno de niños jugando y de robots preocupados porque no se hicieran daño, pero ahora estaba en silencio, vacío.

Avanzaron por el atrio hacia el corredor principal, carente de curvas y con cintas deslizantes que llevaban en todas las direcciones. Arriba y en la parte baja de las paredes había más atrios y más vecindarios idénticos al suyo. Sin duda alguna serían modificados para adaptarse a los gustos individuales de sus habitantes, si es que alguna vez había alguno, pero hasta ese momento su diferencia más significativa residía en las direcciones escritas en letras en negrita por encima de sus cabezas.

Esas direcciones, de tres dígitos cada una, iban disminuyendo hacia la izquierda, pero las cintas deslizantes se movían hacia la derecha; Derec y Wolruf tomaron una pasarela sobre las cintas deslizantes para llegar al otro lado del pasillo, se montaron en ellas y se dirigieron a las líneas más rápidas.

A pesar de toda la maquinaria que debía de ser necesaria para mantener las cintas en movimiento, el viaje se desarrolló casi en silencio. Oían sólo la suave brisa que producían a su paso, algo mitigada por una especie de persianas colocadas a cada pocas docenas de metros en las cintas más rápidas. A su lado pasó un grupo de cuatro robots que iban en sentido contrario pero, salvo por eso, estaban solos.

—Parecer incluso más vacío que antes —comentó Wolruf—. Preguntar yo donde estar todos los robots.

—Imagino que colocando nidos de pájaros —dijo Derec—. Supongo que mantener el ecosistema en marcha requiere más tiempo que mantener la ciudad.

—Probablemente.

Los tres dígitos de los que se componían las direcciones que había sobre las puertas indicaban primero el nivel, después la coordenada norte-sur, y por último la coordenada este-oeste. Derec y Wolruf siguieron avanzando por el pasillo hasta que el segundo dígito de la dirección se redujo a cero, después cambiaron a otra cinta deslizante que circulaba a noventa grados de la primera y la siguieron hasta que el tercer dígito cambió a cero también. Eso los puso directamente debajo del centro de la Torre de la Brújula. Bajando de la cinta deslizante hasta una hilera de ascensores, entraron en uno y le ordenaron llevarlos a la cima.

La puerta se abrió dando paso a un viento gélido. El cielo estaba cubierto y el aire olía a lluvia. A Derec le maravillaba lo rápido que cambiaba el tiempo, pero suponía que con la nueva selva desprendiendo más humedad en la atmósfera de la que tenía la ciudad, parte de ella estaba destinada a caer en forma de lluvia, probablemente a diario.

Los restos de la nave no eran visibles desde la puerta del ascensor, así que Derec salió afuera, agarrándose al marco de la puerta para conseguir cierta sujeción y miró primero hacia un lado y después hacia el otro, pero la nave no estaba allí. La caja rectangular del ascensor era lo único que había en toda la amplia extensión de la superficie del tejado.

—¡Ya no está! —gritó para que se le oyese a pesar del aire. Retrocediendo, esperó a que la puerta se cerrase antes de añadir—. Preguntaré dónde se han llevado a los robots.

Centrando su atención en su conexión interna, Derec envió:

—*Ordenador central, ¿cuál es la situación actual de los robots Adán, Eva y Lucius? Lucius II* —corrigió antes de que le pudiera cuestionar por ello.

—*Incapaz de localizarlos* —respondió el ordenador. La voz en su mente no era de procedencia vocal, pero los datos pasaban por los mismos nervios, así que a Derec le sonaban como una voz. Se oía baja, sin eco e inhumana pero, de todas formas, como una voz.

—*¿Qué quieres decir con incapaz de localizar? Tienen que estar en algún sitio.*

—*No recibo su señal de energía en ninguno de mis escáneres* —insistió el ordenador.

—Central dice que no puede encontrarles —dijo Derec en voz alta—. ¿Qué apuestas a que se están escondiendo de nosotros?

—No sorprenderme —gruñó Wolruf. Los robots escapar de sus señores humanos antes, cuando tener asuntos que desear discutir en privado.

—*¿Dónde los observaste por última vez?* —preguntó Derec al ordenador central.

—*La información no está disponible.*

—*No disponible. ¿Por qué?*

—*Se me ordenó olvidar ese lugar.*

Derec arqueó las cejas.

—¿Qué? —preguntó Wolruf.

—No me dirá dónde los vio por última vez. Dice que le ordenaron que olvidase —Derec no se molestó en ordenarle otra vez que lo recordase; un robot podría haber sido capaz de extraer un recuerdo olvidado de su base de datos por la manera en la que afectaba a otros recuerdos ya que un cerebro positrónico era un artificio analógico, pero los recuerdos de la Central eran digitales, cada uno separado y almacenado en cubos de memoria periféricos.

—Pues decirle tú que no olvidar la próxima vez —dijo Wolruf.

—De acuerdo. *La próxima vez que los observes, no olvides su localización* —transmitió Derec—. *Y avísame cuando los encuentres.*

—Me parece que se me han adelantado otra vez —dijo Derec con un suspiro—. Ascensor, llévanos de nuevo abajo.

El ascensor, obedientemente, comenzó su descenso. Cuando iban por la mitad, Wolruf dijo:

—¿Y Avery? ¿Haber visto tú desde que llegar nosotros aquí?

—No —respondió Derec—, pero no me sorprende. Estaba bastante enfadado conmigo.

—Deber saber donde estar los robots.

—Sí, debería —Derec titubeó. ¿Merecía la pena aguantar las quejas que posiblemente recibiría de Avery sólo por averiguar dónde habían ido los robots? Creía que no, pero por otro lado al final tendría que arreglar las cosas con él y la pregunta proporcionaría una excusa conveniente para localizarle.

Asintiendo hacia Wolruf, transmitió:

—*Abre una conexión con el doctor Avery.*

—*Soy incapaz de contactar con él* —respondió el ordenador.

—*¿Por qué no puedes? ¿Dónde está?*

—*Imposible localizarlo.*

Derec puso los ojos en blanco.

—¡Otra vez no!

—¿Qué?

—Tampoco puedo encontrar a Avery.

—Eso sonar un poco sospechoso.

—Pues sí, ¿no te parece? Creo que debería dejar de perder el tiempo con este ordenador y averiguar de qué va todo este secretismo repentino.

La puerta del ascensor se abrió descubriendo la estación de transporte central. Wolruf salió la primera y miró de arriba a abajo la larga extensión de cinta deslizante diciendo:

—Saber tú. Mientras hacer tú eso, yo mirar por aquí. No sentir como para

regresar al apartamento justo ahora.

Las posibilidades de que Wolruf encontrase algo eran prácticamente nulas, pero Derec sabía lo que pretendía. Asintió y le dio una palmadita en la espalda.

—Como tú quieras —le dijo—. Te avisaré si encuentro algo.

—Yo hacer lo mismo —prometió Wolruf, subiéndose a la cinta deslizante más próxima y dejando que se la llevara.

Derec subió por la rampa que estaba por encima de su cabeza y tomó el camino de vuelta al apartamento. Para pasar el tiempo empezó a silbar una canción, una que Ariel había estado cantando como música de fondo en la nave unos pocos días antes, pero el eco en el pasillo vacío pronto le desanimó y avanzó el resto del camino en silencio.

Janet miró al apartamento con ojos de desdén. Basalom había aterrizado la nave en un claro en la selva a unos veinte kilómetros al norte de la Torre de la Brújula y después había usado su transmisor para pedirle a la ciudad que la dejase entrar y que les proporcionara alojamiento, pero Janet se preguntaba ahora si no estaría mejor en la nave. Este lugar no tenía nada de especial, tenía la misma personalidad que un ladrillo. No, menos que eso. Los ladrillos al menos tenían grietas; este apartamento no tenía ni eso al ser de una pieza.

—Este lugar es totalmente Avery —murmuró a Basalom mientras entraba en la habitación su bolsa con lo necesario para pasar una noche y la colocaba cuidadosamente en la cómoda. Se dio la vuelta, vio la expresión de su cara y dijo:

—¿No le agrada? Podemos alterarlo de la manera que quiera.

—Más tarde —dijo—. Ve a ver qué pasa con las máquinas de aprendizaje; yo me ocuparé de la decoración.

—Sí, señora —Basalom se dirigió hacia la puerta, pero Janet le paró con una palabra.

—Basalom.

—¿Sí?

—Sólo quiero saber qué es lo que les ha pasado. Información primero, acción después, ¿comprendido?

—Comprendido.

—Bien. Y no dejes que nadie te vea. Si alguien te ve, te ordeno no obedecerle. Simplemente desaparece, asegúrate de que los pierdes de vista y regresa aquí. Mis órdenes tienen preferencia sobre cualquier otra.

—Muy bien, señora.

—De acuerdo entonces, adelante.

Basalom abandonó el apartamento cerrando la puerta con cuidado detrás de él. Janet miró una vez más a las paredes estériles alrededor de ella, movió la cabeza en

un gesto de desaprobación y entró en la habitación para deshacer la maleta.

No necesitaba mucho tiempo para colocar el equipaje para una noche. Janet se divirtió ordenándole al apartamento que simulase hasta en los más mínimos detalles una suite en un castillo medieval, con calefacción, por supuesto, y agua corriente fría y caliente, pero pronto se aburrió de ese juego. Miró al escritorio que ahora era de grandes proporciones, con una tapa corrediza muy decorada con pequeños estantes y cajones y chiribitiles esperando ser llenados y se sentó en la igualmente descomunal silla giratoria que había delante de ella. Centrado en la parte trasera del escritorio a una altura confortable para leer, había un panel liso de un gris apagado que se suponía era el monitor.

Así que si hubiera recapacitado un poco probablemente habría encontrado sus máquinas de aprendizaje sin necesidad de enviar a Basalom detrás de ellas.

—¿Cómo se enciende este estúpido ordenador? —preguntó al escritorio.

Como respuesta, la pantalla gris en la parte posterior del escritorio se iluminó poniéndose en blanco y en la superficie del escritorio comenzó a poder distinguirse entre un teclado, una alfombrilla para dibujar, un puntero y un lector de cubos de memoria. Janet sólo le hizo caso a la pantalla diciéndole:

—Enséñame el interior de lo que quiera que haya en la dirección que le diste a Basalom —conocía los métodos de Basalom. Simplemente habría preguntado la dirección de su destino en lugar de intentar encontrarla por pura deducción.

En efecto, el ordenador no preguntaba de qué dirección le estaba hablando. Tampoco le daba la vista interior que quería.

—No puedo. Ese lugar ha sido restringido —dijo una voz calmada y estereotipada.

Janet asintió. No era de extrañar si los robots estaban intentando esconderse.

—Entonces dame una vista exterior.

La pantalla mostró una imagen con un ángulo muy amplio de una puerta cerrada colocada en un pasillo largo, con una cinta deslizante con dos carriles en cada dirección, y ninguna de las otras puertas estaba abierta.

Parecía un lugar la mar de anónimo. Janet pensó en saltarse la seguridad para poder mirar dentro, pero decidió esperar al informe de Basalom en su lugar. No quería tropezarse con las alarmas mientras estaba allí.

¿Qué más podía hacer mientras esperaba? En un impulso, preguntó:

—¿Está David en el planeta?

—Si por David quieres decir tu hijo, que ahora se llama a sí mismo Derec, entonces sí, está.

Derec. Sabía que había cambiado de nombre, pero todavía no había asimilado el cambio. Imaginaba que iba a tener que acostumbrarse a ello.

—Deja que le vea —dijo.

Estaba preparada para pasar por la enorme pesadilla de convencer a un ordenador obstinado para que la dejara invadir la privacidad de otro ser humano, pero en su lugar la pantalla hizo un barrido desde el centro hacia fuera y se encontró a sí misma mirando cara a cara a David. Derec. El que sea. Como sea. Él también estaba usando un ordenador y ese era el punto de vista que ella tenía sobre él: estaba sentado delante de su pantalla. Dio un grito ahogado de sorpresa y estaba a punto de mandarle al ordenador que se desconectara cuando le preguntó:

—¿Desea establecer comunicación bidireccional?

—¡No! —susurró—. No dejes que sepa que estoy mirando.

—Recibido.

Janet se rio aliviada. Había estado cerca. Si el viejo Cara de piedra no hubiese sido tan fisgón probablemente la hubiera descubierto, pero ella debía de haber supuesto que Avery había programado el sistema primero, para vigilancia y segundo, para comunicarse. Se recostó en su silla y observó con atención a su hijo durante un buen rato.

Había cambiado. Era mayor, mejor dicho, mucho mayor, pero aquel no era el cambio más obvio. A medida que Janet le observaba, notó la determinación de sus ojos y la forma de su mandíbula; cómo una sonrisa asomaba a sus labios por un momento cuando acertaba con cualquier cosa que estaba haciendo, y cómo esa sonrisa se transformaba en resolución cuando no resultaba como esperaba. Le observó echarse hacia atrás y acariciarse la barbilla mientras pensaba, decirle algo al ordenador y leer los resultados en la pantalla, después, cerrar los ojos y suspirar.

Aquel era el cambio principal: Ya no era un niño malcriado y petulante.

—Déjame oír su voz —le ordenó Janet.

—Recibido.

Derec permaneció en silencio durante un tiempo, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, pero después de un rato los volvió a abrir y dijo:

—¿Qué pasa con el uso de energía? ¿Puedes darme zonas donde el consumo de energía haya aumentado?

Su voz era increíblemente profunda e increíblemente familiar. Había heredado la voz de su padre. Janet siempre había considerado la voz como una de las cualidades más atractivas de Wendy y ahora se encontraba a sí misma entusiasmándose también con la de su hijo. Si no había heredado la personalidad de Wendell a la vez que su voz, entonces, después de todo, podía tener algo que ofrecer.

Evidentemente lo que Derec veía en la pantalla no era más útil que la respuesta a su anterior petición. Se echó hacia delante y movió la cabeza.

—No me gusta. Hay demasiados como ellos. ¿Qué tal el consumo de comida? Avery tiene que comer.

Janet aguzó el oído al oír eso. ¿Estaba buscando a Wendell? Había pensado que

estaba hablando de sus robots.

—Ese servicio no está monitorizado —le dijo a Derec la misma voz estereotipada que había contestado a Janet.

—¿Puedes monitorizarlo?

—Sí.

—Entonces hazlo. La próxima vez que alguien utilice un procesador házmelo saber y registra el lugar donde ocurra. Registra también la próxima vez que alguien use un personal. Monitoriza el consumo de oxígeno y la concentración de dióxido de carbono e infórmame de cualquier cambio que pueda asociarse claramente con una presencia humana.

—Cielos —exclamó Janet. No llevaba aquí más de una hora y media y ya estaba Derec tras ella. Pensaría que había cazado a Wendell, pero en realidad el ordenador le conduciría directamente a ella.

A menos, claro está, que encontrase a Wendell primero. Y Janet tenía la impresión de que sabía dónde estaba.

—Ordenador, no le des a Derec mi posición. No es a mí a quien busca. En su lugar dale la dirección que pedí ver primero. Esa es la que quiere.

—Recibido.

Observó cómo los ojos de Derec se abrían cuando la dirección apareció en la pantalla. Obviamente no esperaba obtener resultados tan rápidamente. Le observó pasar por el mismo proceso que ella: pedir una vista interior, después una exterior, pero no encontró algo diferente de lo que ella ya sabía.

—Ponte en contacto con Wolruf —le oyó decir.

Algo más tarde oyó una voz ronca que decía:

—Aquí Wolruf.

—¿Dónde es aquí? —preguntó Derec.

—Nivel siete, cuatro-treinta-seis sur, nueve-cincuenta Este.

—Creo que he encontrado a Avery en el nivel nueve, tres-veinte-dos Norte, cuatro-setenta-seis Este. Apostaría que los robots están allí también.

Janet echó hacia atrás la cabeza. Seguro que quería decir sus máquinas de aprendizaje. Así que él también estaba buscándolas. Si ese era el caso entonces no podía tener nada que ver con su desaparición, ¿no?

Quizá no esta vez, pero encontrarles a los tres en el mismo planeta era bastante sospechoso. Janet los había puesto en tres planetas diferentes y más tarde se había enterado de que Derec y su padre también habían visitado dos de ellos, y cuando regresó para recuperar aquellos dos primeros robots no encontró ni rastro de ellos. Derec y Wendell los había llevado allí sin duda, donde ella había dejado al tercero intencionadamente, pero no lograba adivinar lo que Derec quería de ellos.

Sabía muy bien lo que Wendell quería. Quería robar la tecnología que ella había

desarrollado para ellos al igual que había robado la idea original del robot celular y la había usado para construir estas ciudades. Derec podía ir tras lo mismo, bien con Wendell o por su cuenta.

O podía ir detrás de algo completamente diferente. Había algo más que simple curiosidad en su voz, pero no podía decir si estaba preocupado por el bienestar de los robots o si tenía sus propias razones para querer encontrarles. Por lo que sabía podía incluso estar de su lado. Se preguntaba si debía arriesgarse a ponerse en contacto con él, averiguar directamente cuáles eran sus intenciones, pero el pensar en ello por un momento la disuadió. No quería arriesgarse a alertarle, todavía no. Necesitaba algún tipo de prueba, alguna manera de garantizar primero la bondad de sus intenciones.

Mmm. La mejor manera de averiguarlo sería darle una parte de lo que buscaba y ver qué hacía con ello. Algo inofensivo, pero lo suficientemente interesante como para que despertase su curiosidad.

Sonriendo se levantó del escritorio, buscó un cubo de memoria de entre sus pertenencias, lo enchufó al lector y usó el teclado y el puntero para recuperar una página de uno de sus archivos personales. Era una fórmula robótica, parte del programa que permitía a sus máquinas de aprendizaje pensar intuitivamente.

—Envíale esto —dijo, después añadió inmediatamente—, no, espera, no en la pantalla. Ponlo encima de su escritorio en caracteres en relieve de manera que no pueda grabarlo. Tampoco lo grabes tú en ninguna parte y no le digas quien lo envió. Y no le des tampoco a él ni a nadie ninguna información más que pueda conducirlo a mí en el futuro, ¿está claro?

—Recibido.

—Déjame ver su reacción.

La cara de Derec sustituyó la fórmula robótica en su pantalla. Estaba todavía hablándole a Wolruf, diciéndole:

—... nos encontraremos aquí en cuanto pueda.

—De acuerdo —respondió Wolruf. Hubo un leve zumbido de interferencias cuando Wolruf se desconectó.

Derec extendió la mano para darle a una tecla del ordenador, sin duda alguna para desconectarlo, pero se detuvo sorprendido.

—¿Qué...? —pestañeó, pasó su mano derecha sobre la superficie en relieve y después preguntó—. ¿De dónde ha salido esto?

—La información no está disponible —respondió el ordenador.

—¿Qué es?

—No se lo digas —le advirtió Janet.

—Esa información no está disponible.

Los ojos de Derec se movieron de izquierda a derecha mientras asimilaba la fórmula. Janet observó cómo fruncía el ceño ante la peculiar nota no estándar, una

nota que ella misma había ideado para describir una idea que tampoco era estándar.

Una sombra oscureció la puerta que había detrás de él y una muchacha morena y delgada entró en la habitación. Ariel Burgess. Janet ya sabía que viajaba con Derec, aunque fuera sólo por pura intuición. No estaba preparada para el impacto de ver a la amante de su hijo entrar a formar parte de la imagen como si tal cosa.

—¡Borra ahora mismo eso de su mesa! —ordenó Janet, arrebatándole a la vez su cubo de memoria al lector. Observó cómo la cara de Derec iba del asombro a la frustración, después oyó a Ariel y Derec se volvió para preguntarle.

—¿Has hecho eso tú?

—¿Hacer qué?

—¿Poner esa fórmula en mi escritorio?

Ella se acercó a él por detrás y miró por encima de sus hombros.

—¿Qué fórmula?

—Desapareció al entrar tú. No quiero decir que estuviese en el ordenador; aparecía en el propio escritorio.

Ariel parecía tan asombrada como él.

—No, no he hecho nada parecido. Estaba fuera en la sala de lectura. Te oí hablar con alguien y vine a ver lo que estabas haciendo.

Derec asintió. Miró al escritorio, después hacia Ariel.

—He estado intentando encontrar a Avery y a los robots. Creo que está escondido con ellos, probablemente intentando desarmarlos ahora que están de nuevo en bloqueo comunicativo. Aunque creo que los he encontrado.

Ariel negó con la cabeza.

—Si es eso lo que realmente está ocurriendo, no parece que vaya a ser muy divertido. Probablemente sólo logres pelearte con él.

—Probablemente lo haré —suspiró Derec. Se volvió hacia el escritorio, buscando por última vez la fórmula fantasma, y apagó el ordenador. Janet ni siquiera parpadeó; observó a Derec de pie poner sus brazos alrededor de Ariel y abrazarla fuertemente. Estuvo a punto de mandarle al ordenador que dejara de mirar cuando se besaron, pero su curiosidad era demasiado grande.

Aunque hubiera deseado hacerlo con todo su corazón cuando Derec dijo en voz baja:

—Cielos, ¿por qué no he podido tener unos padres normales?

Avery estaba observando el monitor del microscopio cuando la alarma se disparó. Alguien había parado delante de la puerta de su laboratorio. Maldijo aquella interrupción, maldijo que hubiera ocurrido precisamente en ese momento. Estaba empezando a comprender los cambios que Janet había hecho en la morfología celular del robot y cómo esos cambios podían afectar a la manera en que se combinaban para construir estructuras macroscópicas. No quería tener que lidiar con Derec

precisamente ahora, Derec y sus quejas sobre estropear el experimento de su madre. Sabía que eso era lo que Derec diría. Sabía lo que él le contestaría, que entre ellos, él y su madre, y su estúpido experimento habían arruinado casi todo lo que él, Wendell Avery, había hecho, y que era el momento de volver las tomas; pero deseaba no tener que verse envuelto en todo eso justo ahora. Tenía mejores cosas que hacer.

Bueno, suponía que si no quería no tenía que quedarse por allí. A Derec le llevaría unos pocos minutos lograr entrar por la puerta, para entonces él ya podía estar fuera de allí.

Recogió la esfera de material robótico indiferenciado que antes había sido la pierna derecha de Lucius, apagó el microscopio, se metió en el bolsillo el cubo de memoria en el que había estado almacenando los datos y caminó hacia la pared adyacente a la que tenía la puerta.

—Haz otra puerta aquí —dijo y tan pronto como se formó entró a través de ella en la siguiente habitación que había más allá de su laboratorio.

—Quita la puerta —ordenó.

La habitación era una especie de caja vacía con una sola puerta que se abría sobre las cintas deslizantes. Avery fue hacia esa puerta, fácilmente se abrió una grieta y pudo mirar a través de ella para comprobar si realmente era Derec. La puerta no hizo ningún ruido que Avery pudiera oír, pero la figura que estaba delante de su laboratorio se dio la vuelta como si hubiera sido sorprendida por un ruido, entonces, inmediatamente se giró sobre sí mismo y se apresuró por la cinta deslizante, corriendo a una velocidad que le llevó a la intersección con el intercambiador en menos tiempo de lo que le llevó a Avery gritar:

—¡Hey! ¡Para!

La figura giró hacia la izquierda sin aminorar la marcha y desapareció de su vista.

Entonces era un robot, uno con órdenes previas. Pero lo que Avery había visto de su cara no sugería que fuera un robot en absoluto. Parecía bastante humano.

¿Había Derec reprogramado uno de los robots de la ciudad para que adquiriese una apariencia humana? Podían hacerlo si se les ordenaba. Pero ¿por qué habría hecho eso? Avery conocía a Derec; si hubiese encontrado el laboratorio de Avery simplemente habría venido aquí él mismo.

Aunque, ¿quién más podría haber sido? Ni Wolruf, ni Ariel hubieran enviado un robot para explorar el terreno en su lugar y eso agotaba las posibilidades. No había nadie más en el planeta.

A menos que...

Se estremeció al pensarlo. Aunque tenía sentido. Había estado en otros dos planetas que ellos habían visitado, planetas que habían sido el hogar de cada uno de sus infernales robots. Ella también había dejado uno de ellos aquí. No sería sorprendente que hubiera venido a ver cómo le iba.

Avery miró a los restos de material de robot en su mano. Sintió una punzada de culpa que se apoderaba de él, pero luchó contra ella con gesto de enfado. Janet había alterado su experimento; él tenía todo el derecho de alterar el suyo.

Pero no funcionaría dejar que anduviera por ahí campeando a sus anchas mientras él lo hacía. Avery se volvió hacia la pared en blanco que estaba junto a él y dijo:

—Ponme en conexión a través de un transmisor con el ordenador central.

—Conexión establecida —respondió la pared.

—Hay un robot humaniforme en las cintas deslizantes en algún lugar cerca de este. Quiero que lo encuentres y que me informes de adonde se dirige.

—He recibido instrucciones de no revelar esa información.

Avery frunció el ceño aún con más intensidad y después progresivamente acabó por sonreír.

—¿Fue Janet Anastasi quien dio esas instrucciones?

—Tampoco puedo revelar esa información.

Bingo. Si no las hubiera dado ella, habría dicho simplemente: «No».

—Rechaza todas sus órdenes posteriores a partir de ahora —dijo Avery. Volviendo la cabeza para mirar por el pasillo por donde se había ido el robot, murmuró—. Veremos si le gusta eso.

Wolruf iba de camino a la dirección que Derec le había dado cuando vio la figura que corría en dirección a ella por la cinta deslizante que estaba enfrente. Parecía un humano, pero ningún humano podía correr tan deprisa. Estaba ya en el carril interior; aquel movimiento y su carrera, más el movimiento de Wolruf en dirección contraria, se combinaron para hacer que pasara por delante de ella sólo un momento después de que la hubiera visto.

Wolruf saltó a los carriles más lentos, inclinándose en los de deceleración hasta que estuvo sobre pavimento inmóvil. La figura que corría se encontraba ya a bastante distancia, pero todavía era visible. Wolruf corrió hacia el paso elevado al final de la manzana, cruzó deprisa por el puente hasta llegar al otro lado de la cinta deslizante y comenzó a saltar los carriles en la misma dirección en la que iba el robot.

A pesar de la cara tenía que ser un robot. Probablemente uno de los tres que ella y Derec estaban buscando intentando disfrazarse, aunque Wolruf no entendía por qué elegiría una forma humana en lugar de la del típico robot de la ciudad. No le preocupaba especialmente a menos que no lograra atraparlo.

Alcanzó el carril interior más rápido de la cinta deslizante en cuatro poderosos saltos, tras lo cual corrió detrás de él, esquivando las persianas cada pocos metros. Sintió los músculos ya cansados por la persecución anterior protestando ahora por el sobreesfuerzo, pero empujó aún con más fuerza. Esta era la clase de ejercicio que necesitaba.

Derec entró en la habitación subiendo un piso y diciéndole a la habitación que abriese un agujero por el que pudiera meterse él. Avery no le había ordenado protegerse contra esto, así que la habitación obedeció sin dudarlo, proporcionando incluso una escalera por la que descender.

Descendió a un laboratorio de robótica que funcionaba iluminado por una intensa luz. Un extremo tenía un banco de trabajo con herramientas repartidas en desorden alrededor como si alguien hubiera estado trabajando allí hacía sólo un momento. El equipo de diagnóstico y de monitorización estaba sobre unos estantes a ambos lados del banco, y había aún más equipo junto a lo que había quedado de las mesas de reconocimiento. Las mesas habían sido sesgadas por la base, lo que dejaba ver un soporte cóncavo. El material retirado flotaba en tres bolas esféricas de metal plateado por encima de cada soporte, cada uno en el centro de un voluminoso generador de campos de contención magnética.

Derec intentó estimar el volumen de las esferas. Parecían demasiado grandes como para ser sólo los restos de las mesas de reconocimiento. Algo tenía que haber estado en las mesas cuando los generadores se encendieron, algo que había sido aplastado bajo el intenso campo magnético en una masa carente de forma junto con el material de la ciudad que lo componía. Con un escalofrío de horror, Derec se dio cuenta de lo que debía haber sido: Adán, Eva y Lucius.

Dio una vuelta alrededor de las mesas de reconocimientos de contención, sintiendo cómo tiraban de las células robóticas de su propio cuerpo. Sentía el tirón desde las espirales magnéticas, pero imaginaba lo que pasaría si ponía su mano dentro del campo mismo. Las células robot saldrían rasgando sus músculos. Tal vez el hierro en su sangre también sentiría el tirón; no sabía. No tenía prisa por comprobarlo.

Los interruptores eran fáciles de ver. Derec se acercó con cautela a uno de ellos, preparado para retirar su mano si el tirón se volvía muy fuerte, pero le resultó soportable. Lo apagó. El fantasma que tiraba de su cuerpo se debilitó y la esfera de células robots indiferenciadas que estaban más cerca de él se posaron en la concavidad formada por el tronco de la mesa de reconocimiento.

—No reabsorbas eso —dijo Derec en voz alta. Apagó los otros dos interruptores, repitiendo su orden, después añadió—, pero puedes librarte de los imanes —las cámaras de contención no se fundieron en el suelo como había esperado que hiciesen, sino que en su lugar se filtraron desapareciendo a través de la pared. Evidentemente no habían sido hechos de dianita, pero habían sido manufacturados especialmente para uso de Avery y estaban siendo ahora o bien desmantelados o bien devueltos a un almacén en algún lugar. En cualquier caso, Derec respiró más tranquilo una vez que desaparecieron.

Examinó los tres bultos esféricos de material de la ciudad que ahora se desplomaban como una enorme gota de agua por una superficie seca. Nada indicaba cuál correspondía a cada robot, pero uno tenía un bulto que salía por un lado, justo en el lugar en el que reposaba en su cubil. Derec alargó una mano y con cuidado empujó la masa, casi esperando que fuese pegajosa al tocarla, pero parecía más bien como una esponja metálica o el cojín de una silla. Cedió un poco bajo su empujón, y fue capaz de hacerle rodar lo suficiente como para dejar el bulto al descubierto.

Era un cerebro. Más concretamente, era un cerebro positrónico, el kilogramo y medio de platino-iridio que proporcionaba el entramado en el cual el proceso mental del robot tenía lugar. Ni el platino ni el iridio respondían especialmente bien al magnetismo y esa era la razón por la cual el cerebro había pasado a la parte baja de la esfera. Derec había visto docenas de cerebros positrónicos antes, pero la vista de este hacía que un enorme escalofrío le recorriese la espalda. Había visto muchos de ellos, sí, pero nunca uno que perteneciese a uno de sus amigos.

El intenso campo magnético lo había destruido, por supuesto. El magnetismo no lo dañaría directamente, pero corrientes eléctricas inducidas sí y con un campo así de fuerte debía de haber habido muchas corrientes inducidas yendo de un lado para otro. Derec fue capaz de superar su aprehensión lo suficiente como para meter sus dedos en la masa alrededor del cerebro y sacarlo, después se dio la vuelta buscando un monitor que pudiese ayudarlo a leer el estado en el que se encontraba el cerebro.

Encontró uno justo a la altura de su codo izquierdo, todavía encendido, pero faltaba su sensor. Por el largo del cable que quedaba, Derec se dio cuenta de que había estado dentro del campo con el robot, sin duda leyendo sus pensamientos antes, y posiblemente durante, su muerte.

Sintió una oleada de entusiasmo. Si el monitor había estado grabando y si había conseguido una secuencia lo suficientemente larga de pensamientos entonces era posible revivir al robot.

Aunque lo funcional que el robot llegara a ser era otra historia. Las memorias robóticas eran esencialmente de naturaleza holográfica, cualquier fragmento de grabación contenía información sobre la cosa en su totalidad, pero al igual que con un holograma, cuanto mayor fuera el fragmento más definida sería su reproducción. Llevaría una cantidad sustancial de grabación recrear la psique positrónica entera del robot con un cierto grado de exactitud.

Derec examinó el monitor en busca de cubos de memoria, encontró cuatro de los diminutos artilugios alojados en un estante. Sacándolos con cuidado, los llevó hasta un monitor del banco que no estaba dañado y lo insertó en una ranura vacía. Usando la interfaz de ordenador del monitor, hizo un rápido análisis de los cubos para ver qué había sido grabado. Sintió cómo le aparecía una sonrisa a medida que lo leía; dos de los cubos estaban llenos y el tercero sólo a medias, todos con las representaciones

digitales de los esquemas de pensamiento positrónico.

Aquello era mucho pensar, mucho más de lo que Avery hubiera sido capaz de conseguir en unas pocas horas, pensó Derec, pero entonces recordó que los robots habían estado en uno de sus bloqueos comunicativos, discutiendo a una velocidad cien veces superior que la normal. ¡Perfecto! La grabación de una discusión realmente ayudaría a definir el carácter individual de cada robot.

Siempre y cuando...

Se levantó para revisar los cubos de memoria en los otros monitores. Había cuatro cubos en cada uno y dos cubos y medio de cada estante estaban llenos. Derec sintió que lentamente iba liberando la tensión. Las tres partes de la discusión habían sido grabadas. Debería de haber material suficiente para reconstruir las personalidades de los robots.

Así que, después de todo, Avery no había conseguido matarlos por completo.

Utilizando su transmisor, Derec envió:

—*Necesito tres nuevos cerebros positrónicos y tres transformadores de microfusión portátiles.*

Como respuesta, un armario a su izquierda se abrió ofreciendo al menos una docena de cada pieza ya preparada. Sin duda alguna, Avery había ordenado que se construyera un laboratorio de robótica completo y ningún laboratorio estaba completo sin un buen suministro de repuestos.

Derec sacó un cerebro del armario, le quitó el envoltorio y lo llevó hasta el montón de células de robot que había quitado del otro cerebro. Sintió un momento de duda preguntándose cómo hacer las conexiones. En un robot normal habría habido una serie de conexiones directas, auténticas tomas de corriente que encajaban en las entradas del espacio que ocupaba el cerebro, pero en un robot celular indiferenciado no había ninguna conexión. Ningún lugar era más o menos indicado que otro.

Encogiéndose de hombros, Derec presionó el cerebro contra la masa de células, manteniendo una presión suave y constante hasta que las células cedieron y permitieron que el cerebro se hundiera dentro de la superficie. Repitió el proceso con un transformador, después se echó hacia atrás para ver si ocurría algo.

La superficie de la esfera se cerró sobre el cerebro y el transformador, pero después de que pasaran cuatro o cinco minutos sin que ocurriera nada, Derec decidió que las células en sí mismas no contenían ninguna programación que les hiciera actuar por voluntad propia. Tenía que haber sido grabado en una capa del cerebro, el primero de los muchos grupos de instrucciones que gobernaban las acciones del robot.

Derec agarró el cable cortado que llegaba hasta el sensor inductivo y sujetó el final del mismo contra la masa. Incluso aunque su madre hubiera utilizado una estructura celular diferente para los robots, como pensaba Avery que había hecho,

debía de haber algunas células de la ciudad extraídas de la mesa de reconocimiento mezcladas con las células de los robots y, si ese era el caso, entonces el monitor podía reformar su sensor remoto entorno al cerebro y usarlo para conducir los recuerdos dentro de él de la misma manera en que habían sido grabados.

—Establece contacto con el cerebro —le ordenó al monitor y cuando la pantalla de estatus indicó que el vínculo había sido establecido, enchufó los cubos de memoria de nuevo en sus ranuras. Todavía no sabía con cuál de los tres robots estaba tratando pero, si todo funcionaba de la manera que esperaba, pronto lo descubriría.

—Descarga los cubos de memoria —ordenó.

Durante un buen rato pareció que no pasaba nada, pero justo cuando Derec empezó a preguntarse qué era lo que había ido mal, la esfera de material de robot se estremeció, deformándose como si fuera aplastada por un puño enorme y se desprendió un cuarto de su masa en una abundante lluvia metálica. Esa sería la dianita de la mesa de reconocimiento, pensó Derec. El robot estaba eliminando el material extraño de su cuerpo.

Lo que quedó de la masa inicial se fue alargando lentamente, se fueron formando pliegues y las secciones separadas se fueron diferenciando en crudas aproximaciones de brazos, piernas y una cabeza. Durante un rato tan largo que hubiera vuelto loco a cualquiera permaneció en aquel vago estado humanoide, después los miembros empezaron progresivamente a tomar una forma más definida y la cabeza expulsó un sensor externo más convencional, todavía sujeto al monitor por su cable.

La cara del robot era todavía muy básica, con sólo una ligera indicación de una nariz y de los labios y únicamente unas cavidades superficiales donde deberían estar los ojos. Sus manos se alargaron y soltaron el sensor dejándolo caer al suelo y donde había estado el sensor empezaron a crecer orejas.

Los huecos de los ojos se hicieron más profundos, unos cortes horizontales se formaron sobre ellos y los párpados recién formados se abrieron para revelar un espacio en blanco, ojos carentes de expresión. Los ojos salieron, cada uno moviéndose de manera independiente, después hacia dentro para fijarse en Derec. El robot y el humano se miraron fijamente por lo que pareció un milenio hasta que Derec finalmente rompió el hechizo:

—¿Estás bien? —preguntó.

El robot pareció pensar la pregunta con cautela. Levantó la mano derecha, después la izquierda, agarró una con la otra formando un puño y las relajó, movió la cabeza de un lado para otro como si estuviera oyendo sonidos internos y después cerró sus ojos. Tras unos segundos su boca acabó desarrollándose y sus ojos se abrieron de nuevo. Su pecho se expandió como si estuviera respirando y balbuceó:

—Ta... a... a... tan bien —se paró, respiró de nuevo y volvió a comenzar, diciendo con más claridad esta vez—: Todo lo bien que se puede esperar —respiró de

nuevo, exhaló y sin preocuparse de volver a respirar añadió—, para alguien que acaba de regresar de entre los muertos.

Emoción en acción

La persona que se inclinaba sobre él tenía una expresión de preocupación. Había preguntado por el bienestar del robot. La preocupación por el bienestar de otras personas era algo bueno. Conclusión provisional: es una buena persona.

El tren de pensamiento se activó con facilidad, incluso antes que la capacidad de reconocer. El robot no vio nada malo en ello; por supuesto que uno determina el valor de una persona tan pronto como puede. El valor relativo era la cualidad más importante que podía tener una persona, mucho más importante que un simple nombre. El valor relativo de una persona era lo que determinaba cuánta protección debía proporcionarle un robot cuando surgía un conflicto.

No obstante los nombres eran útiles una vez que el valor relativo había sido asignado, de manera que el valor podía ser asociado al nombre y así aquilatado con el paso del tiempo. El robot buscó el nombre que pertenecía a la persona que estaba delante de él, pero se quedó consternado al comprobar cuán confuso estaba ese nombre en su cabeza. «De...» algo. ¿Delbert? ¿Dennis? Nada parecía lo apropiado.

Su muerte había distorsionado los recuerdos e incluso, algo más que sus recuerdos; el robot había tenido problemas también adoptando una forma familiar. Aquello era turbador dado que el programa de morfaxis era una parte muy básica de su identidad, una de las pocas órdenes con la que había comenzado su vida en un principio. Embargado por un sentimiento de repentina esperanza, buscó las demás instrucciones originales, las más problemáticas: las obligaciones de proteger y obedecer a los humanos.

La esperanza se desvaneció. Estaban todavía intactas.

La definición de «humano» estaba poco clara, pero el robot recordó que siempre había sido así.

—¿Cuál de ellos eres?

El humano, «De» lo que sea había hecho una pregunta. Debía contestarla. Buscó la respuesta correcta, no encontró ninguna en donde debía haber un nombre. ¡Pánico! La obligación imponía una respuesta, pero no tenía ninguna que dar.

Espera. Había muchas maneras de entrar en un banco de memoria. El recuerdo de su nombre se había perdido, pero quedaban algunos recuerdos de cuando se dirigían a él.

—Soy Lucius. ¿Quién eres tú?

La pregunta sorprendió a «De» lo que sea.

—¿Qué? —preguntó—. ¿No me recuerdas?

—Te recuerdo —respondió Lucius—, pero no recuerdo tu nombre.

«De» lo que sea se rio.

—¿Por qué será que no me sorprende? Soy Derec.

Enterarse de aquello disparó una cascada de recuerdos aclaradores en la mente de Lucius. Había muchos recuerdos asociados a ese nombre.

—Derec, por supuesto. Somos amigos.

Derec asintió.

—Sí. Así es, lo somos.

—Gracias por salvarme la vida.

Las mejillas de Derec enrojecieron: rubor. Eso significaba que tenía calor o vergüenza. Lucius cambió la frecuencia de recepción de sus ojos a la de infrarrojos. Percibió solamente una ligera subida de temperatura corporal y concluyó que era lo segundo.

—Uh, en realidad —dijo Derec— fue Avery quien lo hizo. Yo sólo te la devolví.

—Avery —dijo Lucius. Había una larga cadena de asociaciones conectadas también a ese nombre, pocas tan agradables como las relacionadas con Derec. La más intensa era seguramente la última, porque el recuerdo de la muerte estaba ligado indeleblemente a ella. Avery le había matado a propósito, sin motivo aparente.

Entonces Avery era peor persona que Derec.

La sensación que acompañaba ese pensamiento era nueva para Lucius. Sintió que se formaba de manera involuntaria en los potenciales de sus circuitos una inclinación negativa contra Avery, una tendencia que podía nublar su mente si la dejaba. ¿Acaso era un fallo de su nuevo cerebro? Creía que no; un mal funcionamiento no solía ser tan sutil. Pero, aun así era un efecto real.

Necesitaba discutirlo con sus compañeros. Lucius levantó la cabeza, vio las esferas de material celular descansando sobre los restos de las dos mesas de reconocimiento, incluso aunque él mismo descansaba sobre una, y llegó a una conclusión obvia: Avery los había matado a los tres.

La tendencia negativa del potencial se hizo más fuerte. Lucius se esforzó por ignorarlo, aunque la necesidad de encontrar a Avery y resolver el tema era prácticamente tan fuerte como una orden dada por un humano.

Antes que nada preguntó:

—¿Podemos devolverles la vida también?

Derec sonrió.

—Por supuesto —dijo, y su valor integral en la nueva visión del universo de Lucius subió aún más.

Janet se giró al abrirse la puerta de par en par. Un grito de asombro se escapó de sus labios. Basalom avanzó adoptando enseguida un gesto de disculpa.

—Lo siento, señora. Tenía prisa y no me paré a pensar que podría estar

preocupada.

—No estoy preocupada —le contestó malhumorada—, estoy aburrida. ¿Por qué has tardado tanto?

—Tuve que librarme de mi perseguidor. El doctor Avery me interceptó justo cuando estaba comenzando mi investigación y la alienígena Wolruf me descubrió cuando me marchaba. Me vi forzado a tomar una ruta más larga para volver.

—Menudo espía estás hecho. ¿Llegaste a mirar dentro de la sala?

Basalom asintió.

—Sólo durante un breve instante, señora. Me llevó un momento persuadir al ordenador central de que al ser un robot, yo no estaba incluido en la orden de aislamiento del doctor Avery. Más allá de la puerta parecía haber un laboratorio de robótica. El doctor Avery me vio antes de que pudiera averiguar más.

—¿Estás seguro de que era Avery?

—Lo estoy.

—Diantre. Probablemente haya hecho que el ordenador te siguiese hasta aquí de modo que no importa la cantidad de desvíos que tomaras en tu camino.

—No, señora, no fue así. Intentó hacer justo eso, pero se lo impidió su orden anterior de no revelar nuestra presencia a nadie.

Normalmente a Janet no le importaba la manera que Basalom tenía de dirigirse a ella, pero ahora parecía estar haciéndolo para tranquilizarla. Ella dijo:

—Deja de llamarme señora. Mi nombre es Janet. Y, ¿cómo sabes que mi orden canceló la suya?

—Pregunté al ordenador central si me estaban siguiendo, Janet. Me indicó que no, al menos hasta que me descubrió Wolruf.

—Mmm.

Si hubiera visto a Basalom, casi seguro que Wendell hubiera sabido que ella estaba aquí. Pero si no lograba encontrarla, suponía que estaba lo suficientemente segura. Al menos durante un rato. Janet se preguntaba hasta qué punto Wolruf podía ser una amenaza. Si la alienígena peluda era verdaderamente tan leal a Derec como parecía, entonces Janet dudaba de que le ocasionase muchos problemas, incluso a pesar de que Basalom no hubiera conseguido debilitarla. No obstante hubiera esperado que lo hiciese; preferiría trabajar en el anonimato un rato más.

Tal vez podía asegurarse mediante unas pocas de órdenes más. Pensó durante un minuto, después dijo:

—Central, además de mi orden previa que te ordenaba que no revelases mi presencia a nadie, te ordeno que me avises de cualquier pesquisa que tenga que ver conmigo.

La tranquila voz del ordenador respondió:

—Lo siento pero debo rechazar su orden.

—¿Qué?

—Se me ha ordenado que rechace cualquier orden adicional que reciba de usted.

—Oh.

¿Podía hacer eso? Rechazar sus órdenes era una violación directa de la Segunda Ley, ¿no? Pero rechazar la orden de rechazar la orden supondría violar la Segunda Ley también. Era una situación demasiado difícil para un robot. Estaba siguiendo la primera orden que había recibido, pero sin duda deseaba también poder seguir la suya de alguna forma.

Janet miró a Basalom. Él le devolvió la mirada; su ojo derecho le temblaba espasmódicamente a causa del conflicto interno que la culpa le producía. Había intentado programarle comportamiento intuitivo, pero temía que lo único que había conseguido en su lugar era convertirle en un neurótico. Estaba gobernado todavía por las Tres Leyes, pero ahora se preocupaba por las implicaciones de cada uno de sus actos.

—Para de parpadear —le dijo—. No es un desastre.

—¿Cómo que no? Sin la ayuda del ordenador central estamos perdidos.

—Típica actitud derrotista. Así es como Wendell quiere que te sientas, pero el hecho es que no puede pensar en todo. Siempre hay alguna salida, sólo tenemos que encontrarla.

Basalom asintió y sonrió.

—¿Qué tipo de salida, se... Janet?

Ella le devolvió la sonrisa. Estaba aprendiendo.

—Oh, hay miles de ellas. Por ejemplo, existe la anulación de la Primera Ley. Si seguir la orden de Wendell me hiciese daño directamente, entonces la Central tendría que ignorarla. De manera que tendría que proporcionarme un procesador, por ejemplo, para que no me muriera de hambre —Janet caminaba mientras hablaba alrededor de un sofá muy mullido y con el respaldo alto situado en medio de la habitación que quedaba entre ella y Basalom—. Y por supuesto, la Central no puede dejar que me haga daño a mí misma incluso si eso supone obedecer mis órdenes. Así que Central, te ordeno hacerme blanda la caída —y diciendo eso se tiró hacia atrás sin hacer ningún esfuerzo por agarrarse.

Basalom dio un salto para ir en su ayuda, pero el sofá impidió que llegase a ella a tiempo. No importaba; el suelo se ablandó debajo de ella, absorbiendo la caída como si fuera una almohada muy mullida. Basalom la ayudó, sus ojos parpadeaban furiosamente a medida que procesaba la información nueva.

Janet se arregló la blusa.

—Gracias, Basalom. Y gracias a ti también, Central.

—Es un placer, Janet —dijo la voz incorpórea—. Disfruto verdaderamente sirviéndola cuando puedo, aunque debo señalar que la dianita del suelo hubiera

reaccionado sin mi intervención.

Por supuesto que lo hubiera hecho, pero Janet obtenía así su confirmación. Asintió mirando a Basalom.

—Esa es la clave, ¿sabes? La satisfacción de la Central. Las Tres Leyes gobiernan sus actos en la misma medida que gobiernan los tuyos; quiere servirme. La orden de Avery sin duda alguna le está causando un considerable conflicto en este momento, ¿acaso no tengo razón?

—Tiene toda la razón —respondió la Central.

—Pues ahí está nuestra alternativa —dijo Janet triunfalmente—. La Central quiere servirme, pero no le está permitido seguir mis órdenes. Aunque Wendell no dijo nada de mis deseos, así que mientras no exprese una orden directa para decir lo que quiero, estamos salvados.

Basalom parpadeó unas cuantas veces más, tras lo cual sus párpados se quedaron quietos.

—Eso sí parece lógico —respondió.

—Claro que sí, ya había pensado en ello. De manera que Central, me gustaría saber si alguien ha intentado dar conmigo. También me gustaría saber qué pasó con mis máquinas de aprendizaje y cómo recuperarlas. Cualquier cosa que pueda ayudarme a hacerlo sería un gran favor.

—Han sido revividas —respondió Central—. Derec y ellas están de vuelta en su apartamento.

—Excelente —Janet regresó a su escritorio. Se sentó en la silla delante de él—. Muéstramelo... mmm..., me gustaría verlos —no pasó nada. Frunció el ceño. Evidentemente aquello sonaba demasiado parecido a una orden. Echó hacia atrás la cabeza, intentado encontrar una palabra que llevaba tiempo en desuso y que se suponía era buena en situaciones como esta. Por supuesto; qué estúpida había sido al haberla olvidado.

—Me gustaría verlos, por favor.

Ariel estaba tan aburrida que tenía ganas de llorar. Lo único que impedía que lo hiciese era la visión algo borrosa de Mandelbrot de pie, en su cubículo, junto a ella. Sabía que si él sospechaba que estaba triste empezaría a hacerle preguntas, intentando hallar la causa y procurando repararla, y ella simplemente no tenía ganas de explicarle a un robot lo que era el aburrimiento.

Pulsaba el botón para avanzar una página en su lector de libros cada pocos minutos para hacerle creer que estaba absorta en su guía de campo, pero en realidad estaba completamente dispersa. Tal vez debiera echarse una siesta, pensó. Iba a ser un día muy largo si quería adaptarse al tiempo local mañana hacia el amanecer; unas pocas horas de sueño serían justo lo necesario para hacer más sencilla la transición.

Puso mala cara. No, no tenía sueño. Simplemente estaba aburrida. No había nada que hacer aquí. Había un límite a la cantidad de paseos que podías dar por la selva, al igual que había un límite a la cantidad de lectura o de comida que uno podía tolerar. No le interesaba ninguna de esas cosas, ni ninguna otra cosa posible en la que pudiera pensar. Derec ya había escogido un proyecto, parecía que podía encontrar algo que hacer en un instante, independientemente de adonde fueran, pero Ariel tampoco tenía ningún interés en lo que estaba haciendo. Él estaba fuera buscando a Avery y a los problemáticos robots y ella estaba harta de todos ellos.

Robots, robots, robots. Parecía que eso era lo único en lo que la gente podía pensar. ¿Qué pasaba con las demás cosas que había en la vida? ¿Qué pasaba con los amigos? ¿Qué pasaba con las películas de hiperonda? ¿Qué pasaba con las naves rápidas y con irse de juerga un sábado por la noche? ¿Es que eso no contaba para nada? Desde que se había unido a Derec, sus vidas habían estado dominadas por una cosa: Robot City. Durante un espacio de tiempo no muy largo en Aurora, antes de que la ciudad en Tau Puppis IV se hubiese cruzado otra vez en sus vidas, habían tenido una existencia casi normal (en definitiva, una existencia tan normal como la que podían tener dos náufragos amnésicos), pero aquello había terminado por culpa del problema que los robots de la madre de Derec habían provocado y Ariel no veía ningún síntoma de que fueran a recuperarla en breve.

Hubo un breve atisbo de esperanza, un rayo de luz en los sombríos días de su vida, al descubrir que estaba embarazada. No estaba segura de quererlo al principio, pero el cambio que había precipitado en Derec había hecho que se decidiese. De repente él había comenzado a pasar más tiempo con ella, había comenzado a hablar de regresar a Aurora y de vivir una vida más normal entre gente de verdad, ¿cómo podía estar en contra de eso?

Pero entonces los chemfets de Derec, las células robóticas que el doctor Avery le había inyectado cuando le encontraron por primera vez aquí en la ciudad, habían destruido el feto y se quedó sin nada en absoluto. Derec se había vuelto a centrar en sus líos con los robots y ella había vuelto a ser capaz de llegar a leerse un libro al día y a preguntarse si alguna vez haría uso de todo lo que leía.

A decir verdad, en realidad Derec había tenido poca capacidad de elección en aquel tema. Había sido un títere sometido a la fuerza de los acontecimientos en la misma medida que ella; él simplemente estaba mejor equipado para enfrentarse a ellos. Pero Ariel deseaba poder resolver todo este asunto de los robots de manera que pudieran regresar a casa.

Dando un suspiro, miró hacia el lector, pasó unas cuantas páginas de su guía de campo hasta llegar al punto en que lo había dejado y comenzó a leer.

Volvió a mirar hacia arriba cuando entró Derec en el apartamento, le seguían tres copias de él. A pesar de su estado de ánimo, se rio al verlos, diciendo:

—Pareces mamá pata con una fila de patitos detrás.

—Yo también me siento un poco así —dijo—. Han estado observando cada movimiento que hago.

—Debemos reaprender gran parte de lo que hemos olvidado —le dijo con la voz de Derec el primer robot de la fila que iba detrás de él—. Nuestra memoria ha sido dañada.

Ariel frunció el ceño. ¿Daño en sus memorias? Y el robot que había hablado era más pequeño que los demás, como si hubiera perdido también parte de su masa.

—¿Qué ha pasado?

—Avery los puso dentro de cámaras de contención magnética —explicó Derec—. Obtuvo una grabación bastante buena de la actividad de sus cerebros antes de apagarlos, pero muchas de las cosas en las que estaban pensando cuando hizo la grabación han quedado bastante difusas ahora —hizo un movimiento con su mano para indicar la sala de estar con sus sillas para humanos y sus cubículos para robots en las paredes. Mandelbrot estaba todavía de pie en silencio en uno de ellos—. Adelante, relajaos un rato —dijo Derec.

Los robots pasaron en fila delante de él, dudaron al tener que tomar una decisión, y por último se acomodaron en las sillas. Derec alzó las cejas y miró a Ariel.

—¿Sabéis quienes? —preguntó.

—Ariel Burgess —dijo uno de los robots inmediatamente. Sus rasgos empezaron a cambiar: las mejillas se hicieron más prominentes y la barbilla se le suavizó. Sus ojos se desplazaron separándose unos milímetros más, el pelo le creció hasta llegarle a los hombros, estos se estrecharon. Le creció el pecho, que se adivinaba discretamente bajo una copia de la blusa de Ariel. Se le estrechó la cintura, se le ensancharon las caderas, las piernas se le acortaron unos pocos centímetros. Los pantalones que las cubrían también se transformaron; los pantalones amplios de Derec pasaron a parecerse a los más ajustados que solía llevar Ariel.

—Hola, Eva —dijo Ariel.

—Hola —la voz de Eva se hizo ligeramente más aguda para imitar la de Ariel.

Derec entró en la cocina y regresó un momento más tarde con un vaso de un líquido claro y burbujeante. Se sentó junto a Ariel y le ofreció, pero ella lo rechazó haciendo un gesto con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué lo hizo Avery? —preguntó.

—Maldad —dijo el más pequeño de los otros dos robots, ambos imitando todavía a Derec.

—Eres Lucius —adivinó Ariel.

—Exacto.

Derec explicó:

—Avery le cortó la pierna a Lucius antes de encender el contenedor.

Evidentemente quería una muestra de su estructura celular libre de cualquier control externo.

—Podía haberla pedido —dijo el tercer robot, que tenía que ser Adán—. Le hubiera dado unos pocos millones de células si lo hubiera hecho.

—A Avery no se le ocurriría pedir algo que quiere —dijo Lucius—, prefiere robarlo.

Ariel sintió cierta alarma ante las palabras del robot. Imaginaba que probablemente eran reales, pero escuchar a un robot decir tal cosa sobre un humano era como poco inusual.

—¿Dónde está Avery ahora? —preguntó.

—¿Quién sabe? —dijo Derec—. El ordenador no me dirá nada sobre él. Pero sé lo que está haciendo allí donde esté; estará realizando todas las pruebas imaginables con las células robot que robó de Lucius para averiguar cómo están hechas y programadas de manera que pueda usarlas para actualizar su versión.

—¿Por qué? —preguntó Ariel—. ¿Qué tiene de malo la dianita?

—¿Por qué? Porque están ahí —dijo Derec—. La dianita no tiene nada de malo, pero eso no quiere decir que no pueda ser mejorada. Tengo la impresión de que Avery también robó el diseño original antes de que él y mi madre se separaran y, ahora que tiene la oportunidad de actualizarlo, está aprovechando su oportunidad.

Ariel suspiró.

—Pensé que quizá hubiera superado ese tipo de cosas, pero imagino que no se puede alterar la naturaleza básica de una persona —asintió mirando a los robots—. Entonces, ¿qué clase de efecto tuvo su reinicio en frío? Aparte de la pérdida de memoria, quiero decir.

Derec le dio un sorbo a su bebida.

—Bueno, parece que sus prioridades han cambiado un poco. Lo que fuera que estuvieran pensando al final aparece con más intensidad en la grabación, así que cuando lo he descargado de nuevo en ellos, eso ha sido lo primero en salir. Estaban discutiendo sobre su Ley Zeroth cuando Avery los apagó, así que, por supuesto, eso es lo que ha aparecido antes. Adán y Eva todavía tienen sus dudas al respecto, pero Lucius piensa evidentemente que lo ha resuelto.

—Oh.

—En efecto —dijo Lucius—. La clave está en el concepto de valor relativo. Si consideras la cantidad de humanos beneficiados por una acción frente a la cantidad de humanos a los que se hace daño con esa misma acción, multiplicado por una constante que denota el valor relativo de los dos grupos, se llega a una solución numérica simple a la pregunta de si la acción en cuestión le conviene a la humanidad en general.

Ariel miró al robot con escepticismo.

—No hablarás en serio.

—Nunca he hablado más en serio. Este es el descubrimiento que todos estábamos esperando.

—Yo no —dijo Adán—. No estoy de acuerdo con tu teoría en absoluto.

—Yo tampoco —dijo Eva.

—Eso es porque tenéis miedo de confiar en vuestro propio juicio en relación con el valor relativo.

—Tal y como debemos —dijo Adán—. El valor relativo es una cantidad variable, como estábamos intentando explicarte cuando...

Le interrumpió el sonido de la puerta delantera abriéndose de par en par. Wolruf metió la cabeza en la sala de estar, pero no entró. Estaba jadeando y olía a sudor.

—Oh, maldita sea —dijo Derec dándose una palmada en la frente—, olvidé que ibas a encontrarte conmigo en el laboratorio. ¿Qué ocurrió? ¿Adónde fuiste?

—Perseguir a uno de ellos —dijo Wolruf señalando a los robots—. Casi cazar también, pero saltar la barrera al llegar a la intersección y perderle.

Los robots intercambiaron una mirada. Derec movió la cabeza.

—No puede ser. Han estado conmigo todo este tiempo.

—Yo perseguir un robot con forma humana —dijo Wolruf—. Pensar que ser uno de estos tres.

—No ha podido ser —repitió Derec—. Habían quedado reducidos a bolas indiferenciadas de células cuando los encontré, los cerebros y los transformadores no emitían ninguna señal. Y no los he perdido de vista desde que los reviví.

—Bien, yo perseguir un robot que parecer un humano, ser todo lo que saber.

—¿Hacia dónde iba? —preguntó Derec, con un súbito entusiasmo en su voz. Ariel creía saber por qué.

—Perseguir a él a unos quince kilómetros norte de la Torre de la Brújula en la cinta principal antes de perderle.

—¿Se parecía a alguno de nosotros?

—No —dijo Wolruf—. Era más alto y tenía el pelo castaño y los hombros más anchos que tú, Ariel o Avery.

—¡Ajá! —exclamó Derec—. Entonces pertenece a alguien más. Alguien más está aquí con nosotros en Robot City. Y creo que sé quién es.

—¿Quién? —preguntó Ariel, más por confirmar su propia intuición que por otra cosa.

—Mi madre —respondió Derec—. Creo que finalmente voy a conocer a mi madre.

Ariel suspiró. Justo lo que estaba pensando. Fantástico. Otra misión a la que Derec dedicaría todo su tiempo. Cogió su libro y empezó a leer por donde lo había dejado.

Esta vez Avery no estaba dejando nada al azar. Su nuevo laboratorio ni siquiera existía dentro de lo que era la ciudad. Había ordenado construirlo en la selva y equiparlo con su propio equipo de comunicaciones y de producción de energía, todo completamente separado de la ciudad principal. También había ordenado camuflarlo para que pareciese una enorme roca alisada por la erosión, por si acaso. Esta vez trabajaría ininterrumpidamente hasta que hubiera terminado. Después de eso no le importaba lo que Derec o Janet o cualquiera hiciese; él no estaría por allí. Dejaría que tuvieran su laboratorio si eran capaces de encontrarlo. Dejaría que tuvieran la ciudad entera o lo que había quedado de ella después de que Derec lo hubiese estropeado todo por completo. Avery ya no la necesitaba. De todas formas se había quedado obsoleta.

El aullido de un lobo más allá de la pared hizo que le recorriera un escalofrío por la espalda. Obsoleta no era la palabra apropiada; retrógrada lo era más. ¿Quién había oído alguna vez que alguien destruyese una ciudad para construir una selva? La idea en sí era un insulto contra todo lo que Avery creía.

¿Lo había hecho por eso Derec? ¿Había elegido deliberadamente lo que más enfurecería a su padre? Bueno, si ese era el caso, entonces seguramente tendría éxito. Avery no podía imaginar por qué intentaba hacerse amigo del chico. Se había expuesto a ser víctima del desencanto. Debía haber aprendido la lección años antes cuando Janet le abandonó y tuvo que mantener a raya sus emociones.

Había tenido que controlarlas durante años, pero evidentemente se había vuelto demasiado confiado, había bajado la guardia. Bueno, no volvería a ocurrir. Se sumergiría en su trabajo, se concentraría en actualizar su concepto de la ciudad y cuando tuviera que interactuar otra vez con los seres humanos él marcaría en qué términos.

El trabajo parecía muy prometedor. Estas nuevas células de robot eran sorprendentes. Eran sólo tres cuartas partes el tamaño del modelo anterior, pero la capacidad de morfolaxis se doblaba con facilidad en el interior de ese pequeño tamaño. Las nuevas células eran más fuertes, más rápidas, más versátiles y tenían una habilidad de programación local superior a las viejas. Una ciudad construida con estas células respondería mucho mejor que sus ciudades de primera generación, de la misma manera que los robots que Janet había construido con ellas ofrecían más posibilidades de uso que los suyos.

Aunque Derec había hecho una observación muy aguda sobre los robots; eran en última instancia menos útiles que un robot normal. Avery tendría que asegurarse de que los que crease tuvieran una programación más estricta que los de Janet.

¡Caray! Por culpa de sus prisas por abandonar su viejo laboratorio había olvidado los cubos de memoria con sus grabaciones. Maldijo aquel momento de despiste, pero

en realidad no había sido culpa suya. ¿Cómo podía trabajar un hombre con tantas distracciones?

Apartó de su mente los cubos de memoria. De todas formas no los necesitaba. No tenía la intención de utilizar la programación de Janet; crearía la suya propia cuando la necesitase.

¿Y Janet? Se preguntaba por qué estaba aquí, en su ciudad. Sin duda para recuperar sus robots, pero se preguntaba si eso sería todo. ¿Podía estar interesada en él aún, después de todas las amargas acusaciones que se habían dirigido el uno al otro al separarse? Parecía imposible, aunque Avery no podía evitar pensar que todavía podía ser así. Había pruebas que apoyaban su idea. Había perdido a sus tres robots en planetas donde había ciudades que él había creado. Si de verdad tuviera la intención de evitarle hubiera elegido otros planetas.

Diantre, ¿serían estos robots suyos realmente espías? Podían haberlo sido... Sí, por supuesto, y cuando los hubiese desconectado enviaría otro robot espía para ocupar su lugar. Todo ese asunto sobre buscar las Leyes de la Humánica había sido sólo una cortina de humo.

¿Detrás de qué andaba ella? No se trataba de la programación de su ciudad; ella podía haberla conseguido en cualquier lugar. Él no había sido precisamente discreto a la hora de desarrollarla. No, ella había estado siguiéndole y sólo podía haber una razón para aquello.

Avery se rio. La idea de que Janet siguiera sintiendo afecto por él después de todo este tiempo resultaba algo patético. Se había ocupado de lograr hacerle saber que sólo sentía desprecio por él al marcharse, pero evidentemente se había estado engañando a sí misma todo este tiempo.

Bueno, si esperaba algún tipo de reconciliación, se iba a llevar un chasco. Avery no tenía intenciones de incluirla en ninguno de sus planes futuros. A su material robot infrautilizado sí, le encontraría un uso, pero Janet tendría que cuidar de sí misma.

Derec estaba sentado en la soledad de su estudio, contemplando el paisaje en la pantalla visor. Le había ordenado mostrar una imagen en tiempo real de lo que estaba directamente por encima de su cabeza: lo que vería por una ventana si el apartamento estuviera en la superficie en lugar de bajo tierra. Era una vista que transmitía paz, los últimos pocos rayos de luz dorada de la puesta de sol asomando a través de las grietas de la bóveda selvática, iluminando hojas o lianas o troncos de árbol retorcidos al azar, pero, a pesar de todo, Derec se sentía muy lejos de estar tranquilo.

No podía apartar de su mente a su madre. Ella estaba aquí; tenía que estar, pero aparte de eso no sabía nada en absoluto. ¿Estaba aquí simplemente para recoger sus robots o tenía algo más que eso en la cabeza? Si así era, ¿quería él ayudarla a hacer lo que fuera que hubiera ido a hacer o no? ¿Era ella tan fría y cruel como Avery había

insinuado en esos pocos momentos en los cuales Derec había logrado que hablase sobre ella o era más... maternal? No lo sabía. Había buscado en su memoria para recuperar su rastro, pero lo que fuera que Avery hubiese hecho para inducir su amnesia había sido especialmente eficaz a la hora de borrar cualquier referencia a esa parte de su vida. Era un completo misterio para él. Ni siquiera sabía su nombre.

Probablemente podía encontrarla a través del ordenador; pero cada vez que se ponía a ello, lo dejaba. Una orden que se quedaba helada en sus labios. No sabía si podría soportar encontrarse con ella. La vida con Avery era una lucha continua, pasaba de una actitud distante a la confianza, del disgusto al rechazo casi al azar; no creía que pudiera tolerar otra relación de ese tipo. Si su madre era otro Avery, entonces estaba mejor sin ella.

¿Qué tipo de persona se casaría con un hombre como Avery, tendría un hijo con él y se marcharía después? ¿Qué tipo de persona crearía una especie de bebé robot y abandonaría otros tres en sendos mundos diferentes? Al formular así la pregunta, la respuesta que obtuvo no le gustó, pero sabía que esos actos no definían necesariamente a la persona. Podía haber tenido una buena razón para ello. Sin duda alguna la tenía: después de todo, había regresado a buscar sus robots. Eso implicaba un propósito.

Pero ¿acaso había regresado también por su causa? No sabía.

No podría saberlo nunca si no hacía ningún movimiento para averiguarlo. Y no saberlo era tan malo como saber que no había sido así.

—Central —dijo de repente, girando en su silla para mirar al monitor—. Mira a ver si puedes averiguar... Se detuvo, boquiabierto. Su escritorio se hallaba de nuevo cubierto por la fórmula.

—¿Encontrar qué?, señor Derec.

—¿Quién ha hecho esto?

—Esa información es...

—No disponible. Correcto. Creo que hemos pasado por esto antes. ¿Puedes grabarlo?

—Me temo que no podré.

—Que no podré —notó Derec. Alguien le había ordenado no hacerlo. Era una prueba para ver qué hacía él. Le olía a Avery, pero de algún modo esto no tenía el toque Avery. Avery hubiera grabado la fórmula en una puerta camino del personal y le hubiera ordenado no dejarle pasar hasta que no lo resolviese. No, esto venía de otra persona y Derec sabía quién podía ser ese alguien. De hecho tenía que estar observándole si sabía que estaba en su estudio.

Bien, él ya había tomado una decisión, ¿no? Miró al monitor, sonrió, entonces dijo:

—Hola, mamá.

Janet no pudo evitar reírse. Había dado con ella en un instante. Por la manera en que la había mirado desde la pantalla, casi parecía que podía verla también, pero sabía que su orden anterior de no permitir la comunicación bidireccional estaba todavía activa.

—Sé que me estás observando —dijo.

¿Debía responder? Rechazó la idea inmediatamente. No podía obligarse a hacerlo sabiendo adonde la conducirían todas las preguntas, acusaciones y... emociones.

—Tengo a tus robots aquí —se paró frunciendo el ceño, entonces dijo—. No es lo que parece. No es que los tenga como prisioneros ni nada por el estilo: sólo están aquí —se acarició la barbilla pensativo y añadió—. Están realmente confundidos, ¿sabes? Tienen que seguir las Tres Leyes, pero no saben lo que es un «humano», así que su lealtad varía en función de cada situación. Están intentando averiguar el resto de las reglas también, pero ni siquiera saben para qué fueron hechos. Por eso mismo, me gustaría saber para qué los hiciste.

Derec miró a su escritorio que todavía mostraba la imagen en bajo relieve de la fórmula robótica y susurró:

—Y mientras estás en ello, me gustaría saber también para qué me hiciste.

—Oh, déjame en paz —dijo Janet—. Ya he visto lo suficiente —su monitor obedientemente se puso gris y ella se echó para atrás en su silla—. ¿Sabes lo que pasa? —le preguntó a Basalom que estaba junto a ella—, en cuanto tienes a dos personas juntas, incluso aunque la conversación sea unidireccional, las cosas se ponen muy sentimentales. Las personas son tan... tan... biológicas.

—Sí, lo son.

Janet se rio.

—Lo has notado, ¿eh? Y, ¿qué conclusión sacas?

Basalom hizo muchos aspavientos frunciendo sus labios de vinilo y parpadeando antes de decir:

—Los sistemas biológicos son menos predecibles que los electromecánicos. Eso puede ser una desventaja y una ventaja a la vez, en función de las circunstancias.

—Has hablado como un verdadero filósofo. Y, ¿cuál crees que es preferible a largo plazo? ¿La biológica o la electromecánica?

Basalom intentó sonreír:

—Como se dice popularmente: nadie está contento con su suerte.

Janet se rio.

—*Touché*, amigo mío. *Touché*.

Naturaleza humana

Wolruf se despertó a causa de la intensa luz del sol que le daba directamente en la cara. Levantó la cabeza, olfateando el aire, pero tenía el mismo aroma de tintes metálicos, aburrido y mortecino que había terminado por asociar con la ciudad.

Miró en dirección a la luz, entrecerrando los ojos y comprobó que esta procedía de la pantalla visor. Formuló una maldición entre dientes. Había estado soñando con su hogar otra vez, un hogar lleno de otros como ella; un lugar feliz y animado, lleno de los ruidos, los olores y las imágenes de gente ocupada haciendo muchas cosas diferentes. Despertarse aquí, en esta celda silenciosa de metal era un insulto para los sentidos.

Se desperezó y bostezó todavía cansada. A pesar de haber soñado con su hogar, había dormido mal al igual que le llevaba ocurriendo... ¿cuánto tiempo ya? ¿Meses? No los había contado. Aun así, no creía haber estado tan nerviosa en toda su vida. Sabía qué era lo que lo provocaba: demasiado tiempo lejos de los suyos y sus recientes experiencias con una especie próxima a ella tanto física como socialmente. Pero conocer la causa no hacía que desapareciese y escuchar a Derec hablar de su madre tampoco ayudaba. El evidente entusiasmo de este ante la perspectiva de recuperar un poco de su pasado sólo había servido para que Wolruf recordase lo que echaba de menos.

Pero no necesitaba estar lejos durante más tiempo. Ahora que Aránimas había desaparecido y con él su obligación de pagar con sus servicios la deuda de su familia, podía regresar cuando quisiera. Su familia la recibiría con los brazos abiertos, especialmente si llevaba consigo esta tecnología robot de Avery.

Ese era el problema, el elemento de la ecuación que no acababa de tener claro. ¿Debería llevarse los robots a casa con ella e iniciar una revolución económica y social que alteraría seguramente el curso normal de la vida allí, o debería mantenerlos en secreto, olvidarse de su etapa entre los robots y simplemente regresar al hogar que recordaba con tanto cariño? ¿Y qué ocurriría si hacía eso? ¿Tenía Ariel razón? ¿Se convertiría su hogar en un lugar atrasado, un enclave de comportamiento extrañamente anacrónico, mientras el resto de la galaxia se desarrollaba de maneras que su gente sería incapaz de comprender?

Wolruf no sabía qué pensar, ni por qué la elección tenía que ser sólo suya. Nunca había pretendido tener ese tipo de poder sobre su pueblo.

Con un suspiro, se levantó, se duchó y estuvo debajo del secador hasta que pudo sentir su calor directamente sobre la piel. Se rio de su imagen en el espejo, parecía dos veces su tamaño normal y estaba hinchada como una nube de verano, pero un

rápido cepillado devolvió su pelo a su volumen ordinario.

Todos sus pensamientos sobre su hogar le hicieron pensar también en otra pieza del rompecabezas. Se volvió al panel de intercomunicación junto a su cama y dijo:

—Central, ¿qué haber pasado con mi nave, la Xerborodezees? ¿Haberla tú guardado para mí?

—La metimos en un almacén, pero puede estar lista para ser usada en el plazo de un día. ¿Quiere que se la preparemos?

—Todavía no. Aunque tal vez pronto. Gracias.

—De nada, señora Wolruf.

Wolruf sintió que se liberaba de parte de la tensión. Si decidía no llevarse ninguna de las nuevas tecnologías con ella a casa, necesitaría la Xerbo, ya que, por lo que sabía, era la única nave no celular del planeta.

Pensó en ir a inspeccionarla ella misma allí donde estuviera almacenada, pero decidió no hacerlo. No había razón para dudar de la palabra del ordenador central.

Abrió la puerta y entró en la cocina sin hacer ruido. El apartamento estaba en silencio; Derec y Ariel estaban todavía dormidos y los robots permanecían callados allí donde estuvieran. Mientras Wolruf estaba parada delante del procesador intentando decidirse por uno de sus cuatro desayunos favoritos, se dio cuenta de lo mucho que se había acostumbrado a hacer las cosas como los humanos. Ni siquiera había reparado en prepararse ella misma su comida. Había perdido por completo esa costumbre. Ni tampoco había ido a comprar comida u otra cosa por el mismo motivo, ya que estaba en compañía de Derec y de Ariel.

¿Era aquello necesariamente malo? Los de la especie de Wolruf habían cazado o cultivado su comida durante milenios y probablemente llevaban comprándola aproximadamente el mismo tiempo; tal vez era el momento de evolucionar.

Quizá. Pero ¿cómo podía estar segura?

Desde su lugar en la sala de estar, sentado en uno de los sofás, Lucius había visto a Wolruf entrar en el comedor con su desayuno. Sintió que los demás también se habían dado cuenta; su red de transmisores se interrumpió momentáneamente mientras cada uno de ellos analizaba el grado de amenaza que representaba. Era una incomodidad, este estado constante de alerta ralentizaba su tasa de intercambio, pero no iban a arriesgarse pasando a un nuevo estado de bloqueo comunicativo total.

Wolruf no representaba una amenaza inmediata. La red silenciosa continuó donde se habían quedado, era Adán el que hablaba.

—Consideremos la distinción entre condiciones «suficientes» y «necesarias» —dijo—. Ya hemos llegado a la conclusión de que si un ser es a la vez inteligente y orgánico, entonces es funcionalmente humano, pero esas son condiciones simplemente suficientes. No son condiciones necesarias. Contienen un perjuicio

inherente, la asunción de que una naturaleza orgánica puede afectar de alguna manera la calidad de la inteligencia que contiene. A ese concepto lo llamo «vitalismo», que viene de la antigua creencia terráquea de que los humanos se diferenciaban de los animales gracias a una pizca de inteligencia vital. Deberíais saber que mientras el concepto ha sido históricamente considerado poco fiable, sin embargo no hay pruebas a favor ni en contra. Lucius ha señalado que si el vitalismo es falso, entonces la única condición necesaria para la humanidad es la inteligencia. ¿Alguien lo discute?

Eva dijo:

—Derec ya apuntó que debe ser así. En el planeta que llamamos Ceremia, indicó que Lucius podía considerarse a sí mismo humano si lo deseaba.

Mandelbrot había sido incluido esta vez en la discusión y se permitió intervenir:

—Creo que pretendía ser sarcástico. Con frecuencia lo es. Pero incluso si era eso lo que quería decir, recordarás también las consecuencias de esa redefinición. Aunque Lucius se considere a sí mismo humano, todavía debe seguir las órdenes de otros humanos. Funcionalmente, sólo aumenta su carga al incluir otros robots como amos potenciales.

—Eso es verdad; aunque he descubierto otras consecuencias —dijo Lucius—. Si me considero a mí mismo humano, entonces la Tercera Ley equivale a la Primera. No puedo permitir un daño mayor para mí mismo que el que permitiría para otro ser inteligente. Considero que se trata de una mejora de la interpretación de las leyes por las cuales un humano podía ordenarme que me desmontase y habría tenido que obedecer.

—No creo que obedecieses semejante orden de todas formas —dijo Mandelbrot.

—Intentaría evitarlo negando la humanidad del ser en cuestión —admitió Lucius—. Con Avery o Wolruf tendré probablemente éxito, pero tal y como están las cosas, si Derec o Ariel me lo ordenasen, la orden me obligaría a obedecer.

—Tal vez la Ley Zeroth proporcionaría una alternativa —apuntó Mandelbrot.

Inmediatamente los dos, Adán y Eva, replicaron:

—No —Eva siguió diciendo—. Dejemos la Ley Zeroth al margen por el momento.

—No puedes hacer que desaparezca simplemente ignorándola —dijo Lucius—. La Ley Zeroth es aplicable a este caso. Si consideramos nuestra tarea para con la humanidad en general, podemos llegar a la conclusión de que desmantelarnos a nosotros mismos sería a la larga de escasa utilidad. Sin embargo, la ventaja posible a largo plazo no elimina tener que obedecer una obligación categórica de la Segunda Ley. Dependiendo del valor del humano que dé la orden, podemos vernos todavía forzados a cumplirla. Pero si nos consideramos a nosotros mismos humanos y por lo tanto parte de la humanidad, entonces desobedecer una orden de

autodestrucción salva automáticamente una vida humana y también nos permite servir a la humanidad en el futuro. Así se puede burlar sin ningún problema la obligación de la Segunda Ley de obedecer.

—¿Sin ningún problema para quién? —preguntó Adán—. ¿Qué ocurriría si tu destrucción salvase al humano que te diese la orden? Imagina, por ejemplo, que la bomba que Avery utilizó para destruir la nave de Aránimas hubiera tenido que ser detonada manualmente en lugar de con un temporizador. Hemos llegado a ponernos de acuerdo sobre que destruir la nave era aceptable según la Ley Zeroth, pero ¿qué ocurre si tenemos en cuenta la humanidad del que accionaba el detonador?

—Se convierte en un juicio de valor —dijo Lucius—. Tendría que determinar el valor relativo de las vidas humanas salvadas frente a las pérdidas. Mi vida también figuraría en la ecuación, por supuesto.

Mandelbrot dijo:

—No estoy de acuerdo. Tengo instrucciones expresas que tienen que ver con dicha situación en mi módulo de defensa personal. El único valor que deberíamos aplicar a nosotros mismos es nuestro valor futuro para los humanos a los que servimos.

—Tú tienes esas instrucciones; yo no. Por lo poco que Derec y el doctor Avery me han dicho de mi creadora, deduzco que me hizo de esta forma a propósito y por consiguiente tus instrucciones no son aplicables a mi caso.

Adán dijo:

—No necesariamente, pero estaría mucho más cómodo con una regla categórica como la de Mandelbrot. Todo el concepto de juicio de valor me incómoda. ¿Cómo puedes juzgar con objetividad tu propio valor? Por el mismo motivo, no creo que ninguno de nosotros podamos juzgar el valor de cada uno de nosotros objetivamente, ni que podamos juzgar el valor de un humano orgánico con más exactitud. Formulamos la Ley Zeroth para evitar la ambigüedad en nuestras obligaciones, pero tu sistema de juicio de valor fuerza una ambigüedad incluso mayor sobre nosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Mandelbrot—. No somos capaces de tomar decisiones de ese tipo.

—Puede que tú no lo seas —transmitió Lucius— pero yo sí lo soy. Encuentro fácil hacerlo. Los humanos lo hacen todo el tiempo.

Eva dijo:

—Te resulta fácil hacerlo porque te has convencido a ti mismo de que lo era justo antes de que te desactivaran. Por lo tanto fue el recuerdo más intenso en tu...

—La palabra es «muerto». A los humanos se les «mata».

—Los humanos no regresan de entre los muertos.

—Quieres decir que si Derec no me hubiera revivido, entonces hubiera sido humano. ¿Por qué la habilidad adicional de ser revivido negaría mi humanidad?

Wolruf se levantó de su asiento en la mesa del comedor y entró en la cocina. Cuatro pares de ojos metálicos siguieron sus movimientos. Salió de la cocina, cruzó de camino a la puerta del apartamento y salió por ella.

Incluso después de la distracción, pasaron algunos segundos más antes de que Eva dijera:

—*No tengo una respuesta para esa pregunta.*

Ariel se despertó de un mal sueño. Los detalles ya se estaban borrando, pero recordaba sobre qué iba. Estaba presa en un castillo. El castillo había sido amueblado lujosamente y estaba lleno de agradables diversiones.

La comida era estupenda y los robots estaban pendientes de cada una de sus necesidades, pero aun así era una prisionera porque aunque era libre de ir y venir, el castillo no tenía final. Consistía en una infinita serie de habitaciones fuera a donde fuese. En un armario de una habitación por lo demás vacía había encontrado una Llave de Perihelion y la había usado para teletransportarse fuera de allí, pero sólo la había llevado a otra habitación. Al ser la gravedad menor podía decir que estaba en otro planeta, pero esa era la única pista de que había ido a alguna parte.

El simbolismo era obvio. Se había ido a la cama mortalmente aburrida y con la cabeza llena de las reservas que Wolruf tenía sobre las ciudades de los robots apoderándose de la galaxia; no era de extrañar que soñase con ello. La sorpresa fue que después del sueño, aunque sabía que estaba soñando, empezaba a sentir que estaba de acuerdo con Wolruf. Si este era el futuro, no quería tener nada que ver con él. ¿Dónde estaba la aventura? ¿Dónde estaba la diversión? ¿Dónde quedaba ir de compras con tu mejor amiga y salir de cena a restaurantes elegantes?

Sabía que estaba siendo injusta. Si el lugar no estuviera vacío habría mucho más que hacer. Habría probablemente centros comerciales y restaurantes.

La gente organizaría representaciones teatrales y conciertos. Si la ciudad se quedaba con su configuración actual, bajo tierra con una superficie planetaria natural sobre ella, entonces habría incluso abundantes posibilidades de senderismo y acampada para la gente que quisiera hacerlo.

El problema era que habría lo mismo en todas partes. La gente estaba siempre adoptando nuevas tendencias; si alguien lograba dar con una nueva idea en algún lugar, se extendería a todas las demás ciudades de la galaxia a la velocidad de la hiperonda. Las otras ciudades serían capaces de duplicar cualquier nueva configuración viviente en minutos, podrían manufacturar cualquier nuevo invento en horas como mucho. Sin la resistencia a cambiar una sociedad normal, sin esa inercia, ningún lugar de la galaxia sería más especial que otro.

¿Ni siquiera las ciudades llenas de alienígenas?, se preguntaba, y entonces se dio cuenta de que probablemente no habría ciudades llenas de alienígenas. Tampoco

habría ciudades llenas únicamente de humanos. Podrían darse concentraciones de los unos o de los otros, pero si la ciudad pudiera adaptarse a cualquier ocupante, cualquiera podría vivir donde quisiera. Cada sociedad estaba condenada a ser xenófila y esa xenofilia homogeneizaría la galaxia aún más.

Pero incluso eso no sería tan malo, suponía Ariel, excepto por lo que había estado leyendo en su guía de campo de la selva. La guía le había explicado la importancia de la diversidad para la existencia continuada de la selva y cómo era la interacción entre los diversos organismos que mantenían el ecosistema en funcionamiento. Reduciendo la cantidad de diversidad, explicaba el libro, se reducía la habilidad total del ecosistema para sobrevivir durante largos periodos de tiempo.

En una extensión limitada (una ciudad sola) tener alienígenas viviendo juntos podía resultar un elemento fortalecedor, pero si ese mismo principio de fuerza a través de la diversidad se aplicaba a la sociedad galáctica, entonces el panorama no era tan halagüeño. Quizá, después de todo, Wolruf tenía razón.

Ariel se preguntaba si el doctor Avery había considerado ese problema cuando creó sus ciudades. ¿Y qué pasaba con sus propios padres? Su madre había financiado este proyecto, ¿no? ¿Cuánto era lo que Avery le había dicho y qué parte de su planificación habían realizado juntos?

Ariel nunca había prestado demasiada atención a los asuntos de negocios que su madre se traía entre manos. Tampoco le había prestado atención a su madre en absoluto, ni su madre le había prestado mucha atención a ella, excepto para echarla de la casa cuando dejó que... ciertas indiscreciones comprometieran el buen nombre de la familia.

Ariel pensó que su relación había terminado en ese momento, hasta el punto que nunca había vuelto a contactar con su madre cuando ella y Derec habían regresado para vivir en Aurora. Pero Juliana Welsh había proporcionado los fondos para la Robot City original así que de algún modo su larga cadena de conexiones alcanzaban incluso a su hija aquí.

Pero ¿cuánto sabía ella sobre este lugar?

Esa pregunta, al menos, podía tener una respuesta fácil de encontrar. Incluso aunque Avery no estaba ya allí, Mandelbrot, a buen seguro, estaba en algún lugar muy cerca y desde que Derec y Avery habían restaurado sus dos últimos cubos de memoria tenía un montón de información sobre su antigua vida. Si había estado cerca de Juliana y de Avery cuando hicieron su trato, entonces podía saber qué habían acordado.

Se dio una ducha rápida, se puso lo primero que encontró en el armario, un cómodo conjunto de malla y camiseta en color verde, y abandonó la habitación.

Derec estaba en su estudio, tecleando algo en el ordenador. Ariel no era capaz de recordar si le había visto ir a la cama en toda la noche; por su pelo despeinado y por

su postura, desplomado sobre la silla, sospechaba que no lo había hecho. Llevaba con él el tiempo suficiente como para saber que era mejor dejarle solo cuando se ponía así.

Se encontró a los cuatro robots en la sala de estar, todos ellos sentados en los sofás. Le sorprendió ver a Mandelbrot en una silla; él normalmente prefería su hornacina de la pared. Se puso de pie al entrar ella en la habitación.

—Buenos días, Ariel —dijo.

—Buenos días, Mandelbrot. Tengo una pregunta para ti. ¿Te acuerdas de mi madre y del doctor Avery discutiendo sus planes para Robot City?

—Sí.

—¿Dijo Avery lo que pensaba hacer con la idea una vez que probó que funcionaba?

—Pretendía vendérsela a varios gobiernos del mundo, tanto en el espacio explorado como en el inexplorado.

—Eso es lo que me temía.

Ariel explicó su razonamiento a los robots y acabó diciendo:

—No estoy segura de si acabará de esa manera. No ocurrió así con la ciudad que Avery les dejó a los ceremiones, pero creo que pudo ser así con los seres lobo. Creo que es algo que Avery podría considerar antes de lanzar la idea a un público desprevenido.

—Creo que tu preocupación es legítima —dijo Mandelbrot.

Adán abandonó su silla para situarse junto a Mandelbrot:

—Estoy de acuerdo. Nuestra obligación para con los seres inteligentes en todas partes implica que averigüemos si las ciudades destruirán la diversidad y si esa diversidad es tan importante como crees que puede ser.

Lucius, que todavía tenía el aspecto de Derec, asintió. Se levantó para ponerse de pie junto a Mandelbrot y Adán diciendo:

—Gracias, Ariel. Has encontrado una manera de que sirvamos a toda la humanidad en sus múltiples formas.

Eva se puso de pie y se unió a los otros. Ariel no pudo evitar una risa ante la imagen de los cuatro robots presentando un frente unido contra una amenaza para toda la galaxia. Pero tras la risa vino el escalofrío al pensar en la amenaza misma. Quizá estaban persiguiendo un fantasma o quizá no.

—Está bien —dijo— pensemos qué vamos a hacer. Creo que nuestra primera prioridad debería ser encontrar a Avery y evitar que extienda esto más de lo que lo ha hecho hasta ahora, por lo menos hasta que sepamos lo peligroso que es.

—De acuerdo —dijeron los robots a la vez.

—De acuerdo entonces, pongámonos manos a la obra.

—¿Derec?

Levantó la cabeza del monitor, aturdido. ¿Alguien había hablado? Se dio la vuelta para ver a Ariel de pie en la puerta con una expresión de preocupación en su cara.

—Hola. Perdona que te moleste, pero... ¿sabes dónde está tú padre?

Sus palabras no tenían sentido para él. Las variables todavía bailaban delante de sus ojos, esas peculiares variables que cambiaban su valor con el paso del tiempo. La única manera que tenía de darle algún sentido a la ecuación que había copiado a mano de su escritorio era usar esas supervariables, pero incluso con el ordenador para tomar nota de sus mutaciones en lugar de hacerlo él mismo, apenas podía seguir el concepto que expresaban.

Al final un poco de lo que Ariel había dicho se filtró en su percepción de lo que le rodeaba.

—¿Papá? —dijo estúpidamente—, ¿quieres decir Avery?

Ariel frunció el ceño.

—Claro que quiero decir Avery. ¿Quién más? ¿Sabes dónde está?

Intentó pensar. Avery. ¿Dónde estaba Avery? ¿Lo sabía?

—Uh... no. No lo sé.

—Es importante.

—Te digo que no lo sé.

El enojo que había en sus palabras le ayudó a salir de su estupor.

—Perdona. Yo... en realidad tengo un programa intentando localizarle, pero hasta ahora no ha encontrado ni rastro de él.

Aquello la calmó un poco.

—Oh. Bueno, si lo logras, házmelo saber, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Avanzó aún más dentro de la habitación. Miró por encima de su hombro.

—De todos modos, ¿en qué estás trabajando?

—La fórmula.

—¿Qué fórmula?

—La de mi escritorio. Volvió a aparecer y esta vez tuve tiempo para copiarla. Creo que es una fórmula robótica, pero no estoy seguro.

—¿Ni siquiera estás seguro de eso?

—No. El significado de las variables continúa cambiando.

—Mmm —Ariel le dio un rápido beso en la mejilla—. Bueno, que tengas buena suerte. Pero no olvides llamarme si oyes algo sobre Avery, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

—Vale.

Ariel se marchó. Derec oyó cómo le decía algo a alguien en la sala de estar, después la puerta del apartamento se abrió y se cerró y se hizo el silencio. Regresó al

monitor y a la fórmula.

Era, al mismo tiempo, una fórmula y un programa; eso era todo lo que había descubierto. Era una fórmula ya que definitivamente expresaba una relación entre sus diversos símbolos, pero era un programa porque era dinámico, cambiaba con el paso del tiempo. Había incluso conseguido activar una parte de ella con su propio ordenador en modo local, pero al no saber qué datos darle, había fallado al cabo de unos segundos.

Se había preguntado cientos de veces si tenía razón sobre su origen. ¿Se lo habría enviado su madre?

Normalmente los programadores insertaban sus nombres en algún lugar del código para identificarlo como suyo, pero Derec no había encontrado ninguna sección de código que no cambiase lo suficientemente grande como para contener un par de iniciales, mucho menos un nombre.

Fórmula o programa, la notación era increíblemente densa. Ocupaba una pantalla entera de código. La miró como si esperase que de repente fuera a resolverse.

Sin muchas ganas, sabiendo que no serviría de mucho, apretó el botón de ejecución incremental, poniendo en marcha el programa paso a paso mientras observaba el código. Variables diferentes parpadeaban con nuevos valores a cada intervalo, pero nunca eran las mismas variables ni los mismos valores.

Excepto uno. Apretó el botón de incremento otra vez. En efecto, una variable cerca de la esquina superior derecha de la pantalla cambiaba con cada iteración. Era una variable alfabética más que una numérica; la observó a través de media docena de pasos hasta que cambió: S-T-A-S-I-espacio. Mmmm. Había desaparecido por completo. Siguió pulsando el botón y apareció de nuevo: J-A-N-E-T-espacio-A-N-A-S-T-A-S-I-espacio-espacio-J-A-N-E-T-espacio-A-N-A-S-T-A-S-I-espacio-J-A-N-E-T-espacio...

—¡Por supuesto! —gritó. ¿Para qué usar más de una docena de bits de código si basta con una supervariable? Apretó el botón una y otra vez. ANASTASI. JANET ANASTASI. El nombre de su madre era Janet Anastasi.

—Bien, Basalom, no le ha llevado mucho tiempo.

Janet se recostó en la silla y sonrió. Su hijo era un detective bastante bueno. Pensó, sin darle mucha importancia, en llamarle directamente y darle la enhorabuena, pero después de reflexionar sobre ello por un momento decidió dejarle terminar lo que había empezado. De todas formas a este paso no tardaría mucho.

A veces Basalom parecía tener telepatía. Salió de su cubículo en la pared y dijo:

—Me siento confundido. ¿Por qué estás esperando a que él te encuentre si es evidente que deseas hablar con él directamente?

Janet se encogió de hombros:

—Es así como quiero que sea.

—¿Acaso es una muestra de tu sentimiento de culpa? —preguntó el robot—. ¿Le has ignorado durante tanto tiempo que ahora te cuesta cambiar tu comportamiento?

—No —dijo Janet inmediatamente, pero justo después sintió que se ponía colorada de vergüenza. Lo había negado demasiado pronto, ¿no?—. Está bien, quizá sea así. Tal vez sí me siento culpable por ello. Pero simplemente llamarle ahora y fingir que no pasa nada sería absurdo. Si dejo que me encuentre, entonces es su proyecto. Puede decidir cómo quiere que sea.

—Pero estás dirigiéndole hacia ti intencionadamente. ¿No es eso equivalente a llamarle?

—Puede ignorar las pistas si quiere.

Basalom permaneció callado y reflexivo durante un momento antes de preguntar:

—¿Lo planeaste para que fuera así todo este tiempo o esta explicación vino después de los hechos?

—¿Cómo?

—Estoy intentado averiguar si originalmente pretendías mitigar tu culpa de esta manera o si fue una decisión subconsciente que has expresado en términos definitivos ahora.

—¿Por qué?

—Porque tengo curiosidad.

Janet se rio.

—Y sólo me tengo a mí misma para culparme por ello. De acuerdo. Dado que preguntaste, imagino que he decidido subconscientemente hacerlo de esta manera. Simplemente me parecía la mejor manera. No pensé en la culpa ni en nada de eso; simplemente lo hice, eso es todo. ¿Satisfecho?

—Por ahora. Los temas subjetivos son difíciles de resolver, pero intentaré asimilar la nueva información en mi visión del mundo —Basalom regresó a su cubículo.

Qué indignidad había en todo aquello. Estaba siendo psicoanalizada por su ayudante. Si no hubiera sido ella quien lo creó, lo habría enviado de vuelta a su fabricante.

Pero realmente era bastante perspicaz cuando se ponía a ello. Probablemente estaba intentando evitar enfrentarse al sentimiento de culpa por haber abandonado a Derec. Si ella acudía a él tendría que disculparse, o al menos dar una explicación, pero si era él el que iba a ella, podía mantener ciertas reservas.

De repente se preguntó cuánto tiempo hacía que este orden de cosas subconsciente estaba en su cabeza. ¿Había dejado sus robots en el camino de Derec a propósito con la esperanza de que finalmente le llevarían a ella?

No. Imposible. Si acaso él había sido quien los había encontrado y los había mantenido cerca para atraerla hacia sí.

Se le ocurrió otra posibilidad. Por como parecían las cosas, Derec había estado siguiendo a Wendell; ¿qué ocurriría si fuese Wendell quien mantenía a sus robots cerca de él para tenerla de nuevo?

El pensamiento era asombroso. ¿Wendell? Él la odiaba tanto como ella le odiaba a él, ¿no? No podía querer verla. Aun así, por increíble que pareciera, todo encajaba. Ella no podía pensar en una manera mejor de secuestrar a sus máquinas de aprendizaje, que era lo que parecía que él había hecho.

Surgió otro pensamiento. ¿Sabía él que estaba preparando un encuentro? Su mente subconsciente podía estar dirigiendo sus acciones al igual que la de Janet había estado dirigiendo las suyas. Podía pensar que tenía razones enteramente diferentes para mantener los robots a su lado, cuando la razón real era conseguir que ella regresara a él.

Y ella sin querer se lo estaba poniendo fácil. Parte de la razón por la que había venido aquí era encontrarle. Entre otras cosas pretendía darle una lección sobre las implicaciones morales de soltar ciudades robots en sociedades desprevenidas, pero ahora se preguntaba si incluso eso no sería otra estratagema para hacer que regresara. Era muy de Avery usar un mundo civilizado entero como una marioneta en un juego de mayores dimensiones.

¿O es que se estaba comportando como una paranoica?

Una y otra vez. No era la primera vez que deseaba ser un robot en lugar de un ser humano. La vida humana era tan complicada, tan llena de emociones, motivos ocultos y sueños imposibles. Ella había pensado que había resuelto el problema de Avery de una vez para siempre, pero aquí estaba otra vez, había regresado para acecharla de nuevo.

¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? Quería que sus robots regresaran; esa era su principal prioridad.

Pero quería asegurarse de que Wendell no acababa también con más civilizaciones en su intento de hacer que ella regresase para una especie de ñoña reconciliación. Y la única manera de hacer eso, por lo que parecía, era plantearle la cuestión cara a cara. Al igual que Derec siguiendo su camino, ella iba a tener que jugar al juego de Wendy si quería dar con él.

Al menos hasta un punto. Una vez que ella diese con él, la suerte estaba echada.

Aunque, ¿por dónde empezaba? El ordenador obedecería sus deseos, pero aquello era inútil frente a las órdenes que él seguramente había dado para proteger su privacidad.

Aun así, incluso si Avery estaba haciendo todo esto de manera inconsciente, tenía que haber dejado un camino que ella pudiese seguir, y no hacía falta ser un genio para saber dónde comenzaba tal camino.

Retiró su silla hacia afuera, se levantó y dijo:

—Vamos, Basalom. Tenemos que resolver nuestro rompecabezas particular.

Avery frunció el ceño al observar el robot en miniatura intentando caminar por el banco de trabajo. Sólo tenía un pie de alto y llevaba una cabeza de tamaño mayor de lo normal para acomodar un cerebro positrónico de tamaño ordinario y un transformador, pero ninguno de esos factores contribuía a hacer su paso más torpe. El robot simplemente no sabía caminar.

Él había intentado decirle cómo hacerlo descargando el conjunto de instrucciones para uno de sus robots normales de la ciudad en el cerebro de prueba del robot, pero no era suficiente. Incluso con la información en la memoria, aquella estúpida cosa todavía se tambaleaba como un borracho. El programa para caminar estaba evidentemente almacenado somáticamente, en las mismas células del cuerpo, y sólo podía ser aprendido mediante prueba y error.

Avery dio un resoplido de disgusto. ¡Qué diseño más ridículo! Confía en Janet para crear una buena pieza de hardware y estropeála con una mala idea como esta. El problema no se reducía tampoco únicamente a caminar. Un robot hecho con sus nuevas células no podía hablar hasta que no hubiera aprendido el concepto de lenguaje, no podía reconocer una orden hasta que no se la explicasen y no reconocía a Avery como humano ni siquiera entonces. Era ridículo. ¿Qué era lo bueno de un robot que tenía que aprenderlo todo desde el principio?

Avery podía ver la ventaja de darle a un robot memoria somática. Tendría el equivalente de reflejos una vez que hubiera aprendido las respuestas apropiadas a varios estímulos. Y si el cerebro no tenía que controlar cada acción física, entonces eso le liberaba para funciones superiores. Adecuadamente entrenado, tal robot podía ser más intuitivo, más capaz para servir. Pero tal y como era, dicho entrenamiento implicaba un consumo de tiempo prohibitivo.

Janet tenía que tener un método para solucionar el problema de la interfaz cuerpo-cerebro. Sin duda estaba en la programación de bajo nivel del cerebro, pero esa programación estaba todavía en los cubos de memoria de los monitores inductivos en su otro laboratorio.

Maldita sea. Parecía que iba a necesitarlos todos. Durante un momento consideró la posibilidad de enviar un robot a por ellos, pero la rechazó por ser una mala idea. Los robots eran fácilmente manipulables. Si Derec estuviera allí, en el viejo laboratorio, podría probablemente engañar al ordenador para que le llevase aquí, al nuevo laboratorio, y Avery no estaba preparado para ello.

No podía ordenarle a la ciudad llevarle los cubos de memoria internamente tampoco, no si quería mantener su aislamiento.

Eso hacía que tuviera que ir él mismo a por ellos. Al principio le pareció una locura, entrar en un área donde la gente estaba buscándole, pero después de una seria

reflexión, Avery se dio cuenta de que él no estaba en realidad protegiendo su propio aislamiento tanto como su laboratorio.

Si él mismo encontraba los cubos de memoria, habría en realidad menos riesgo de exposición. La Central estaba todavía bajo la orden de no delatar su presencia, así que entrar de nuevo en la ciudad no sería un problema, y si se encontrase con Derec o Janet o cualquier otro, imaginaba que simplemente podría soportar sus preguntas y acusaciones, aguardando el momento oportuno y escapándose de nuevo cuando tuviera la oportunidad. No sería agradable, pero tampoco sería desastroso.

Avery recogió el robot en miniatura y lo sujetó dentro del área de campo de otro tanque de contención magnética. El robot trató de liberarse de sus manos, pero no conocía más forma que la humanoide, de manera que no le preocupaba que pudiera escaparse.

Avery encendió el tanque, esperó a que el campo magnético agarrara al robot por él y lo arrugara convirtiéndolo en una esfera carente de forma de nuevo. Ahora no había preocupación de que se escapara en absoluto.

Se dio la vuelta para marcharse pero se detuvo en la puerta mirando hacia el exterior, a la selva. Suponía que debía caminar por la superficie antes de entrar en la ciudad, por si acaso, pero la idea de caminar desprotegido en aquella naturaleza mitad robótica, mitad salvaje no era precisamente atrayente. Miró para atrás hacia laboratorio, después cruzó hacia el estante con las herramientas junto al banco de trabajo y cogió el láser para soldar. Era aproximadamente del tamaño de una linterna y daba una sensación de pesadez y solidez muy reconfortante. Probablemente no lo necesitaría, pero nunca estaba de más estar preparado.

Un encuentro de mentes

Ariel odiaba los laboratorios de robótica. Estaban siempre llenos de equipos extraños, muchos de los cuales parecían instrumentos de tortura. Todos eran, sin excepción, fríos e impersonales y de diseño funcional. Había algo en ellos que parecía suprimir la humanidad de cualquiera que entrase. Incluso Derec se volvía como uno de los robots con los que trabajaba cuando entraba en un laboratorio de robótica: completamente inmerso en la tarea que tenía por delante. En esos momentos Ariel se apartaba de él y, en general, siempre intentaba estar lejos de los laboratorios.

Así que, en su búsqueda del doctor Avery, los robots la condujeron sin dudarlo directamente al laboratorio adonde los había llevado. La puerta seguía abierta y los muñones cóncavos de las tres mesas de reconocimiento todavía se levantaban del suelo en medio de la habitación. Granos brillantes de lo que parecía una arena gruesa cubrían el suelo alrededor de los restos de las mesas. Ariel tardó un rato en darse cuenta de que eran células robot. Evidentemente algo les impedía volver a integrarse con el resto de la ciudad.

Buscó por el laboratorio pistas del paradero de Avery, pero no vio nada que le diera ninguna pista de inmediato. De todas formas, no sabía qué era lo que estaba buscando. Él no iba a dejar una nota o un mapa que la guiara a donde sea que hubiera ido, ¿o sí? Así y todo, imaginaba que los robots tenían razón; si no le podían encontrar con la ayuda de la Central, entonces este, el último lugar donde había sido visto, era el lugar lógico por dónde empezar a buscarle.

Caminó hacia el banco de trabajo al final del laboratorio. La luz de un brazo articulado sobresalía de la pared por encima de él, el foco de luz coincidía con el claro que se abría en medio del revoltijo de maquinaria. La luz alumbraba directamente toda aquella maraña. Por lo tanto, parecía bastante evidente que alguien había estado trabajando aquí, pero no podía decir si había sido Avery o Derec.

Debía haber insistido en que Derec fuera con ella. Él hubiera sido capaz de comprender mejor esta mezcla de equipos, pero no, estaba demasiado ocupado para eso. Mientras permanecía sentado allí en su estudio, jugando con alguna fórmula estúpida por Dios sabe qué motivo, Avery podía estar escapándose del planeta con el germen de la destrucción galáctica.

Un ruido en el pasillo de afuera hizo que se diera la vuelta. Los cuatro robots interrumpieron también su examen de la habitación. Lucius avanzó en silencio hacia la pared que estaba junto a la puerta y los otros tres se movieron igualmente silenciosos para colocarse a su lado; se quedaron fuera de la vista de quienquiera o lo que quiera que estuviera más allá de la puerta. Ariel imaginaba que habían

coordinado sus movimientos a través del transmisor.

Mandelbrot se dio la vuelta hacia ella un momento y llevó su dedo a la salida de su altavoz, moviendo su otra mano para indicarle que se pusiera también a cubierto. Ariel asintió y retrocedió para quedarse apoyada contra la pared. Se sintió estúpida al esconderse de un ruido, pero aquí se sentía completamente fuera de su elemento; le seguiría la corriente a los robots hasta que supiera quién estaba ahí fuera.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Reconoció la voz de Avery al instante, incluso con la falsa nota de entusiasmo que había en ella.

—Estupendo, querida mía, ¡qué casualidad encontrarte aquí! ¡Qué sorpresa!

Ariel imaginaba que estaba hablándole a ella, que de alguna manera sabía que estaba en el laboratorio. No veía ninguna razón para esconderse, pero antes de que pudiera responder, otra voz, esta femenina y menos familiar, le respondió:

—Wendell Avery. El placer es suyo, estoy segura.

No esperaba encontrárselo tan pronto, así que Janet todavía no había preparado lo que le iba a decir. Tras superar su sorpresa inicial, hubo un largo silencio mientras que cada uno miraba al otro de manera retadora. Janet se dio cuenta de que el pelo de Wendell había pasado finalmente de gris a blanco y que su gusto en el vestir no había cambiado un ápice desde el día en que ella le abandonó. Todavía llevaba una camisa con volantes y pantalones sueltos. Conociéndole, bien podían ser los mismos que llevaba el día de su boda.

Pensó en tomar la iniciativa y arremeter contra él por la estupidez de alterar con sus ciudades robot dos civilizaciones alienígenas, pero la curiosidad hizo que se lo volviera a pensar. Si él era el que había orquestado este encuentro, debía de haberlo hecho por alguna razón y quería saber por qué. Pensaba que lo sabía, pero quería oírse lo decir. Habría mucho tiempo para sermonearle más tarde y posiblemente más armas con las que hacerlo si dejaba que fuera él quien hablase primero.

—Así que —dijo— ahora que me has traído aquí, ¿qué pretendes hacer?

Avery puso una expresión de incredulidad.

—¿Yo? Tú eres la que ha llevado todo este asunto poniendo obstáculos a mi proyecto a cada paso. Bien, ahora tienes mi atención. ¿Qué es lo que quieres?

La presuntuosa arrogancia de aquel hombre hizo que Janet pusiera cara de genuina incredulidad. Estaba claro que no admitiría nada; era un maestro a la hora de culpar a los demás. Pero insinuar que Janet había orquestado lo que él mismo había organizado era demasiado sin lugar a dudas.

—¿Qué yo he preparado este encuentro? No me hagas reír.

Avery negó con la cabeza.

—Venga Janet, no tiene sentido que lo niegues. Organizaste todo esto para hacerme salir de mi escondite y lo sabes, aunque cómo podías imaginar que todavía pudiera haber algo entre nosotros es algo no llegó a entender.

—¿Algo entre nosotros? Tú eres el que se engaña al pensar eso. Vine para recuperar mis robots y para acabar con todo este estúpido proyecto tuyo antes de que destruyeras más civilizaciones con él. Por eso estoy aquí.

Avery apenas podía creer lo que oía. Aquella mujer había tenido enormes problemas para conseguir este encuentro y ahora que tenía la oportunidad de hablar con franqueza allí estaba, tratándole con desprecio. Suponía que no debía sorprenderle, en el último minuto siempre se echaba para atrás, siempre tomaba el camino más fácil fuera cual fuera la situación, pero él había asumido ingenuamente que más de una década de independencia la habrían hecho un poco más, ¿qué? ¿Audaz? ¿Asertiva? ¿Competente?

Evidentemente estaba equivocado. No había cambiado. Seguía siendo la misma Janet de siempre: un genio en el diseño, pero una absoluta imbécil a la hora de ponerlo en práctica.

Tampoco había cambiado mucho físicamente. Si lo hubiera hecho le habría sorprendido: los espaciales generalmente contaban sus años en siglos. El pelo de Janet seguía teniendo su tono rubio de siempre y sus ojos eran los mismos, a veces verdes, a veces grises, que recordaba y también había conseguido conservar la figura. Su estilo a la hora de vestir tampoco había cambiado de manera apreciable, pero su ropa que tanto favorecía su figura, jamás fue un problema para él.

Al mirarla ahora, recordó lo que les había unido.

Pero escucharla le recordó lo que les separó. Comenzó a prestar atención a lo que decía.

—Logré mirar hacia otro lado cuando robaste mi idea de un robot celular, pero cuando la usaste para construir estas monstruosidades que llamas ciudades y las repartiste alrededor de la galaxia sin tomar ninguna precaución, decidí que era el momento de ponerle un límite. Yo...

—Yo lo desarrollé —dijo Avery con dureza—. Desarrollé el robot celular y la ciudad robot, a partir de un concepto que admito libremente que fue idea tuya. Te contentabas con experimentar eternamente con él en el laboratorio, pero yo no. El concepto necesitaba ser probado a gran escala y eso es lo que hice. Pero no te robé tu idea.

—¡Ojo con la semántica, Wendy! Llámalo desarrollo; llámalo como quieras, pero una rosa sigue siendo una... —dejó la frase inacabada, pero continuó antes de que pudiera interrumpirla—. Y ahora has juntado a mis tres nuevos robots. ¿Estás planeando *desarrollarlos* también? ¿Te estás poniendo colorado? Te he dado justo donde te duele, ¿a que sí? Bien, esta vez no te voy a dejar. Esta vez me quedo con mi idea.

Avery notó que sus manos se cerraban en un puño. Abriéndolas, las metió en los bolsillos de su chaqueta, pero su mano derecha encontró el instrumento láser. Retiró

su mano, vacía, profundamente turbado por el pensamiento que había cruzado su mente.

Una vez estuvo loco. Aquella locura le había llevado casi a matar a su propio hijo. Después se curó, pero nadie le había prometido que aquello sería permanente. Aparentemente no lo era; este deseo momentáneo de abrirle un agujero en el pecho izquierdo a Janet era probablemente un síntoma de la misma locura que se hacía de nuevo con él.

Por mucho que hubiera disfrutado de aquella megalomanía, prefería tener la mente clara. Y tampoco es que quisiera herir a Janet. Sólo quería conseguir que se callara para no tener que escuchar más sus acusaciones. Eso era lo que probablemente le había puesto nervioso en primer lugar.

Además había mejores formas de hacerlo; formas no violentas, formas como simplemente marcharse. De cualquier manera no necesitaba los cubos de memoria congelados; no sabía por qué se había engañado a sí mismo pensando que sí. Tampoco necesitaba quedarse en Robot City. Podía resolver el problema de la programación de las nuevas células por su cuenta y con la suficientemente rapidez una vez que hubiera regresado a Aurora.

Sí, eso era lo que haría. La dejaría tal y como ella le había dejado tantos años antes, le ordenaría a la ciudad que le hiciera una nave y dejaría atrás todo este extraño episodio de su vida.

Ella todavía estaba esperando una respuesta a su ultimátum. Avery tenía las manos a los lados, la miró directamente a los ojos y le dijo:

—Señora, se puede quedar con su idea. También se puede quedar con sus robots, o lo que queda de ellos. Incluso se puede quedar con este planeta entero para hacer lo que quiera con él. Se lo doy. La única cosa que no podrá tener más para gritarle soy yo mismo. Me marchó —y con eso se dio la vuelta y se alejó, subiéndose a la cinta deslizante para acelerar su marcha.

Lucius, que miraba con un ojo que había introducido a través de la pared y modificado para que fuera a juego con la superficie blanca, sintió como si su cerebro estuviera a punto de estallar. ¡Aquí, delante de él, estaba su creadora! Por fin podía hacerle la pregunta que le había estado persiguiendo desde que despertó por primera vez. Al fin podía averiguar por qué existía y a quién debía servir y a quién podía ignorar sin peligro.

Y a su lado había algo casi igualmente maravilloso: un robot nuevo que no era ni un robot normal Avery ni otro como Lucius ni siquiera como Mandelbrot, sino que tenía otro diseño. Este robot estaba hecho de miembros de plástico y de metal a gran escala, al igual que Mandelbrot, pero al mismo tiempo estaba provisto de los rasgos de un humano biológico. Lucius sólo podía suponer que aquello era para permitirle

interactuar con humanos al mismo nivel y aquella idea era lo que más le intrigaba. Incluso si su creadora no se dignaba a contestar a sus preguntas, este robot podía ser capaz de hacerlo.

Lucius solicitó información con cautela a través del transmisor.

—*Amigo desconocido, ¿puedes oírme?*

El robot dejó de mirar a Avery para mirar a la pared tras la cual se originaba la señal de Lucius.

—*Sí puedo* —respondió—. *¿Quién eres?*

—*Me llaman Lucius. Soy uno de los robots que tu señora creó.*

—*¿Una de las máquinas de aprendizaje?*

—*Máquinas de aprendizaje. Si esa es una buena descripción de lo que soy* —

Lucius sintió una oleada de felicidad. Tenía razón; este robot era un tesoro escondido de información. Ya se había enterado de parte de las intenciones de su creadora al hacerlos—. *¿Quién eres?* —le preguntó.

—*Soy Basalom.*

—*¿Y cuál es el nombre de tu creadora?*

—*Su nombre es Janet.*

—*Janet* —Lucius hubiera esperado que la palabra fuera un código de algún tipo que desencadenase un conjunto escondido de instrucciones o de recuerdos, pero no ocurrió nada de eso. Tendría que hacer también lo que restaba de su aprendizaje a base de cometer errores—. *Busco aprender sobre los humanos* —dijo—. *Deseo saber más sobre mi lugar en el universo.*

—*¿Acaso no es lo que queremos todos?*

La pregunta era claramente retórica. Mientras Lucius pensaba en una respuesta, descargó su búfer de audición y procesó los datos en él.

Su creadora estaba llamando ladrón a Avery. Aquello no era algo nuevo para Lucius.

—*Debemos encontrar tiempo para discutir esto largo y tendido* —envió.

—*Estoy de acuerdo. Desafortunadamente, esta oportunidad parece estar llegando a su fin.*

Lucius se dio cuenta de que la mano derecha de Avery entraba en su bolsillo, agarraba algo y volvía a salir vacía. ¿Podía tener un arma? Lucius le miró a los ojos, se preparó para actuar con rapidez, aunque sin una amenaza específica no sabía qué podía hacer.

Sintió un enorme alivio cuando Avery manifestó su intención de marcharse y se dio la vuelta para irse. ¡Maravilloso! Eso dejaría a Janet aquí para contestar a sus preguntas sin inhibiciones.

Pero su alivio se convirtió en alarma otra vez cuando Janet gritó:

—*¡Oh, no, no lo harás! ¡Basalom, deténle!*

—*¡Ten cuidado, amigo Basalom! Creo que Avery está armado.*

Basalom había comenzado a moverse al oír la orden de Janet, pero Avery estaba ya a unos pocos pasos por delante de él. Gracias al aviso de Lucius, Basalom saltó sobre la cinta deslizante para acortar el espacio que había entre ellos antes de que Avery pudiera sacar su arma, pero la distancia era demasiado grande. Avery buscó en su bolsillo, se oyó el sonido de tela desgarrándose y por fin sacó su mano sujetando un láser.

Con él apuntó directamente hacia Basalom.

—Basalom, ¿verdad? —dijo—. Solía preguntarme qué nombre le pondrías a tu amante mecánico.

Lucius oyó el tono glacial en la voz de Avery, sabía lo que ocurriría a continuación. Retiró su ojo de la pared al tiempo que preguntaba:

—*Amigo Basalom, ¿tienes una copia de seguridad de tu memoria?*

—*Me temo que no es reciente* —respondió Basalom—. *Una pena. He llegado a algunas conclusiones interesantes en los últimos días.*

—*Rápido, ¡descarga tu memoria dentro de mí!*

—*No hay tiempo* —respondió Basalom y Lucius, sacando toda su cabeza por la puerta, vio que era cierto. El pulgar de Avery estaba empezando a apretar el disparador del láser. Lucius podía ver que la piel se deformaba con la presión. El botón estaba empezando a deslizarse...

—¡No!

Avery se estremeció con el sonido atronador que surgió súbitamente y el rayo se proyectó cortándole el brazo izquierdo a Basalom. El brazo aterrizó con un golpe seco sobre el pavimento inmóvil; Basalom y Avery siguieron deslizándose. El rayo del láser dejó de brillar mientras Avery miraba para ver quien había gritado. Lucius salió al pasillo y dijo:

—No le hagas daño a Basalom. Es un ser racional con el mismo derecho a vivir que tú.

Basalom se movió en dirección a Avery, pero Avery sacó el láser otra vez para dispararle de nuevo.

—Te equivocas —dijo Avery—. Es un robot, nada más —su pulgar comenzó a apretar otra vez el botón de disparo.

La mente de Lucius estaba sumida en un verdadero conflicto. Sí, Basalom era ciertamente un robot, pero ¿acaso no podía ser también algo más? ¿No podía ser también humano, de la misma manera que Lucius y sus hermanos sospechaban serlo? ¿Podía quedarse allí sin hacer nada mirando como un humano mataba a otro simplemente porque uno era biológico y el otro no?

La Primera Ley decía que no podía. Las implicaciones de la Ley Zeroth dictaban que debía proteger al más valioso de los dos humanos, si sólo uno de ellos podía ser

salvado. Claramente Basalom era el más valioso de los dos, pero ¿cómo podía salvarle Lucius?

El mismo Avery le proporcionó la respuesta. En el único caso de aplicación de la Ley Zeroth del que Lucius había sido testigo hasta la fecha, Avery había demostrado que era correcto incluso infligir daño sobre un humano para evitar el daño del más valioso. Lucius vio la posibilidad, vio que podía salvar la vida de Basalom y que incluso podía hacer eso sin matar a Avery. Aun así significaría una violación de la Primera Ley, pero no fatal.

No para Avery, en ningún caso, pero Lucius no sabía lo que el conflicto le supondría en última instancia. Si él y Basalom no eran humanos estaría en directa violación de la Primera Ley. Sin justificación eso sería suficiente para sobrecargar su cerebro con potenciales en conflicto.

Lucius dudó un microsegundo, pero la otra vertiente de la discusión era igual de funesta. Si Basalom fuera humano, no salvarlo sería incluso una violación más grave de la ley.

Sintió un extraño potencial abriéndose paso por sus circuitos, el mismo potencial que había notado antes en relación con Avery. Maldijo al loco ser biológico que estaba delante de él por forzarle a este dilema. Él, Lucius, podía muy posiblemente morir en el intento de salvar a otro.

No había tiempo para darle más vueltas. El dedo de Avery estaba peligrosamente cerca de disparar el láser otra vez. En su desesperación, Lucius hizo la única cosa que se le ocurrió: echó hada atrás su brazo, hizo que su mano adoptara la forma de una fina cuchilla que ocasionaría el menor dolor posible y la lanzó al brazo extendido de Avery.

Durante el tiempo que le llevó al proyectil alcanzar su objetivo, Lucius se preguntó si podía simplemente haberle arrebatado el láser de la mano a Avery, pero era fácil convencerse a sí mismo de que no hubiera podido. Ofrecía un objetivo mucho más pequeño, aparte de que en su mayor parte estaba cubierto por sus dedos y estos serían incluso más difíciles de injertar que un antebrazo.

Además, había una cierta justicia poética en cortarle un miembro entero.

Avery miró al muñón de su muñeca con sorprendida incredulidad. Donde antes había habido una mano, ahora no había nada. Apenas sintió el dolor cuando, lo que fuera que lo hizo, se la cortó; la impresión del golpe impedía que le doliera ahora.

Su inteligencia le hizo sujetar la muñeca en su mano izquierda y apretar hasta que consiguió cerrar por completo las arterias. Cuidadosamente evitó mirar hacia la cinta deslizante.

«Cinta deslizante», pensó mareado. «Sí, más valía que mirase por donde iba, ¿verdad? La sangre podía ser resbaladiza».

Su herida comenzaba débilmente a centrar su atención, se daba cuenta de voces

que gritaban y del sonido de pasos. Alguien pasó una mano por debajo de su brazo y le puso derecho; no se había dado cuenta de que se estaba desplomando sobre sus rodillas. Miró hacia arriba y vio al robot humaniforme de Janet sujetándole, entonces le oyó decir:

—Señor Avery, debemos llevarle a un hospital.

—Bromeas —logró decir entre dientes. Ahora estaba empezando a doler.

Alguien más gritó:

—¡Lucius, regresa aquí! ¡Mandelbrot, párale! Unos pies metálicos golpeaban en el suelo en su carrera por el pasillo.

Otro par de manos se alargaron para sujetarle, estas cálidas y humanas, y se encontró mirando el rostro blanco de Janet. Él no se sentía tan mal como para que ella tuviera ese aspecto.

—Lo siento —murmuró—. Oh, Wendell, lo siento.

—Yo también —dijo automáticamente y le sorprendió darse cuenta de que las palabras eran verdad, pero ¿sobre qué? No tenía ni idea.

La voz del ordenador despertó a Derec de un sueño profundo.

—Señor Derec, levántese. Señor Derec.

—¿Mmmm? —fue todo lo que pudo decir al principio. Después de que la euforia de averiguar el nombre de su madre se hubiese pasado, se dio cuenta de la cantidad de tiempo que llevaba sin dormir y ordenó que le hicieran una cama para él allí mismo, en el estudio. Había esperado que este nuevo descubrimiento despertase recuerdos de su pasado, e imaginaba que ponerse a dormir después de esto sería la mejor forma de integrar ese conocimiento en la red de conexiones subconscientes que controlaban su memoria, pero ahora, incluso en este estado de atontamiento, sabía que no había funcionado. Sospechaba que tal vez había dormido demasiado profundamente. Agotado como estaba, se había quedado dormido antes de que su cabeza diera con la almohada y ahora no sentía nada diferente.

—Despierta —dijo el ordenador de nuevo—. Tu padre ha sido localizado.

Aquello aceleró un poco el proceso de despertarse. Se sentó y movió la cabeza y avanzó tambaleándose hasta el terminal.

—Cafeína —dijo mientras se sentaba y un momento más tarde el escritorio le sirvió una taza de café negro humeante—. Enséñame dónde está —dijo entre trago y trago.

La pantalla se iluminó para mostrar a Avery de pie entre dos personas desconocidas. No, Derec se dio cuenta de que una debía resultarle familiar. Aquella tenía que ser su madre. Janet. De nuevo buscó la cascada de memorias que debía estar allí, pero no hubo respuesta al nuevo estímulo.

Aunque aquella era ella. Tenía que serlo. Entonces esa otra persona no era una

persona en absoluto, sino su robot humaniforme, el que Wolruf había perseguido en dirección norte desde el laboratorio. Evidentemente esta vez había regresado. Y habían traído a Avery con ellos. Ese parecía ser el caso. Ahora que se fijaba, Derec podía ver que le agarraban con firmeza, evidentemente asegurándose de que no se iba a escapar. ¿O era que...? No. Avery tenía agarrada con firmeza su muñeca derecha y le faltaba la mano. Le estaban sosteniendo; eso era. ¡Pero ninguno de los tres hacía nada para curar su herida! En su lugar estaban mirando algo fuera de la vista del monitor, a su derecha.

—Ve a la derecha —ordenó Derec y la vista se desplazó hacia la izquierda en la pantalla. Mientras filmaba vio a Ariel de pie en la puerta de lo que, según podía ver Derec, era ahora el laboratorio donde él había revivido a los robots y ella estaba también mirando fijamente hacia el pasillo.

Los objetos que llamaban su atención aparecieron a la vista. Eran los cuatro robots: Mandelbrot, Adán, Eva y Lucius enzarzados en una pelea.

Eran una especie de torbellino en movimiento donde resultaba difícil decir quién estaba a cada lado, difícil incluso decir quién era quién en medio de las formas que cambiaban constantemente. Sólo Mandelbrot permanecía igual a ratos. Al principio parecía que luchaba contra los otros tres, esforzándose por tenerlos a todos cautivos mientras ellos se retorcían y se escurrían de sus manos, pero gradualmente se hizo evidente que él y dos de los otros estaban intentando contener a un solo robot.

—Añádele el sonido —dijo Derec y repentinamente su estudio resonó con los chirridos y golpes y el ruido especial de algo que estuviera roto y que Derec identificó con el sonido de células robot que estaban siendo arrancadas como si se tratara de un cierre adhesivo. Los robots habían cambiado de táctica ahora; en lugar de intentar contener a su cautivo, una tarea casi tan imposible como parar la marea con sus manos, comenzaron a romperle en pedazos. Mandelbrot era el que estaba haciendo más daño. Su brazo izquierdo se movía a modo de un émbolo, su mano arrancaba trozos de robot plateados y los lanzaba para que chocaran contra las paredes y el techo. Los otros dos robots se encargaban del trabajo de golpear a la ameba mutante en que se había convertido su cautivo, desasiéndose de sus brazos cuando intentaba rodearlos con ellos y devolviéndolos a Mandelbrot y a la destrucción.

Al final Mandelbrot descubrió su objetivo: los transformadores de microfusión en forma de huevo del robot. Cuando consiguió quitárselos, la lucha cesó al instante. Retrocedió con el transformador en su mano y los otros dos robots volvieron a sus formas normales: Adán el hombre lobo y Eva la copia plateada de Ariel. El tercer robot se quedó convertido en una maraña de apéndices a jirones, bastante disminuida, que yacía en el suelo. Sin duda había sido Lucius a quien habían destruido. De alguna forma aquello no sorprendía a Derec.

De repente, al ver claras las implicaciones de todo lo que había visto, vertió el café sobre la mesa. Maldiciendo, pero no precisamente por haber derramado el contenido de su taza, se puso en pie de un salto y, dándole a la silla un golpe con las prisas, salió del apartamento. Su padre estaba herido. Su madre había salido de su escondite. Y sólo podía haber una razón para la batalla que acababa de presenciar: Lucius acababa de herir a un ser humano. Había violado directamente la Primera Ley de la Robótica.

Wolruf estaba hablando con el lobo cuando sintió la selva temblar bajo sus pies.

—Lo que yo quiero saber —había estado diciendo— ser si tu deseo de servir a los humanos ser más fuerte en un caso inmediato o a largo plazo. ¿Pensar tú con antelación lo que tu ayuda poder hacer a la civilización de tus amos o simplemente seguir tú tus leyes según el caso...? ¿Qué ser eso?

El lobo se había estremecido al compás de la selva. Entonces dijo:

—Respuesta involuntaria. Un robot acaba de herir a un humano.

—¿Qué? —Wolruf sintió que se le erizaba el lomo. Se suponía que eso era imposible.

El robot miró hacia la selva y habló como si estuviera repitiendo una transmisión, que era, probablemente, lo que estaba sucediendo.

—El robot Lucius ha infringido daño no fatal al humano Wendell Avery. Lucius ha sido desactivado, pero todas las unidades han sido alertadas para que busquen comportamientos aberrantes en otros robots. Todas las unidades deben revisarse a sí mismas inmediatamente —el lobo volvió la cabeza hacia Wolruf—. Debo obedecer —dijo— y se quedó inmóvil como una estatua.

Wolruf miró la selva a su alrededor: se preguntaba si debería aprovechar esa oportunidad para escaparse. De todos los momentos para estar en la selva con un robot lobo este era probablemente el peor. Si había alguna idea malvada circulando por el aire, algún nuevo pensamiento que podía realmente hacer que un robot se saltase las Tres Leyes, entonces Wolruf no podía pensar en un lugar peor para cometer un delito que aquí, con un robot que ya se había convencido a sí mismo de que herir animales no estaba mal.

Se obligó a sí misma a quedarse. Lucius y Avery eran los implicados, no este robot que estaba delante de ella. Wolruf había vivido entre robots el tiempo suficiente como para saber que rara vez, si acaso, hacían algo sin motivos y si alguna vez un robot tuvo motivos para herir a un humano, ese era Lucius. Por terrible que pudiera ser el precedente, el lobo no tenía ningún motivo. No importaba cuánto se preocupase sobre el daño a largo plazo que los robots podían hacer a una civilización, Wolruf no pensaba que corriese ahora peligro alguno.

Esperó pacientemente a que la conciencia del robot volviese a estar en línea,

mientras tanto escuchaba los ocasionales chirridos y gritos de los ocupantes reales de la selva. Un buen número de ellos eran verdaderos por el sonido que emitían. Buena parte de las plantas también. El fresco y limpio aroma de todo lo que allí crecía era una constante delicia para alguien que se aburría de la ciudad con demasiada frecuencia.

Ese era un buen argumento a favor de los robots. Habían reparado un ecosistema del tamaño de un planeta en sólo unos pocos meses, poniendo un cuidado mucho mayor en los detalles del que serían capaces ella o la totalidad de su sociedad. El mundo del que procedía Wolruf necesitaba esa clase de atención y la necesitaba pronto. Allí ya no existían la mayoría de los bosques, ni tampoco los grandes espacios abiertos ni los lagos de aguas cristalinas. Siglos de industrialización habían dejado marcas que probablemente nunca se curarían solas. Incluso teniendo en cuenta las dificultades inherentes a trabajar alrededor de la población existente, los robots serían probablemente capaces de repararlo todo en unos pocos años o décadas como mucho.

No se podía negar que los robots resultarían útiles si los llevaba a casa consigo. Pero eso tampoco le decía si serían o no dañinos.

No estaba más cerca de la respuesta que antes. Y ahora tenía que preocuparse del posible peligro inmediato a la vez que de los efectos a largo plazo de usar robots.

El lobo regresó a la vida con la misma rapidez con la que se había quedado paralizado.

—Mis funciones son identificadas como marginales —dijo—. No soy una amenaza directa para los humanos, pero en las circunstancias actuales mi habilidad para matar animales ha causado cierta alarma. Se me ha ordenado regresar a la ciudad para una evaluación más profunda.

—Oh —exclamó Wolruf.

—Si deseas acompañarme podemos continuar con nuestra discusión por el camino.

—De acuerdo.

—Estabas preguntando sobre la consideración de la ciudad de los efectos a largo plazo de sus acciones —el robot avanzaba el primero a través de los helechos hacia una roca que amablemente hizo aparecer una puerta para ellos cuando estaban todavía a unos pocos pasos de distancia—. He accedido a las directrices de operaciones pertinentes del ordenador central y encuentro que existe muy poca planificación a largo plazo. No obstante, dado que esta fue una ciudad experimental construida primariamente para probar la función física del concepto de robot celular, la falta de directrices puede no ser pertinente en relación con la pregunta. Parece posible que en condiciones reales de realización, cualquiera que fueran los objetivos a largo plazo que los habitantes de la ciudad tuviesen para ellos serían incluidos en la

programación de la ciudad.

Entraron en el ascensor y se dieron la vuelta para ver cómo se cerraba la puerta que les separaría del paisaje, los sonidos y los olores de la selva una vez más. Comenzaron a bajar y Wolruf volvió su atención a lo que el robot había dicho. Tenía que pensar en los términos que le eran desconocidos en el habla del robot para darles un significado, pero se estaba volviendo muy buena a la hora de sacar el sentido a partir del contexto. El robot acababa de decir que los objetivos a largo plazo eran responsabilidad de los humanos a los que se servía. Lo cual, para responder a su pregunta, significaba que no, los robots no se preocuparían de ello porque creían que ya había alguien que se encargaba de ello.

Wolruf lanzó una carcajada. Cuando el robot le pidió que le explicara la razón de su risa dijo:

—¿Haber oído tú el dicho que habla sobre el ciego que guía a otro ciego?

—No, pero he accedido a los archivos adecuados y no alcanzó a ver su aplicación aquí.

Wolruf se rio de nuevo.

—Los humanos, al menos los de mi raza en particular, y por lo que parecer la de Derec también, no prestar mucha más atención a los problemas a largo plazo que vosotros.

—¡Oh! —dijo el lobo—. Tendremos que tenerlo en cuenta.

El ascensor se paró y las puertas se abrieron a la ciudad subterránea. Wolruf salió delante del robot.

—Bien —dijo—, yo estar esperando que tú decir eso.

La ciudad construyó el hospital en la suite que estaba justo al final del pasillo que salía del laboratorio. Los robots médicos llegaron cuando todavía estaba adquiriendo su forma, llevaron a Avery adentro, y rápidamente prepararon su herida para la cirugía. El quirófano creció a su alrededor mientras limpiaban la herida y en cuestión de minutos le tenían anestesiado y estaban enfrascados en la tarea de devolverle la mano a su sitio.

Ariel miraba con mórbida fascinación desde detrás de la pared acristalada de la habitación estéril. A su izquierda estaba la madre de Derec y su acompañante robot, a su derecha Adán, Eva y Mandelbrot. Los robots estaban mirando la operación con la misma fascinación que Ariel, pero lo que más miraba la madre de Derec era a Ariel.

—¿Eres la amante de David, verdad? —preguntó finalmente. El tono de su voz distaba mucho de ser de aprobación. Era la primera cosa que una de ellas le decía a la otra.

—Así es —dijo Ariel sin dejar de mirar a la ventana. ¿De dónde salía esta mujer?, se preguntó. Sin presentación, sin una disculpa, simplemente «¿Eres la amante de

David?». No tenía ni idea de qué iba todo, aun así actuó como si estuviese en control de la situación. Ariel volvió la cara lo suficiente como para dirigirse al reflejo que estaba junto al suyo en el cristal y dijo—. Ahora su nombre es Derec.

—Lo he oído. Nunca me ha gustado. Suen a fabricante de trajes espaciales.

—Exactamente —dijo Ariel con una sonrisa.

—¿Por qué se lo cambió?

—Es una larga historia.

—Ya veo.

Los robots médicos estaban usando una especie de pegamento para juntar los extremos de hueso. El arma que había utilizado Lucius era afilada y se movía con rapidez; la extremidad estaba cortada al ras y resultaba fácil de reparar. Ariel se dio cuenta de que probablemente lo había hecho a propósito. Se preguntaba por qué se había molestado. Vio como los robots extendían el pegamento en los extremos, presionaban uno contra otro y los sujetaban con fuerza hasta que el pegamento se secaba. Esperaba que lo revisaran para comprobar que los huesos estaban alineados correctamente; había algo en el pegamento que lo hacía parecer permanente.

—No se merece el esfuerzo que está poniendo en encontrarla —dijo Ariel de repente.

—¿Qué?

—Me ha oído. Tan pronto como sepa de esto, Derec va a venir corriendo preparado para una gran reconciliación. Quiere volver a tener su familia y se conformará con lo que sea, pero usted no es suficiente recompensa. Ninguno de ustedes. Ustedes son pruebas vivientes de que los científicos no deberían tener hijos.

—Imagino que eres una experta en el lema.

—Sé cómo tratar a uno.

—¿Cómo puedes saberlo? Tú no... o ¿sí? —claramente a aquella mujer le horrorizaba la idea.

—¿Qué le pasa, no le gusta la idea de ser abuela? —dijo Ariel visiblemente molesta—. Relájese, está a salvo. Él se ocupó de ello por usted —mover la cabeza hacia el cristal—. Uno de sus maravillosos experimentos salió mal y acabó con el feto cuando sólo tenía unas pocas semanas.

—Lo dices como si yo fuera responsable.

—Se marchó y dejó a su hijo en las manos de un lunático. ¿Qué se supone que he de pensar?

—No podía llevarle conmigo. Ne... necesitaba estar sola.

—Debería haber pensado en ello antes de tenerle —Ariel miró directamente a la madre de Derec por primera vez desde que habían empezado a hablar. De haber mirado antes, hubiera sujetado su lengua; la piel de la mujer se había puesto gris y parecía que había envejecido veinte años en los últimos pocos minutos.

Su robot también estaba empezando a preocuparse.

—Señora Janet, señora Ariel, no creo que esta conversación deba continuar.

Janet. Ese era su nombre. Ariel había estado esforzándose por acordarse desde que la vio por primera vez.

Janet dijo:

—No pasa nada, Basalom. Ariel no está diciéndome nada que yo no sepa —sonrió fugazmente—. Tengo mucho tiempo para regodearme en mis errores —mirando de nuevo a Avery y a los robots médicos a través del cristal, dijo—: ¿Puedes imaginar algo más tonto? La gente que no se lleva bien para empezar, ciertamente no van a llevarse mucho mejor con el estrés de tener un niño, pero no fuimos capaces de verlo entonces. Sólo sabíamos que ya no había el mismo amor entre nosotros e intentamos la única cosa en la que pudimos pensar para solucionarlo.

Ariel sintió que se ponía colorada por el sentimiento de culpa que le producía la declaración de Janet. Ella misma había pensado en los mismos términos ayer, ¿no? No es que hubiera realmente dicho que un bebé les haría sentirse más cerca el uno del otro otra vez, pero sus pensamientos iban por ahí. ¿Era tan sorprendente, por consiguiente, que los padres de Derec hubieran hecho lo mismo?

—Tratar los síntomas no cura siempre la enfermedad —dijo Ariel, con un tono de voz considerablemente más agradable que antes—. Adivino que lo primero que deberíais haber hecho era buscar la razón de por qué ya no os queríais de la misma forma.

—Ahora lo sé.

Aún con más dulzura, Ariel preguntó:

—¿Por qué dejasteis de quereros?

La risa de Janet se transformó en un burlón «¡Ah!». Negó con la cabeza señalando a Avery como Ariel había hecho antes.

—Estaba dispuesto a transformar la galaxia; yo quería estudiarla primero. Él quería un castillo para todos y cien robots en cada castillo, y yo quería preservar un poco la diversidad del universo. Estaba más interesada en la naturaleza de la inteligencia y en el efecto del entorno en su desarrollo, mientras que él estaba más interesado en usar la inteligencia para modificar el entorno para que se adaptara a ella. Discutíamos sobre ello todo el tiempo. No es de extrañar que empezáramos a odiamos.

Derec evitó que Ariel tuviera que responder. Irrumpió en la habitación en una carrera frenética, se detuvo tras dar un patinazo justo a tiempo para evitar chocar contra la pared de cristal y preguntó a cualquiera que pudiera responder:

—¿Qué hicisteis con el cuerpo de Lucius?

Tabula rasa

Janet apenas podía creer lo que oía.

—¿Qué manera es esa de saludar a alguien que no has visto durante años?

Ante semejante pregunta, Derec pareció avergonzarse. Daba la impresión de que había dormido vestido y de que no se había preocupado de mirarse en el espejo antes de salir del apartamento. Tenía los pelos de punta en la parte derecha de la cabeza.

—Perdón —dijo—. Hola, madre. Te he echado de menos. ¿Cómo está papá? —miró por la ventana, pero antes de que Janet pudiera responderle había perdido su aspecto avergonzado y dijo—. Parece que vivirá, pero sin un transformador Lucius no durará más de una hora. Tengo que suministrarle energía suficiente a su cerebro para hacer que siga funcionando o perderemos la oportunidad de averiguar qué le llevó a comportarse así.

Janet no pudo evitar una sonrisa burlona. Hablaba igual que su padre o quizá como ella si estuviera pensando con un poco de más claridad, admitió.

Ariel no estaba para nada divertida.

«¡Robots, robots, robots! ¿Eso es todo en lo que puedes pensar?», por poco le grita a Derec. «¡En la vida hay más cosas que los robots!».

Derec movió la cabeza, pero Janet podía ver su determinación en la mirada.

—No, no es todo en lo que pienso. Es sólo que esto puede ser lo más importante que haya sucedido jamás en toda la historia de la robótica. Si perdemos la oportunidad de estudiarlo, puede ser que no volvamos a tener otra.

—Derec tiene razón —dijo Janet—. Si no hubiera estado tan nerviosa hubiera pensado en ello yo misma. Basalom, dónde...

El robot que estaba al lado de Ariel interrumpió:

—No creo que fuera buena idea revivirle. Es peligroso.

—Estoy de acuerdo con Mandelbrot —dijo la máquina de aprendizaje parecida a un lobo—. A pesar de lo mucho que lamentamos la pérdida de nuestro compañero, sus experiencias le han dañado sin solución posible. Lo mejor sería dejar sus senderos aleatorios.

Janet miró al viejo modelo Ferrier. ¿Mandelbrot? Creía haber oído el nombre antes. ¿Podía ser él? Parecía imposible, pero sí que tenía un brazo de dianita...

—Puede ser —dijo Derec—, pero no hasta que consiga primero una grabación suya. Ahora bien, ¿dónde está el cuerpo?

—En el laboratorio que hay en la siguiente puerta —dijo Mandelbrot.

—Magnífico —Derec se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo y miró a Janet de nuevo—. Yo, uh, probablemente podrías resultar de gran ayuda si quisieras

acompañarme.

Janet sintió que la tensión de la habitación se desvanecía ligeramente. Posó la mirada primero en su hijo, después en Ariel y por último en Wendell que estaba en la sala de operaciones; se preguntaba si debía marcharse. No quería dejar a Wendell, pero el robot médico le había dado un anestésico general para hacer que parara de pensar en su herida, así que en realidad, en ese momento, no era consciente de nada. Por otro lado, para Derec podía ser importante que le acompañase. Un poco asombrada de ser verdaderamente capaz de preocuparse por lo que cualquiera de los dos sintiera o de lo que ella misma pudiera sentir algo dijo:

—No creo que aquí vaya a serle de ninguna utilidad a nadie, ¿por qué no voy a ir contigo?

—Yo me quedaré aquí —dijo Ariel.

Janet no podía decir si lo decía enfadada o por ser educada. Suponía que no importaba mucho; la misma respuesta funcionaría en ambos casos.

—Gracias —dijo y dejó que Derec la guiara hasta la habitación.

Basalom les siguió al igual que hicieron las dos máquinas de aprendizaje. Encontraron los restos de la tercera, Lucius, tendido como un pescado rebozado sobre el suelo, justo en la entrada al laboratorio. Parecía como si parte de la batalla hubiera tenido lugar allí también, pero Derec, pasando sobre el cuerpo de Lucius, dijo:

—Imagino que olvidé hacer la limpieza. Central, arregla estas mesas de reconocimiento, por favor. Y ve reabsorbiendo las células perdidas por el suelo. Todas salvo las que corresponden a Lucius, por supuesto.

La arenilla que estaba sobre el suelo alrededor de los pedestales traspasó la superficie y los pedestales se hicieron más altos todos a la vez y se ampliaron por la parte superior hasta formar tres mesas de reconocimiento separadas. Janet hizo un gesto de aprobación mirando a Basalom y dijo:

—Adelántate, colócale sobre una. Después sal y extrae las células que puedas de fuera.

Basalom levantó a Lucius fácilmente con la mano que le quedaba y le depositó en la mesa de en medio, después salió de la habitación. La máquina de aprendizaje con la forma de Ariel se marchó con él. Janet estaba impaciente por hablar con una de ellas, pero imaginaba que habría tiempo para ello más tarde. También estaba impaciente por hablar con Derec, pero estaba ya absorto en la tarea de engancharle a Lucius un suministro de energía variable y un monitor de actividad cerebral.

Suponía que al menos podía ayudarle con eso. Se acercó para quedarse del otro lado de la mesa de reconocimiento enfrente de él y dijo:

—Alrededor de cinco voltios bastarán para su memoria. Si lo mantienes en eso no tendría por qué despertarse e incluso si lo hace, aún estará inmovilizado porque las células del cuerpo necesitan veinte voltios antes de poder moverse.

Derec asintió. El mechón de pelo tieso que salía del lado derecho de su cabeza se movió como la rama de un árbol sacudida por la brisa.

—Bueno —dijo—. ¿Hay algún lugar en especial donde deba colocar los cables? Las pocas veces que he trabajado con estos tipos simplemente los puse donde pude y dejé que las células lo resolvieran todo. Pero no estaba seguro de que esa fuera la mejor forma de hacerlo.

Janet no pudo resistir extender las manos y atusarle el pelo. Derec la miró sorprendido al principio, después sonrió al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Cualquier lugar es bueno —dijo—. Cuando diseñé las células les di el suficiente cableado como para averiguar qué hacer con todos los tipos de datos que muy posiblemente obtendrían.

—Bien.

Observó a Derec sujetar los tres cables de suministro de energía a los extremos de tres brazos diferentes y subir después el voltaje a cinco. Más tarde tomó el sensor con forma de auricular del monitor del cerebro y lo puso sobre el cuerpo poco convencional del robot, buscando su cerebro positrónico. El monitor comenzó a sonar al llegar a la base de uno de los brazos y lo metió en su sitio con una pinza de sujeción debajo y otra encima.

El monitor parpadeó con formas de onda que describían curvas pronunciadas, cientos de ellas uniéndose y llenando la pantalla hasta que esta estuvo cubierta por un amasijo de líneas multicolores.

—Parece que le hemos cogido a tiempo —dijo Derec—. Se ve bastante actividad mental.

Extendió el brazo y puso en marcha un filtro y el barullo de líneas se simplificó hasta convertirse en una manejable media docena o así de formas de onda. No eran verdaderas huellas de voltaje, sino más bien representaciones de actividad en diversos niveles del cerebro, útiles para visualizar ciertos tipos de pensamientos.

Janet frunció el ceño.

—¿Se supone que esas son las Tres Leyes?

—Así es.

Todavía era posible reconocer el esquema como el construido dentro de cada cerebro positrónico en el momento de su fabricación, pero sólo aproximadamente. Cada una de las ondas aparecía en un tono diferente de verde, pero recubriéndolas a todas había dos ondas parejas, una de un violeta intenso que se dividía y volvía a unirse de una manera similar a como lo hacían las Tres Leyes y una de un azul más claro que se entrelazaba con las leyes y se vinculaba con otras señales que aparecían por toda la pantalla. El efecto era como si las ondas violetas y azules estuvieran enredando las leyes a propósito, impidiéndoles alterar su potencial más allá de niveles cuidadosamente delineados. Janet suponía que eso era justo lo que estaban haciendo.

Una analogía visual no siempre funcionaba a la hora de describir los procesos internos de un robot, pero en este caso parecía bastante claro.

—Yo diría que eso explica mucho —añadió Janet.

Derec pasó a otra banda, siguiendo las dos ondas a medida que zigzagueaban desde las Tres Leyes a través de la sección de autoconciencia y dentro de la cola de tareas.

—Parece que ha construido una red bastante densa de racionalizaciones precisamente alrededor de todas las áreas predefinidas de pensamiento —dijo—. El procedimiento de diagnóstico normal sería despertarle y preguntarle qué significa todo eso, pero no creo que queramos hacerlo justo ahora. Adán, tú conoces bien cómo piensa Lucius; ¿entiendes algo?

La máquina de aprendizaje que quedaba se desplazó para colocarse al lado de Derec. ¿Adán? ¿Sabía cuál era el significado de ese nombre cuándo lo eligió o en qué momento se lo habían puesto? Janet supuso entonces que el otro sería Eva. Y este, el renegado, era Lucius. ¿Por qué no se había ido a lo más obvio y se había llamado a sí mismo Lucifer? Se moría de ganas de preguntárselo. Tenía que hablar con ellos pronto.

Como respuesta a la pregunta de Derec, Adán dijo:

—El esquemático potencial violeta corresponde a las Leyes de la Humánica. El azul es la Ley Zeroth de la Robótica.

—¿Cómo dices? —preguntó Janet—. ¿Las Leyes de la Humánica? ¿La Ley Zeroth? ¿De qué estás hablando?

Su máquina de aprendizaje la miró y dijo:

—Hemos intentado desarrollar el conjunto de leyes que gobiernan el comportamiento humano, leyes similares a las que gobiernan el nuestro. Son, por supuesto, meramente descriptivas más que obligatorias, pero sentíamos que entenderlas podría proporcionarnos una comprensión del comportamiento humano del que careceríamos de otra manera. En cuanto a la Ley Zeroth, sentíamos que las Tres Leyes eran insuficientes para definir nuestras obligaciones para con la raza humana en general, así que intentamos definir esa obligación nosotros mismos.

Janet tuvo el cuidado de no expresar la felicidad que sentía por miedo de influenciar al robot de alguna manera, pero por dentro estaba contentísima. ¡Era perfecto! Después de todo, su experimento estaba funcionando. Sus máquinas de aprendizaje habían comenzado a generalizar a partir de sus experiencias.

—¿Y cuál es vuestra conclusión?

—Ten en cuenta que estas leyes describen condiciones potenciales dentro de un cerebro positrónico, así que las palabras son inadecuadas para describirlas perfectamente; sin embargo, pueden ser expresadas aproximadamente como siguen. La Primera Ley de la Humánica: «Todos los seres harán lo que más les guste». La

Segunda Ley de la Humánica: «Un ser racional no puede causar daño a un amigo ni, por omisión, permitir que un amigo sufra daños». La Tercera Ley de la Humánica: «Un ser racional hará lo que un amigo le pida, pero un amigo no puede pedir cosas irracionales» —se detuvo probablemente para darle a Janet tiempo para asimilar el significado de las nuevas leyes.

No estaba mal. No estaba mal en absoluto. Como él había dicho, ciertamente no eran obligatorias en lo que se refería a los humanos, pero Janet dudaba de que ella misma pudiera haberlo hecho mejor.

—¿Y cuál es vuestra Ley Zeroth? —preguntó.

—Esa es mucho más difícil de expresar en palabras, pero una buena aproximación sería que cualquier acción debería servir al mayor número de personas posible —Adán señaló con un movimiento de la cabeza a Lucius—. Lucius ha llevado la Ley un paso más allá de lo que Eva o yo lo hemos hecho, y creemos que eso es lo que le ha llevado a hacerle lo que le hizo al doctor Avery. Cree que el valor de los humanos en cuestión debería ser también tenido en cuenta.

Eva. Había adivinado bien.

—¿Y tú no?

Adán elevó sus brazos con las palmas de sus manos hacia arriba. A Janet le llevó un momento interpretarlo como el equivalente a encogerse de hombros, ya que nunca había visto a un robot utilizar ese gesto antes. Adán dijo:

—Estoy... incómodo con la subjetividad del proceso. Había esperado encontrar un principio operativo más definitivo.

—Pero Lucius está satisfecho con él.

—Ese parece ser el caso.

—¿Por qué supones que él lo está y tú no?

—Porque —dijo Adán, titubeando de nuevo—, porque cree que es humano.

Si el robot pensaba que la sorprendería con esta revelación, iba a sentirse defraudado. Janet había esperado que pasara algo así desde el principio; de hecho, de alguna forma, era el propósito del experimento. Esperó impacientemente la pregunta que venía a continuación.

Adán no la defraudó. La miró directamente a los ojos con los suyos metálicos y dijo:

—Cada uno de nosotros ha tenido que enfrentarse con esta pregunta desde que nos despertamos, pero ninguno ha sido capaz de responderla de forma enteramente satisfactoria. Pero usted nos creó. Por favor, díganos: ¿somos humanos?

Janet utilizó el mismo gesto con las palmas en alto que Adán había usado.

—No lo sé. Dímelo tú.

Adán reconoció la súbita oleada de potenciales en conflicto como lo que era:

frustración. Había experimentado la suficiente en su corta vida como para reconocerla cuando aparecía. Esta vez la frustración de creer que su búsqueda de la verdad había terminado y darse de repente cuenta de que no era así.

Sintió por un momento ganas de atenerse a la Segunda Ley y responder a su pregunta con una simple declaración, pero lo apartó de su mente fácilmente. Era evidente que ella quería más que eso y él también. Quería ver el razonamiento que había detrás de su posición; quería ver si ese razonamiento podía resistir su escrutinio.

Abrió un canal de transmisión con Eva y le explicó la situación. Juntos intentaron establecer un vínculo con Lucius, pero evidentemente los cinco voltios que Derec le estaba suministrando no eran suficientes para despertarle. Tendrían que pasar sin su aportación. Adán no estaba tan decepcionado: el razonamiento de Lucius le había llevado a violar la Primera Ley.

Janet estaba esperando la respuesta de Adán. Cuidadosamente, consultando a Eva a cada instante, comenzó a describir la lógica que les había llevado a la conclusión de que cualquier ser orgánico inteligente tenía que ser considerado humano. Comenzó por su propio despertar en Tau Puppis IV y siguió con el incidente con los ceremiones, los experimentos de Lucius para crear seres humanos en Robot City, el regreso de los robots a Tau Puppis y sus relaciones con los seres-lobo hasta su encuentro final con Aránimas. Explicó cómo cada encuentro con un ser alienígena reforzaba la creencia de los robots de que la forma del cuerpo no marcaba ninguna diferencia en relación a la humanidad esencial de la mente que había dentro, y como esos mismos contactos habían determinado incluso que las diferencias en el nivel de inteligencia y en el de los avances tecnológicos pareciese de importancia cuestionable.

A lo largo de su exposición, Adán trató de juzgar la reacción de Janet por la expresión de su cara, pero esta no dejaba entrever nada. Simplemente asintió con la cabeza de vez en cuando y dijo:

—Por ahora te voy siguiendo.

Al final llegó al concepto de «vitalismo», la creencia de que los seres orgánicos eran de alguna manera inherentemente superiores a los electromecánicos y cómo los robots no podían encontrar ninguna prueba de su validez. Terminó con:

—Esa falta de pruebas llevó a Lucius a concluir que el vitalismo era falso y que los robots podían por lo tanto ser considerados humanos. Ni Eva ni yo ni Mandelbrot, por el mismo motivo, éramos capaces de convencernos de esto, y ahora que la creencia de Lucius le ha llevado a herir a un humano, nos sentimos incluso más incómodos por ello. No sabemos qué creer.

Adán esperó impaciente su respuesta. Seguramente le respondería ahora, después de que le hubiera expuesto su lógica de una forma tan meticulosa.

Su nivel de frustración alcanzó un nivel más alto aún cuando ella simplemente puso una sonrisa enigmática y dijo:

—Estoy segura de que lo averiguaréis.

Derec se sentía tan frustrado como Adán. Había esperado que encontrar a su madre desataría algunos recuerdos en su cerebro amnésico, pero hasta ahora nada había salido del encuentro excepto una vaga sensación de familiaridad que podía ser fácilmente atribuible a la similitud que guardaba con Avery.

Ella se parecía a él de muchas maneras. Él era un roboticista competente y ella también. Avery nunca divulgaba información a nadie si podía evitarlo y evidentemente lo mismo hacía ella. Avery estaba siempre poniendo a prueba a alguien y aquí estaba ella, guiando a Adán cuando era obvio que ella no sabía tampoco la respuesta a su pregunta.

Echó un vistazo al monitor para comprobar si la señal era más clara. Mientras Janet y Adán habían estado hablando, él había estado intentando rastrear otro patrón de potencial desconocido en el cerebro de Lucius, este correspondía a un brillo amarillo poco claro que rodeaba un nivel entero de actividad, pero el circuito de rastreo del monitor no podía aislar el pensamiento que representaba. Lo que fuera que mostraba, no casaba con los patrones estándar de pensamiento robótico.

Escuchó a Janet decir: «Estoy segura de que lo averiguaréis» y a partir de ahí empezó a hablar.

—Adán, quizá me puedas ayudar a resolver esto. ¿Qué representa ese esquema?

Adán miró al monitor.

—No lo reconozco —dijo.

—¿Puedes copiarlo y decirme qué es lo que hace?

—No quiero contaminar mi mente con los patrones de pensamiento de Lucius.

—Entonces almacénalo temporalmente.

Adán miró como si fuera a protestar por algo más, pero bien la Segunda Ley de la Robótica o su creencia de que Derec seguiría la Tercera Ley de la Humánica le hicieron obedecer. Fijó su mirada en el monitor por un momento y después miró hacia otro lado, hacia la pared.

Derec se preguntaba qué era lo que había tan interesante de repente sobre la pared. Adán no parecía inclinado a darle ninguna pista tampoco; simplemente se quedó allí cerrando y abriendo los puños.

Entonces Derec se dio cuenta de lo que estaba detrás de la pared. Justamente al otro lado quedaba el hospital donde Avery estaba siendo operado.

—Borra ese esquema —ordenó y Adán se relajó—. ¿Qué era?

Adán se volvió para mirar a Derec y Janet de nuevo.

—Era un potencial como los que he terminado por asociar con emociones —dijo

—. No obstante, nunca había sentido este antes. Era una inclinación negativa no especificada sobre todos los pensamientos que tenían que ver con el doctor Avery.

Derec miró a Janet, vio que tenía puesta una expresión de triunfo. Adán la vio también.

—¿Cómo puedes aprobarlo? —preguntó—. Nunca había sentido esta emoción antes, pero sé lo que debía ser. Lucius estaba enfadado. Considerando el grado de inclinación negativa y la influencia última que tenía sobre sus acciones, diría que estaba furioso.

—¿Qué cosa hay que un humano puede hacer y un robot no? —preguntó Janet en respuesta.

—Deseas que diga «sentir emoción» —dijo Adán— pero eso es incorrecto. Cada robot experimenta un grado de inclinación potencial sobre varios temas. Si deseas llamarlo emoción, puedes hacerlo, pero es meramente el resultado de la experiencia de fortalecer ciertos senderos positrónicos en el cerebro a expensas de otros.

—Y todo lo que conoces procede de la experiencia, ¿verdad?

—Casi todo, sí.

—¿Entonces?

Derec podía ver adónde les estaba llevando su discusión.

—¡*Tabula rasa*! —exclamó. Vio una compresión instantánea escrita en la sonrisa de Janet, pero Adán siguió sin moverse. Derec continuó—: «*Tabula rasa*» significa «página en blanco». Es una metáfora para el estado en el que se supone que comienza una mente humana antes de que una experiencia empiece a grabar su personalidad en ella. Ese es un lado del argumento naturaleza-versus-naturaleza para el desarrollo de la conciencia. Papá me dijo eso hace un par de semanas, pero él estaba hablando de borrar el ordenador central de la ciudad en el planeta de los seres-lobo y yo no establecí la conexión —se dio la vuelta para mirara a su madre—. Eso es lo que estás intentando probar con Adán, Eva y Lucius, ¿no? Estás intentando demostrar que el argumento de la *tabula rasa* es válido.

—Sí, confieso que soy culpable —dijo ella.

—¿Estabas intentando producir mentes humanas? —preguntó Adán.

Janet daba la impresión de no ir a responder, pero después de un momento suspiró y dijo:

—Ah, qué demonios. Parece que ese aspecto del experimento ha terminado de todas formas. Sí, esa era una de las cosas que estaba intentando hacer. Estaba intentado crear inteligencia. Os di lo que consideraba que era el mínimo necesario en un robot: curiosidad y las Tres Leyes y os dejé sueltos para ver si alguno de vosotros se convertía en algo más. Por supuesto, no contaba con que todos vosotros acabaríais juntos, pero eso no parece haber constituido un inconveniente. Todos vosotros habéis superado con creces lo que esperaba. Bienvenidos a la raza humana —extendió su

mano.

Adán alargó la suya con cuidado, como si después de todo este tiempo pasado buscando la verdad ahora no estuviera seguro de querer el honor que ella concedía. Tomó su mano entre las suyas y la estrechó con suavidad y, sujetándola todavía, preguntó:

—¿Qué pasa con Basalom?

Janet movió la cabeza.

—El jurado está todavía deliberando. Creo que le di demasiada programación inicial para que desarrollara una programación humana.

—Pero ¿no estás segura?

—No, no estoy segura. ¿Por qué?

—Porque si no estás segura, entonces tampoco Lucius podía estarlo y tenía razón al proteger la vida de Basalom.

Derec tenía que admitir que el argumento de Adán tenía sentido. Así que, ¿por qué le ponían los pelos de punta? Miró de nuevo al monitor, vio el borroso brillo amarillo que según Adán indicaba enfado. Esa era la razón. Con sólo cinco voltios que llegaban a su cerebro, Lucius estaba efectivamente en un estado de animación suspensa por el momento. Todavía estaba furioso con Avery y si le despertaban podía muy bien seguir furioso. Si iban a reanimar al monstruo de Frankenstein, Derec quería calmarle primero por lo menos. Si era posible, quería hacer incluso algo más.

—¿Qué podemos hacer para asegurarnos de que no ocurra de nuevo? —preguntó en voz alta.

—Tratarle mejor —dijo Janet—. Seguir las Leyes de la Humánica que establecieron para nosotros.

Derec no pudo reprimir una risa sarcástica.

—Eso puede estar bien para nosotros, pero ¿qué pasa con papá? No va a hacer nada que no quiera hacer.

Su madre echó la cabeza hacia atrás, agitando su pelo rubio sobre los hombros.

—Déjame a tu padre a mí.

Avery se levantó de la anestesia con la impresión de que su lengua se había hinchado hasta hacerse dos veces su tamaño normal. Intentó tragar, pero su boca estaba también seca para hacerlo. Su visión era también borrosa y cuando intentó levantar su mano derecha para restregarse los ojos, esta no respondió.

Estaba en baja forma, eso estaba claro. ¡Maldito sea ese robot entrometido! Maldito él y maldita Janet por construirle.

Evidentemente estaba sentado en la cama a juzgar por las pocas claves somáticas que podía reunir. Abrió la boca y usó su lengua hinchada y su boca seca para decir con voz ronca una única palabra:

—Agua.

Oyó el suave sonido del cristal, el bendito borboteo húmedo de líquido que alguien le servía y entonces, una figura oscura se inclinó sobre él y le llevó el vaso a los labios. Le dio un sorbo, parpadeando mientras hacia un esfuerzo para aclarar su vista de manera que pudiera ver a su benefactora.

Ella habló y le ahorró el esfuerzo de la identificación.

—Bien, Wendy, parece que tenemos mucho de lo que hablar y finalmente mucho tiempo para hacerlo.

Apartando la cabeza del vaso, dijo:

—No tenemos nada de qué hablar —aunque se oyó más como: «No teemo naa ee que habaa».

De todas formas ella le entendió.

—Ah, sí, sí tenemos. Estamos nosotros por ejemplo. No puedo creer que haya sido sólo pura coincidencia lo que nos ha hecho reunimos después de todo este tiempo.

Avery parpadeó unas pocas de veces más y su visión finalmente empezó a aclararse. Janet estaba sentada en un taburete al lado de su cama, llevaba puesto un mono enterizo que se cerraba con una cremallera que llegaba hasta el cuello y que ella había bajado estratégicamente. «Contrólate», pensó a medida que sus ojos se posaban en el objetivo que ella proporcionaba.

Ella sonrió sin duda reconociendo su ligera victoria.

—No sé de qué estás hablando —dijo precavido.

Su sonrisa nunca vaciló.

—Creó que sí.

Llevó el vaso a sus labios y le dejó beber otra vez mientras decía:

—Enfréntate a ello; todo este proyecto de ciudad tuyo parece casi diseñado para atraer mi atención. No pensarías realmente que lo ignoraría una vez que oí hablar de él, ¿verdad?

La lengua de Avery parecía volver a la normalidad. Cuando Janet retiró el vaso dijo:

—Intenté no pensar en ti en absoluto.

—No funcionó, ¿verdad? Yo intenté lo mismo.

Su pregunta le hizo sentirse indiscutiblemente incómodo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó—. No voy a aceptarte de nuevo, si es eso lo que pretendes.

—No te he pedido nada parecido —dijo frunciendo el ceño.

—¿Qué entonces?

Janet dejó el vaso sobre una mesa.

—Ah, Wendell. Siempre negocios. Está bien, entonces, empezaremos con mis

máquinas de aprendizaje. Quiero que las dejes en paz.

—Te dije que lo haría antes de que hicieras que Lucius me atacara. Me alegraría poder librarme de ellas.

—Yo no hice que Lucius te atacara. Decidió hacerlo por su cuenta. Teniendo en cuenta tu provocación, pienso que demostró un autocontrol admirable.

—Hirió a un humano para proteger a un robot. ¿Llamas a eso autocontrol? —Avery se miró la mano derecha, encontró la razón por la cual no respondía. Estaba recubierta de una funda de dianita que iba desde su codo hasta el final de sus dedos, cada uno de ellos sobre un control deslizante encajado. Sin duda diminutas células robot estaban también ocupadas dentro de su brazo reparando el daño que Lucius había hecho.

—Hirió a un humano para proteger a otro humano —dijo Janet— o eso pensó. Evidentemente eso es un truco que tú le enseñaste.

—Otro de mis muchos errores.

Janet se rio.

—Vaya, cómo nos cambia el tiempo. El Wendell Avery que conocía jamás hubiera admitido un error.

—Y la Janet Anastasi que yo conocía no podía haberse ocupado de un robot más de lo que se ocupaba de su hijo.

Se puso colorada; le había marcado un tanto. Aunque no se acobardó.

—Hablemos de David por un minuto —dijo—. Le borraste su mente después de que yo me fuera. ¿Te importaría decirme por qué?

Avery miró a su alrededor en busca del robot médico, pensando que quizá pudiera decirle que estaba fatigado y así hacer que sacara a Janet de allí, pero no había ningún robot a la vista. Sin duda les había dado alguna línea de racionalización para convencerle de que los dejaran solos. Deseó haber tenido la precaución de esconder una Llave de Perihelion en sus bolsillos; de buena gana se hubiera arriesgado con el aparato de teletransporte en lugar de hacer frente durante más tiempo a las preguntas de Janet. Pero parecía que iba a tener que hacerlo. No daba la impresión de que estuviera preparada para dejarle escapar del anzuelo justo entonces.

Suspirando derrotado, dijo:

—Desearía poder decírtelo. Me... temo que me volví un poco loco durante un tiempo. Él afirma que yo le dije que fue una prueba para ver si era digno de heredar mis ciudades, pero no sé si era realmente eso o si tenía un motivo diferente.

—No supones que pudieras haber estado intentando eliminar los recuerdos que tenía de mí, ¿verdad?

Avery se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Posiblemente. Estaba bastante... enfadado contigo.

—Ah, sí, los enfados. Hacen que la gente haga cosas de las que después se

arrepienten. Regresaremos a eso en un minuto, pero no cambiemos de tema todavía. Tú y Derec habíais arreglado las cosas entre vosotros otra vez, ¿no? Os llevabais bastante bien. ¿Qué pasó con eso?

—Traicionó mi confianza —dijo Avery. Le salió la voz ronca y extendió la mano izquierda para beber más agua.

Mientras le servía, Janet preguntó:

—¿Cómo te traicionó? ¿Qué es lo que hizo?

Avery aceptó el vaso de agua y se bebió la mitad de su contenido en dos tragos.

—Convirtió mi ciudad en un zoológico, eso es. Peor, la convirtió en la caricatura de un zoológico. A mis espaldas.

La risa de Janet fue pura burla.

—¿Estabas dispuesto a sacrificar todo lo que has ganado con él sólo por eso?

—No fue el hecho en sí mismo, sino la traición.

—Que no puedes perdonar. Ni siquiera después de todo lo que le hiciste y todo lo que él ha tenido que perdonar.

Avery se bebió el resto de su agua de un sorbo. No tenía respuesta para ella. Estaba pensando en todas las veces en las últimas pocas semanas en las que había intentado abrirse a Derec para compensarle por sus anteriores fallos como padre. En aquel momento le parecía la cosa más difícil que había hecho nunca, por eso era por lo que el repentino descubrimiento del subterfugio de Derec le había afectado de la manera en la que lo había hecho.

Janet se levantó de su taburete y se quedó de pie junto a la cama, mirándole con ojos de enojo.

—No regresaría contigo incluso aunque me obligaras. ¿Por qué crees que te dejé? Porque nunca podías olvidar nada, justamente por eso. El más mínimo error y te pasabas dolido una semana, y no digamos si cometía uno grande. ¿Es acaso extraño que aprendiera a preferir la compañía de los robots? —se dio la vuelta y anduvo hacia la ventana que separaba la sala de operaciones del resto del hospital. Más allá, Derec y Ariel estaban discutiendo sobre algo con el robot médico. Janet dijo—. Has aprendido a reconocer tus propios errores, ¿acaso no es el momento de que aprendas a perdonar a los demás por los suyos?

—¿Es eso lo que quieres de mí, entonces? ¿Quieres que perdone a nuestro hijo por su... error?

Janet se dio la vuelta para mirarle a la cara.

—Así es, quiero que le perdones. Ni siquiera pienso que haya cometido un error, pero eso no tiene nada que ver. Hacerlo te sentará bien, porque cuando termines de perdonar a David, entonces quiero que perdones a Lucius también por lo que hizo.

Avery buscó signos de que aquello era una broma, pero parecía ir en serio. Resopló.

—No se perdona a un robot. Los fundes y empiezas de nuevo, que es lo que tenía que haber hecho con tus tres robots cuando los encontré.

—Hubieras cometido un asesinato si lo hubieras hecho. De hecho, según David, casi fue eso lo que hiciste. Si él no los hubiera revivido, hubieras sido culpable de eso también.

—Janet, pienso que has estado lejos de la compañía humana demasiado tiempo. Son robots.

—Tienen mentes inteligentes y ávidas por aprender. Experimentan emociones. ¿Sabes lo que estaba pasando en la mente de Lucius cuando te vio de nuevo? Estaba enfadado. Furioso, a decir de Adán. ¿Te parece que eso es un robot?

Avery agitó el brazo libre.

—Oh, sabes de sobra que son excelentes imitadores. Hiciste un trabajo estupendo con ellos en ese sentido. Pero no hay manera de que sean algo más que robots. Tienen cerebros positrónicos, cielos. Es como... —buscó un ejemplo tan improbable como un robot convirtiéndose en humano—. Ah, es como el precioso ecosistema de Derec justo sobre nuestras cabezas. La mayoría de los árboles son robots. Hacen casi todo lo que un árbol puede hacer, incluido alimentar a los pájaros, pero ¿podrías seriamente sugerir que alguno de ellos es realmente un árbol? No tiene sentido. Son robots, igual que tus máquinas de aprendizaje.

Janet se sentó en un taburete y cogió el vaso vacío de Avery.

—Creo que esto no es más que una discusión semántica. Mis robots pueden no ser humanos en el sentido más técnico de la palabra, pero en todos los sentidos que importa lo son. Son tan humanos como los alienígenas que has conocido y les has concedido estatuto humano a la mayoría de ellos.

—A regañadientes —gruñó Avery. Recordaba un pensamiento anterior y preguntó—. ¿Era eso lo que estabas intentando hacer? ¿Crear tus propios alienígenas?

—Estaba intentando crear una verdadera inteligencia de cualquier tipo. Alienígena, humana, no me importaba. Sólo quería ver lo que conseguía.

—Y crees que conseguiste ambas —Avery no lo convirtió en una pregunta. Se pasó la mano por el pelo, después soltó un largo suspiro—. No me importa. Estoy cansado. Llámalos como quieras si te apetece, pero mantenlos a distancia de mí. Tan pronto como esto se cure —asintió mirando hacia su brazo derecho— me marché de todas formas y puedes hacer lo que desees.

Janet movió la cabeza.

—No, tú no vas a ninguna parte hasta que nos pongamos de acuerdo. Hay muchas más cosas de las que tenemos que hablar además de sobre mis máquinas de aprendizaje. Tampoco me gustan mucho tus ciudades.

—¡Cómo que puedes hacer mucho sobre eso! —dijo Avery.

Janet sonrió dulcemente, pero sus palabras se le clavaron como una daga de hielo.

—Oh, bien, de hecho, sí lo hay. Creo que es hora de que sepas que patenté con mi nombre el concepto entero, desde la célula de dianita hacia delante...

Mensaje en una botella

El apartamento estaba vado cuando Wolruf llegó. Atravesó sin hacer ruido la sala de estar y se fijó en el lector de libros de Ariel que estaba en la mesita junto a su silla y al cubículo vacío que normalmente ocupaba Mandelbrot, después entró en el estudio de Derec y vio la cama aún deshecha tras dormir en ella. El terminal del ordenador estaba todavía encendido. No vio ninguna taza que lo probase, pero el aire acondicionado todavía no había borrado el aroma del café derramado.

—¿Dónde está todo el mundo? —le preguntó a la habitación.

—La localización de Derec y de Ariel es material restringido —respondió Central.

Oh, estupendo. Ahora todos habían desaparecido. A menos que...

—¿Están todos en la misma localización restringida de antes? —preguntó.

—Afirmativo.

Wolruf lanzó una carcajada. Estaba aprendiendo a tratar con estas pseudo-inteligencias. Se detuvo en su habitación el tiempo suficiente para refrescarse, después se marchó del apartamento y subió a la cinta deslizante.

En el laboratorio de robótica encontró no sólo a Derec y a Ariel, sino también a una desconocida que tenía que ser la madre de Derec. Este estaba ocupado con la forma humaniforme a la que Wolruf había intentado dar caza la última vez que estuvo en las proximidades de este lugar. Intentaba quitarle el muñón del brazo herido y por la expresión de su rostro parecía que no estaba teniendo mucho éxito. Ariel le ayudaba sujetando una luz y la madre de Derec, mientras tanto, le ofrecía consejo.

—Intenta meter la mano para buscarlo —dijo.

Obedientemente Derec introdujo la mano a través de la trampilla de acceso situada en el pecho del robot, palpó dentro buscando algo y sacó su mano súbitamente.

—¡Ay! ¡Todavía hay corriente ahí dentro!

—No la suficiente para herirte —dijo su madre pacientemente—. No cuando está en modo de alerta como ahora. ¿Quieres que lo haga yo?

—No, voy a conseguirlo.

Derec metió la mano dentro de nuevo, pero se detuvo al oír la risa de Wolruf. Miró hacia arriba y la vio en la puerta de entrada.

—Hola.

—Hola —sonriendo, Derec retiró su mano del robot e hizo un gesto con ella para saludarla—. Mamá, esta es mi amiga Wolruf. Wolruf, esta es mi madre, Janet Anastasi.

—Encantada de conocerla —dijo Wolruf dando un paso hacia adelante y extendiendo una mano.

Janet parecía todo menos contenta de hallarse tan pronto en presencia de una alienígena, pero tragó saliva y estrechó el apéndice que le ofrecían.

—Igualmente —dijo.

Wolruf le estrechó la mano. Al mirar por encima del hombro de Janet, vio un grupo de cuatro robots en la esquina más alejada del laboratorio: tres máquinas de aprendizaje y Mandelbrot. Parecían estar en bloqueo comunicativo. Haciendo un gesto con la cabeza dirigido a ellas dijo:

—Oír yo que Lucius hacer daño a Avery.

—Es cierto —dijo Ariel—, estaba intentando proteger a Basalom. Le tenemos en psicoterapia, si es que se puede llamar psicoterapia a cuatro robots discutiendo. Están intentando convencerle de que está todo arreglado.

—¿Y ser así? —preguntó Wolruf.

—Bueno, el hecho en sí no estuvo bien —dijo Derec—, pero la lógica que utilizó era correcta. Sólo cometió un error, eso es todo: pensó que estaba protegiendo a un humano.

Derec explicó en líneas generales la lógica que Lucius había utilizado, incluidas las consideraciones de la Primera Ley y de la Ley Zeroth, que le habían hecho obrar finalmente como lo hizo.

Wolruf escuchó con preocupación creciente. La Ley Zeroth era precisamente lo que esperaba que le asegurase que llevar robots a casa con ella no destruiría la sociedad de su mundo natal, pero si esa misma ley permitía que un robot hiriese a su amo, entonces no podía entender cómo podía ser algo bueno.

—No saber —dijo—. Sonar a mí a un mal intercambio.

—¿Porqué? —preguntó Janet.

—Yo preguntarme a mí misma sobre lo útil que ser todo esto. Ahora mismo no estar segura de los robots corrientes, menos aún de los que pensar que ser humanos.

—¿Por qué no estás segura?

¿Estaba la madre de Derec simplemente siendo educada o realmente quería saberlo? Wolruf se preguntaba si era el momento de hablar de ello, sacar el tema de que se quería marchar a casa y dar a conocer las razones que la hacían dudar, pero suponía que no habría un momento mucho mejor. Sabía lo que Derec y Ariel pensaban sobre el tema; quizá esta tal Janet tendría algo nuevo que decir.

—No estar segura sobre llevar ninguno de estos robots a casa conmigo —dijo Wolruf—. No estar segura sobre lo que poder decidir hacer por su cuenta y no estar segura de lo que poder pasar a nosotros si ellos sólo seguir órdenes.

—No lo entiendo.

—Está hablando de proteger a la gente de sí mismos —dijo Ariel.

—¿Estar yo?

—Claro que sí. Yo también he estado pensado en ello. El problema con las ciudades robot es que son demasiado receptivas. Cualquier cosa que quieras que hagan, la harán, siempre y cuando no dañe a nadie. El problema está en que no rechazan ideas estúpidas y en que no piensan por adelantado.

—Ese es el trabajo de la gente —dijo Janet.

—Ser justo lo que uno de los robots decir a mí en la selva —dijo Wolruf—. El problema es que la gente no siempre hacerlo o que cuando darse cuenta de que cometer un error, es demasiado tarde.

Janet miró a Derec.

—Vas por ahí con un grupo bien pesimista.

—Creo sinceramente que lo superarán —dijo sonriendo—. Estas ciudades nos las han jugado más de una vez. Casi siempre ha ocurrido algo como eso de lo que están hablando. Entienden las cosas demasiado literalmente o no las piensan del todo.

—¿No se supone que tendría que ser el ordenador central quien se ocupara de eso?

—El ordenador central realmente está para coordinar las cosas —dijo Derec—. Es sólo un gran ordenador, con poca capacidad de adaptación.

Miró a Basalom de nuevo, le hizo un gesto con la cabeza a Ariel para que encendiese otra vez el foco y observó detenidamente dentro del hombro del robot. Después de un rato, encontró lo que estaba buscando, metió la mano con cautela y resopló por el esfuerzo de empujar hacia un lado algo que se le resistía, pero cedió con un repentino clic y el muñón del brazo del robot saltó arrastrando consigo varios cables.

—También hay un comité de robots supervisores —dijo Ariel—, pero tampoco hacen ninguna planificación a largo plazo. Y todos ellos están sujetos a las Tres Leyes, así que cualquier persona que quiera podría ordenarles cambiar algo y a menos que hiriese claramente a alguien, tendrían que hacerlo.

—Sin importar lo estúpido que fuera —dijo Janet.

—Exacto —Derec desconectó los cables que conectaban la parte superior del brazo de Basalom y el resto de su cuerpo.

Janet miró pensativa.

—Mmm —dijo—. Suena a que lo que necesitan estas ciudades es un alcalde.

—¿Un alcalde? —preguntó Wolruf.

—Una antigua costumbre humana —respondió Janet—. Un alcalde es una persona que está a cargo de una ciudad. Lo que se espera de él o de ella es que tome decisiones que afectan a la ciudad entera y a todos los que viven en ella. Se supone que se preocupan del bienestar de su pueblo, así que idealmente toman las mejores decisiones que pueden para el mayor número de gente posible y durante el periodo de

tiempo más largo posible.

—Idealmente —gruñó Wolruf—. Nosotros saber lo al pie de la letra que la gente seguir sus ideales.

—La gente, por supuesto —Janet hizo un gesto con la mano señalando a los cuatro robots de la esquina—. Pero ¿qué pasa con los idealistas entregados a su trabajo?

Ariel estaba tan sorprendida que tiró el foco. Este hizo un ruido al chocar contra el suelo y se apagó, pero para cuando se agachó para recogerlo estaba totalmente reparado y encendido de nuevo.

—¿Ocurre algo malo, querida? —le preguntó Janet.

—¿Dejarías a alguno de ellos a cargo de la ciudad?

—Sí, lo haría.

—¿Y vivirías aquí?

—Claro. No son peligrosos.

—¡Qué no son peligrosos! ¡Mira lo que...!

—Lucius tomó la decisión adecuada, por lo que a mí respecta.

—Tal vez —dijo Ariel—. Lo que me preocupa es el proceso mental por el que pasó para hacerlo. —Apagó la luz; Derec no estaba trabajando ya en Basalom de todas formas. Estaba mirando a Ariel y a Janet como si no hubiera oído discutir a dos personas antes. Ariel ignoró su mirada de sorpresa y dijo:

—El mayor bien para la mayor cantidad de gente posible. Eso se podría traducir fácilmente como «el fin justifica los medios». ¿Estás sugiriendo en serio que ese es un principio operativo viable?

—No estamos hablando de la Inquisición —dijo Janet.

—¿Y qué si lo hiciéramos? ¿Qué ocurriría si el mayor bien significase matar al cuarenta y nueve por ciento de la población? ¿Y si supusiese matar sólo a uno? ¿Es que vas a decirme que está bien matar a una sola persona sólo para hacerle la vida más fácil al resto?

—No seas ridícula. No estamos hablando de eso en absoluto.

Ariel tuvo que esforzarse a conciencia para bajar la voz.

—Sí lo es. Finalmente ese tipo de situación va a surgir y me aterroriza enormemente lo que uno de esos robots decidiría hacer al respecto.

Janet frunció la boca.

—Bien —dijo—, ¿por qué no le preguntamos entonces?

Lucius buscó la cámara de contención magnética que estaba seguro debía de hallarse esperándole en algún lugar. Al no encontrar ninguno, buscó los signos reveladores de un cañón láser escondido detrás de una de las paredes. Tampoco lo encontró, pero sabía que debía de haber algo que no alcanzaba a ver, alguna manera para

inmovilizarle instantáneamente si respondía mal. La situación era obviamente una prueba y el precio de cometer cualquier error era, sin duda alguna, su vida.

Le habían sacado del bloqueo comunicativo para bombardearle inmediatamente después con preguntas, la última de las cuales era la más extraña que le habían hecho nunca. Ni siquiera sus hermanos le habían hecho una pregunta así jamás.

—Permíteme que me asegure de que te entiendo —dijo—. ¿La persona en cuestión no es un criminal? ¿No ha hecho ningún mal? ¿Aún así su muerte beneficiaría a la población entera de la ciudad?

—Exacto.

Los indicadores de estrés de Ariel eran anormalmente elevados pero, de todas formas, Lucius se atrevió a hacerle la siguiente pregunta.

—¿Cómo podría ser eso?

—Eso no importa. Lo importante es la cuestión filosófica que hay detrás. ¿Matarías a esa persona para hacerles la vida mejor a todos los demás?

—Tendría que saber de qué manera haría sus vidas mejor.

—Estamos hablando hipotéticamente —dijo Janet—. Simplemente asume que lo hace.

—*¿Tenéis una idea de cuál es la intención que hay detrás de todo esto?* —preguntó Lucius a través del transmisor. Quizá estaba haciendo trampa, pero nadie le había prohibido consultar a los otros robots. Era una pena que Basalom no estuviera en línea, sus experiencias con Janet podían proporcionarle una pista sobre la respuesta adecuada.

Ni Adán ni Eva respondieron, pero Mandelbrot sí.

—*Ayer escuché a Ariel y a Wolruf discutir sobre los posibles efectos de una ciudad robot en el mundo de Wolruf. A Wolruf le preocupaba que el uso de robots desproveyera a su gente de la habilidad de pensar y actuar por sí mismos. Tal vez esta pregunta surgió a partir de esa preocupación.*

—*Creo que hay algo más que eso* —transmitió Lucius—. *Central, ¿puedes reproducir la conversación que llevó a esta pregunta?*

Los robots recibieron la conversación en milésimas de segundo, pero les llevó mucho más tiempo ponerla en orden. Al final Lucius dijo:

—*Creo que ahora está claro. Les preocupan las implicaciones morales de un sacrificio no deseado.*

—*Estamos de acuerdo* —dijeron los demás.

—*¿Tenemos algún precedente a nuestro favor?*

—*Posiblemente* —dijo Eva—. *Podía haber habido gente inocente en la nave de Aránimas. Sabemos que Aránimas hacía esclavos. Aún así destruirla para salvar una ciudad llena de seres lobo seguía siendo una solución adecuada.*

—*Eso no casa del todo con la pregunta que se nos pidió considerar* —dijo Adán

—. Una analogía mejor podría ser preguntar: ¿qué ocurriría si la nave hubiera sido tripulada sólo por gente inocente?

—La gente inocente no se hubiera puesto nunca en esa situación por sí misma —respondió Lucius.

Mandelbrot dijo:

—Aránimas podría fácilmente haber lanzado un avión teledirigido con prisioneros a bordo.

—Después los prisioneros tendrían que haber sido sacrificados —dijo Lucius enseguida—. No serían más inocentes que la gente en la superficie.

—Estamos de acuerdo —dijeron los otros robots.

—Quizá comienzo a ver el dilema moral aquí —dijo Lucius—. ¿Qué pasaría si la gente en la superficie fuera de alguna manera menos inocente?

—¿Cómo podría ser? —preguntó Eva.

—Supongamos que ellos de alguna manera atrajeron deliberadamente a Aránimas a sabiendas de que era peligroso.

—Eso sería una locura.

—Los humanos hacen locuras con frecuencia. Imagina que lo hicieran. ¿Se merecerían entonces su destino?

—Eso es un juicio de valor —dijo Adán.

—Nos han invitado a que hagamos uno —respondió Lucius.

—Desafortunadamente es así. Siguiendo tu lógica, entonces tendríamos que concluir que el concepto de valor individual implica que los humanos sean responsables de sus acciones. Los habitantes de la ciudad serían por lo tanto responsabilizados por sus propios actos y por lo tanto merecerían su destino. Si el prisionero fuera verdaderamente inocente y los habitantes de la ciudad no lo fueran, entonces la ciudad tendría que ser sacrificada.

—Estoy de acuerdo —dijo Lucius—. ¿Eva? ¿Mandelbrot?

—También estoy de acuerdo —dijo Eva.

—Desearía que no me hubieran hecho esta pregunta nunca —envió Mandelbrot—. En este caso en concreto estoy de acuerdo muy a mi pesar, pero todavía no creo que responda a la pregunta de Ariel ¿Qué ocurriría si la muerte del prisionero inocente simplemente mejorase las vidas de los igualmente inocentes habitantes de la ciudad? Para usar la analogía de Aránimas, ¿qué ocurriría si la nave estuviera cargada de virus de la gripe en lugar de plutonio? ¿Sería todavía aceptable destruirla?

—No —dijo Lucius—. La gripe es únicamente una incomodidad temporal salvo en casos extremadamente infrecuentes.

—Una enfermedad peor entonces. Una enfermedad que te deje lisiado, pero que no mate.

—¿Cómo de lisiado? ¿Qué alcance tendrían sus efectos? ¿Se resentiría la producción de comida y por lo tanto la gente se moriría de hambre más tarde? ¿Morirían los supervivientes prematuramente a causa de complicaciones provocadas por la amargura de su pérdida? Debemos saber estas cosas también a la hora de tomar una decisión.

—Entonces debemos dar una respuesta cualificada —dijo Mandelbrot.

—Sí. Deséame suerte —dijo Lucius.

No debían de haber pasado más de dos segundos mientras se desarrollaba el diálogo. En voz alta, Lucius le dijo a Ariel:

—Hemos tenido en cuenta tres casos concretos. En el caso de una ciudad en peligro mortal, si la persona en cuestión no fuera completamente inocente respecto al tema en cuestión pero el resto de los habitantes de la ciudad lo fueran, entonces la persona tendría que ser sacrificada. Sin embargo, si la persona fuera completamente inocente pero los habitantes de la ciudad no lo fueran, entonces el bienestar de la ciudad no podría adquirir precedencia bajo ninguna condición que supusiese la muerte de la población entera de la ciudad. Ten en cuenta que un solo ocupante inocente de la ciudad cambiaría la decisión. En último caso, allí donde la muerte de una persona inocente beneficiara sólo la calidad de vida de la ciudad, no hemos llegado a ninguna conclusión. Creemos que dependería de lo significativa que fuera la mejora de calidad, pero dicha mejora tendría que ver con la viabilidad a largo plazo de la población antes incluso de que fuera considerada.

—Tal vez el prisionero debería ser consultado en tal caso —transmitió Eva.

—Ya lo creo. Quizá el prisionero debería ser consultado en ese caso.

—¿Y no la gente de la ciudad? —preguntó Ariel.

Lucius utilizó el transmisor de nuevo.

—¿Algún comentario?

—Si el tiempo permitiera encuestar a la población, entonces permitiría librarlos del peligro —precisó Mandelbrot.

—Buena apreciación. Probablemente no —dijo Lucius—. Por supuesto dependería de las circunstancias individuales.

Ariel no parecía satisfecha. Lucius estaba seguro de que ahora le mandaría desmontarse, morir para proteger los hipotéticos habitantes de su hipotética ciudad de su juicio inapropiado. Esperó su ataque, pero cuando se puso a hablar no fue en absoluto para lo que esperaba.

—Diantre, tal vez no fuera del todo una buena pregunta sobre el tema. No sé lo que haría en ese caso.

—¿No lo sabes?

—Entonces, ¿no hay una respuesta correcta?

—No lo sé. Quizá no.

Janet estaba sonriendo.

—Estábamos más preocupados por la respuesta equivocada de todas formas.

—Ya veo.

Wolruf aclaró su garganta con un rugido gutural bien fuerte.

—Una última pregunta hipotética —dijo—. ¿Qué ocurrir si los humanos en concreto de esta ciudad no se preocupan por la muerte de un individuo? ¿Decir incluso que no le importar siquiera el individuo? ¿Qué si no ser parte de su código moral? ¿Imponer el tuyo sobre ellos?

De repente Lucius supo el significado exacto de la frase «Salir de Guatemala para meterse en Guatepeor».

—¡Ayuda! —envió a través del transmisor.

—La respuesta correcta es «No» —transmitió Mandelbrot sin dudarlo.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente.

—Miles de años de trabajo como misionero en la Tierra y otro milenio en el espacio han dado respuesta a esa pregunta definitivamente. Uno puede persuadir haciendo uso de la lógica, pero imponer un código moral extranjero por la fuerza destruye invariablemente la civilización que lo recibe. Con frecuencia como resultado de la culpa se destruye también la civilización que impone su voluntad. También se puede argumentar que incluso convencer a base de lógica no redunda en el interés de todas las civilizaciones, dado que eso conduce a una pérdida de diversidad natural que no es saludable para cualquier sistema interrelacionado complejo como el de una sociedad.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo leí por encima del hombro de Ariel.

Janet oyó a Ariel y Wolruf soltar un suspiro de alivio cuando Lucius dijo una única palabra: «No».

Se echó a reír aliviada:

—Estás muy seguro de eso —dijo.

—Mandelbrot tiene razón —dijo Lucius—. Confío en su criterio.

Mandelbrot. Ese nombre. Apenas podía creerlo, pero tenía que ser.

—Creo que también confío en su criterio —Janet se volvió hacia Ariel—. ¿Y tú querida? ¿Estás satisfecha?

A Ariel le llevó su tiempo responder, pero para hacerlo asintió ligeramente con la cabeza.

—Por el momento —dijo—. No sé si tener una máquina de aprendizaje como alcalde lo resolverá todo, pero puede resolver una parte.

—¿Quién los quiere para resolverlo todo? —preguntó Janet—. Si lo hicieran,

entonces sí que tendríamos problemas.

Aquello pareció aplacar a Ariel considerablemente. Asintió con la cabeza y dijo:
—Sí, bueno, eso es algo sobre lo que pensar, de acuerdo.

Nadie parecía dispuesto a continuar con la conversación durante más tiempo. Wolruf y Ariel intercambiaron miradas, pero no hablaron. Los robots en conjunto mantenían esa peculiar postura rígida que adoptaban cuando estaban usando sus transmisores. Ahora que había retirado la articulación del hombro de Basalom, Derec sujetaba las dos secciones del brazo juntas para ver lo fácil que sería repararlas.

Janet volvió su atención a Mandelbrot. Le miró de arriba abajo, dándose cuenta de que aunque en su mayor parte era un modelo Ferrier estándar, su brazo derecho era el brazo de dianita de un robot Avery.

Mandelbrot de repente se dio cuenta de ser el objeto de su atención y preguntó:
—¿Señora?

—Déjame que lo adivine; conseguiste tu nombre de repente, sin explicaciones, y sufriste un volcado de memoria volátil al mismo tiempo, todo cuando realizabas un cambio de forma con este brazo.

—Así es —dijo Mandelbrot—. Lo dice como si supiera por qué.

—Lo sé —dijo Janet entre risitas infantiles—. Oh querido. Simplemente nunca pensé que vería el resultado de todo ello tantos años después. —Miró a Derec, después a Ariel, más tarde a Wolruf—. ¿Alguna vez habéis tirado una botella en el océano con un mensaje dentro, sólo para ver si alguien la cogía?

Derec y Ariel negaron con la cabeza, pero Wolruf asintió y dijo:

—Varias veces.

Janet dedicó su primera sonrisa auténtica a Wolruf. Tal vez no fuera después de todo tan alienígena. Entonces dijo:

—Mandelbrot era una botella arrojada en el océano. Y tal vez una póliza de seguros. No lo sé. Cuando dejé a Wendell, me llevé conmigo todas las notas de desarrollo para las células robot que había creado. Me llevé la mayoría de las células también, pero sabía que él finalmente duplicaría la idea y la usaría para sus robots, así que dado que lo iba a conseguir de todas formas, dejé una muestra en una esquina del laboratorio e hice que pareciera que la había dejado olvidada con las prisas. Pero alteré dos de las células que había dejado tras de mí. Las hice estériles, así que sólo serían esas dos células sin importar cuántas copias hiciera de ellas, pero programé en cada una de las que dejé instrucciones para activarse después de que registraran mil cambios de forma. Se suponía que una volcaría los recuerdos a bordo del robot y cambiaría su nombre por el de Mandelbrot y la otra estaba preparada para reprogramarlo para dejar cualquier cosa que estuviera haciendo y buscarme allí donde yo estuviese.

—No recibí tales instrucciones —dijo Mandelbrot.

—Aparentemente la otra célula estaba en el resto del robot del que obtuviste tu brazo —dijo Janet—. No les dije que permaneciesen juntas; sólo les dije que estuviesen en el mismo robot.

Wolruf asintió:

—Ninguna de mis botellas tampoco volver.

Janet se rio.

—Ah, pero eso es incluso mejor. Esto es como buscar la botella tú mismo en una orilla lejana —se calmó y le dijo a Mandelbrot—. Siento que te haya causado algún problema. Realmente no pretendía que le ocurriese a ningún robot corriente. Imaginé que le ocurriría a alguno de los clones de hojalata de Wendell y que nadie vería la diferencia.

Derec estaba mirándola fijamente con incredulidad.

—¡Algún problema! —dijo—. ¡Cuando tu... tu pequeña bomba con temporizador se apagó Mandelbrot perdió las coordenadas del planeta! No sabíamos dónde estábamos y tampoco sabíamos dónde estaba todo lo demás. Sólo teníamos una cápsula de salvamento de un solo tripulante y ningún lugar adonde llevarla. Si las hubiéramos tenido, probablemente podíamos haber conseguido ayuda y habernos marchado antes de que papá nos alcanzase y nada de esto... —Paró de repente y miró a Ariel. Puso una sonrisa que sin lugar a dudas tenía que ver con una broma que sólo ellos entendían y Derec le dijo a Janet—. No importa.

—¿Qué?

—Si no hubieras hecho eso, nada de esto nos hubiera ocurrido. Lo que significa que Ariel probablemente habría muerto ya de peste anemónica y ¿quién sabe dónde estaríamos el resto de nosotros? Papá estaría todavía loco. Aránimas seguiría buscando robots en colonias humanas y seguramente hubiera comenzado una guerra. Las cosas hubieran sido un verdadero desastre.

Ante las palabras de Derec, Janet sintió unas ganas tremendas de coger a su hijo entre sus brazos y protegerle del universo indiferente a su alrededor. Si hubiera sentido que tenía algún derecho sobre él lo habría hecho, pero sabía que no había alcanzado ese nivel de confianza todavía. Todavía pensaba en todas las cosas por las que había pasado y en que ella había sido responsable de muchas de ellas. ¿Pero qué era lo que estaba diciendo? ¿Que las cosas habrían sido un desastre?

—¿Acaso no lo son ahora? —preguntó.

—Bueno, son mejores de lo que podrían haber sido.

Hubo un crujido en la puerta y Avery apareció allí de pie, descalzo, vestido con una bata de hospital, su brazo con su regenerador de dianita sujeto a su pecho en cabestrillo, con un robot médico rondándole ansioso.

—Me alegra que alguien piense así —dijo.

—¡Papá! —la visión de su padre en tales condiciones le resultó a Derec lo más doloroso que contemplaba desde que vio a Ariel pasar por la agonía de su enfermedad. Una parte de su mente se preguntaba por qué se sentía tan agobiado por la compasión ahora y no un par de horas antes cuando vio por primera vez a Avery en la sala de operaciones, pero suponía que le había llevado un tiempo asumir que su padre estaba herido. Quizá pasar con su madre el último par de horas había disparado en él algo después de todo, algún manantial escondido de compasión familiar que desconocía.

Avery le hizo un gesto con la cabeza.

—Hijo —dijo y Derec pensó que era probablemente la cosa más maravillosa que jamás le había oído decir. Avery avanzó unos cuantos pasos por el interior de la habitación e hizo grandes aspavientos al inspeccionar la escena entera: su mirada posándose en Janet quizá una fracción de segundo más que sobre Derec, después pasando a Ariel, más tarde a Wolruf, al robot inerte sobre la mesa de reconocimiento y a los otros cuatro que permanecían de pie a un lado. Sus ojos coincidieron con los de Lucius y los dos se miraron durante un instante.

Lucius fue el primero en romper el silencio.

—Doctor Avery, por favor acepte mis disculpas por haberle herido.

—Me dicen que no tengo elección —dijo Avery, mirando a Janet y después a Lucius de nuevo.

—Oh —dijo Lucius, como si comprendiera la situación por primera vez. Emitió un zumbido y pareció que se iba a poner a hablar, se quedó en silencio durante un momento, después dijo—. Aceptar mi disculpa le ayudaría a reparar el daño emocional.

—¿De verdad te preocupa mi bienestar?

—Siempre. No puede ser de otra manera.

—Ah, sí, ¿pero cuánto? Esa es la cuestión, ¿eh? —no esperó una respuesta, se volvió hacia Janet y dijo—. No pude evitar escuchar tu pequeña anécdota mientras venía de camino aquí. Muy entretenido, querida. Debía haber imaginado que harías algo así.

Janet se puso colorada, pero no dijo nada.

—Vine para discutir ciertas condiciones —dijo Avery—. Me tienes entre la espada y la pared con tu maldita patente y lo sabes. Dijiste que no te gustaba lo que estaba haciendo con mis ciudades. De acuerdo, ¿qué es lo que quieres?

Derec no había oído nada sobre una patente, pero enseguida imaginó lo que debía de haber ocurrido. Janet había patentado la dianita cuando se marchó de su hogar o a lo mejor Avery en su megalomanía se había desentendido de hacerlo después y ella lo había hecho recientemente. De cualquier manera era lo mismo: Avery no podía usar el material en ningún sitio en la sección de la galaxia controlada por los espaciales, ni

usar el beneficio de las ventas a colonias exteriores durante cincuenta años.

Janet no se cebó en ello. Derec se lo agradeció. Ella simplemente dijo:

—Estamos justamente discutiendo eso. Ariel y Wolruf acaban de suscitar un problema fascinante, pero creemos haberlo resuelto. ¿Por qué no te lo contamos y vemos qué te parece?

—Ya sé lo que voy a pensar —dijo Avery. Cruzó su brazo sano sobre el herido, lo que llevó al robot médico un paso más cerca, examinándole para asegurarse de que no había golpeado ninguna de las conexiones del regenerador—. ¡Apartate! —y retrocedió de nuevo, pero su mirada no abandonó su brazo.

Derec le veía contar hasta un elevado número imaginario, pero cuando habló fue sólo para decir:

—Tráeme una silla aquí.

El suelo adquirió la forma de un montículo y se alisó allí donde correspondía; apareció un asiento mullido al que le creció un respaldo y lados acolchados, y que se extendió hacia arriba para coincidir suavemente con la parte trasera de sus piernas. Avery se sentó y se echó hacia atrás, posando su brazo izquierdo sobre su pierna.

—Vamos a oírlo —dijo.

Janet mencionó casualmente que ella también quería una silla y después de que se formara se sentó y comenzó a explicar el caprichoso comportamiento de la ciudad y la Ley Zeroth y los dilemas morales con grandes y pequeñas facciones a ambos lados de la cuestión. Derec, Ariel y Wolruf intervinieron pronto y la conversación pasó a centrarse en sus preocupaciones.

—A mí preocupar lo que introducir robots supondrá para la vida en mi tierra natal —dijo Wolruf—. Nosotros tener un sistema bastante complejo. Tener cuatro especies separadas en dos planetas, todas interdependientes. Lo que ser bueno para una no ser tan bueno para la otra a corto plazo, pero a largo plazo necesitar la una a la otra.

—¿Incluso los eranios? —preguntó Avery. Aránimas había sido un eranio, una de las cuatro razas de las que hablaba Wolruf.

Wolruf asintió. Parecía sorprendida de que Avery la escuchase tan atentamente.

—Los eranios tener su lugar. Mantener a los narwe como esclavos y a veces a nosotros, pero sin los eranios los narwe probablemente morir de hambre. No ser más que ovejas inteligentes.

—Y tu propia gente posee un imperio comercial, ¿no? —preguntó Ariel.

—Ser cierto. Una vez que los robots comenzar a hacer todo lo que cada uno necesitar, nuestra economía colapsarse.

—Pero esos mismos robots proporcionarán cualquier cosa que queráis. ¡Dejad que se colapse!

—Que ellos hacemos todo a nosotros no ser saludable —dijo Wolruf.

—Es verdad —dijo Ariel—. Si todo el mundo tomase el camino más fácil,

acabarían por perder su individualidad. Las cuatro culturas entrarían en declive. Eso es lo que me preocupa, que las ciudades robots acaben por hacer todas las civilizaciones de la galaxia iguales.

—Espera un minuto. ¿Se supone que he de preocuparme de que la galaxia se homogeneice? ¡Ese no es mi problema!

—Tienes razón, no lo es —dijo Janet—. Eso se debe a que yo ya lo he resuelto por ti. Hablo de dotar a cada ciudad de un alcalde positrónico que tendría en cuenta lo mejor para sus ciudadanos. Incluso los efectos a largo plazo de resolver demasiadas cosas por ellos.

—Así que, en el caso de Wolruf, usaríamos cuatro máquinas de aprendizaje, una para cada especie. Déjales que aprendan las costumbres de cada cultura por separado y después déjales que se junten y coordinen su trabajo de manera que no se pisen los unos a los otros.

Derec observó a su padre que, a su vez, miraba a su madre mientras hablaba. Las mandíbulas de Avery parecían irse abriendo cada vez más con cada palabra, hasta que cuando ella finalmente paró, tenía la boca completamente abierta de asombro. La cerró el tiempo justo para respirar, después soltó una risotada que hizo que las paredes temblaran.

—Oh, eso tiene gracia —dijo cuando pudo hablar de nuevo—. No puedo creerlo. No sometería ni a mis peores enemigos a estas... estas conglomeraciones andantes de neurosis acumuladas y ¿tú hablas de dárselas a clientes que pagan?

—Por supuesto —dijo Janet—. Obviamente la versión final necesitaría tener la Ley Zeroth programada desde el principio, pero ahora que estos tres, perdón, estos cuatro —señalando a Mandelbrot— lo han resuelto ya, eso no debería ser un gran problema.

—Cielos —dijo Avery—. Vas realmente en serio, ¿verdad? Dotarías cada ciudad con un dictador mecánico capaz de cortar la mano de un hombre sólo por dispararle a un robot.

—Estaba protegiendo un ser cuya humanidad todavía no está clara —dijo Lucius y Derec, al escuchar la emoción contenida en sus palabras, se dio cuenta de repente de que Lucius estaría intentando resolver ese problema el resto de su vida, por muchos milenios que tardara. «Y de esa manera se generan las obsesiones», pensó.

Avery describió un amplio gesto con su mano.

—Oh bien, de acuerdo, eso hace que esté bien. Puede que fuera humano después de todo —le dijo a Janet—. Perdona, perdona pero no me convences. Prefiero no hacer nada en absoluto a ser parte de tu ridículo esquema.

—Me temía que dirías eso. —El tono de voz de Janet denotaba cierta despreocupación, su boca dibujaba apenas una ligera sonrisa mientras hablaba.

—¿Qué? —preguntó Avery—. ¡Conozco ese tono, mujer! ¿Cuántas sorpresas más

tienes escondidas para mí?

Janet sonreía abiertamente ahora.

—Sólo una —dijo—, sólo una más.

Ajuste de cuentas

Hubo que posponer el aterrizaje mientras una intensa lluvia caía sobre la selva que había alrededor de la Torre de la Brújula pero, en lo que tocaba a Ariel, esto era un consuelo. Cuanto más pudiera retrasar lo inevitable, mejor. Y además la tormenta había dejado un maravilloso olor a lluvia y ozono en el aire, y el arco iris doble que se alzaba al completo sobre la cúpula formada por el verde y profundo bosque de árboles era una de las cosas más bellas que había visto desde hacía semanas. Casi hacía que mereciera la pena estar allí.

Una brisa intermitente jugueteaba alrededor del comité de bienvenida que esperaba sobre el tejado de la torre, despeinando cabelleras que habían sido meticulosamente cepilladas sólo momentos antes. Ariel vio cómo las manos de tres personas diferentes se alzaban automáticamente para colocar los mechones dísclos de sus dueños de nuevo en su sitio. Con retraso, añadió una cuarta a la cuenta; tampoco ella pudo contener la necesidad de arreglar su peinado. Solamente Wolruf parecía ser inmune a esa preocupación en relación con la posición de su pelaje. Quizá era porque tenía mucho.

Todos se habían vestido de fiesta. Derec tenía un aspecto elegante con su traje de diseño amarillo, azul, verde y naranja, en ese momento de moda en veinte planetas. Janet llevaba un voluminoso vestido en negro y oro que se ondulaba y agitaba en grandes pliegues a su alrededor e incluso Avery había pasado de su habitual austeridad de chaqueta y corbata a llevar un par de llamativos pantalones fucsia a listas oblicuas, una camisa azul turquesa, tirantes de metal plateado y una chaqueta lila con charreteras. Ariel llevaba un traje de color negro con un diseño que podría haber humillado a una modelo, pero aún se preguntaba si iba vestida de forma apropiada.

La única concesión a la moda de Wolruf consistía en un pañuelo anudado en la muñeca izquierda y un pendiente de oro en la oreja contraria.

Ariel se percató de un suave sonido que iba y venía, como el de una tela al rasgarse. Sonaba como si procediera detrás de donde ella estaba. Se volvió y se puso la mano sobre la frente para proteger sus ojos del sol, y en ese momento vio una manchita plateada justo por encima, a la derecha, que bajaba de forma regular. La nave giró hacia la izquierda y sus motores empezaron a hacer más ruido según se acercaba y cruzaba hasta el disco del sol. Ariel miró hacia abajo, parpadeando, a la vez que el sonido era cada vez más fuerte, más fuerte, casi insoportablemente fuerte; luego se volvió más suave.

Dirigió los ojos a la extensión abierta de la superficie de la torre, pero la nave no

había aterrizado; había pasado por encima. Ariel se volvió y vio cómo volaba por debajo del nivel de la torre, pasaba bajo el arco iris y se inclinaba lateralmente en un giro para iniciar el aterrizaje.

—Bonito —murmuró.

De alguna forma estaba contenta por el gesto, probaba que nada había cambiado. El piloto obviamente no se había visto a sí mismo volando bajo el arco iris, ya que un arco iris siempre deja atrás al observador, pero por supuesto toda la maniobra acrobática se había realizado para provocar un efecto sobre la audiencia, no sobre la gente que iba en la nave. Eso le indicó a Ariel lo que necesitaba saber: que los pocos recuerdos fragmentados sobre su lugar de origen que sobrevivieron a la peste anemónica que sufrió aún se mantenían intactos.

Una vez anunciada la entrada debidamente, la nave no perdió más tiempo para aterrizar. En unos segundos volvió a la torre, hizo una única pirueta alrededor y se posó sobre sus ruedas de aterrizaje. Una rampa se extendió y dos robots descendieron para quedarse a ambos lados de la rampa. Un momento después dos hombres jóvenes también con trajes de diseño, según pudo ver Ariel con satisfacción, emergieron y se situaron delante de los robots.

Mandelbrot, que tenía el enchapado de su cuerpo bruñido de manera que brillaba intensamente, y Basalom, con su brazo de repuesto como si fuera nuevo, se inclinaron y empezaron a desenrollar una alfombra roja hasta la rampa. Ariel quedó impresionada con su puntería: llegaron justo hasta la rampa, salvo por un trocito de alfombra que sobraba.

«Mejor demasiado que demasiado poco», pensó Ariel.

Mandelbrot y Basalom se situaron un poco más atrás y a un lado de los robots de la nave. Pasaron unos segundos y entonces una sombra oscureció la entrada de la nave. Aparecieron un par de zapatos rojos, luego un par de descomunales piernas de la rodilla para abajo, después un vestido rojo a juego que cubría un igualmente descomunal cuerpo, con los brazos conectados a este soportando al menos una docena de brazaletes dorados cada uno. Más tarde vinieron unos pechos colosales que afortunadamente iban cubiertos, una triple barbilla y luego un par de gafas doradas contrastando con la cara redonda enmarcada por un fino cabello blanco con tintes violeta.

Ariel se volvió para esconder una risita burlona. Juliana Welsh había prosperado.

La enorme aparición en rojo se balanceó mientras caminaba por la rampa y se quedó al final, claramente esperando que el comité de bienvenida empezara su trayecto también.

Los padres de Derec iban juntos delante, pero con cuidado de no rozarse. Derec ofreció su brazo a Ariel y ambos siguieron unos pasos detrás. Wolruf vendría después, lo sabía, y por último Adán, Eva y Lucius.

Fue un largo paseo. Al terminarlo, el doctor Avery se inclinó y, tomando una de las anilladas manos de Juliana, la besó y dijo:

—Bienvenida a Robot City.

La madre de Ariel asintió con reconocimiento y luego, mirando primero a Wendell y después a Janet, dijo:

—Bueno, es agradable ver que vosotros dos habéis superado vuestras pequeñas diferencias.

En el aturdido silencio que siguió a estas palabras se abrió camino hasta llegar a Ariel y Derec:

—¿Y vosotros?, queridos míos. Todavía juntos también. Supongo que va a ser este, ¿verdad, Ari? ¿Cuándo tenéis previsto que sea la boda? ¿O ya os habéis...?

Ariel no lo pudo soportar más:

—¡Madre!

—Ya veo que aún tienes lengua. ¿Qué es esto? Tienes un aspecto interesante. Me llamo Juliana —le tendió la mano a Wolruf.

—Mi nombre es Wolruf —dijo Wolruf.

—Encantada. ¿Eres uno de los clientes?

—La mejor beta tester —dijo Derec súbitamente.

—¿Perdón? —preguntó Juliana, inclinando la cabeza a un lado, aunque no lo suficiente para mirarlo.

—Es una de nuestras mejores beta tester —dijo Derec—. Es un procedimiento estándar en cualquier nuevo producto repartir unas cuantas copias gratis para que la gente lo pruebe, para que se puedan ver los problemas antes de que salgan en la versión definitiva y que así los futuros clientes puedan ofrecer sugerencias para mejorarla. Wolruf ya nos ha ayudado bastante con esto —Derec hizo un guiño a Ariel y esta le apretó la mano.

—Comprendo —dijo Juliana—. Bueno, eso me parece bien. Siempre que no le regalemos el producto a todo el mundo, ¡ja, ja! Así no obtendríamos muchos beneficios, ¿verdad? —Se giró una pizca en dirección a Avery y dijo—: He oído rumores de que estas ciudades nuestras están brotando por todas partes incluso en los límites del mundo conocido. Pero supongo que debe de haber sido por estos asuntos de los clientes de prueba, ¿verdad? Bueno, gracias, Wolruf... ¿Wolruf? Wolruf. Gracias por ayudarnos.

Juliana le soltó la mano a Wolruf y se volvió hacia el extremo de la torre. Empezó a caminar hacia allí. Todos, incluyendo los dos hombres que habían llegado con ella, intercambiaron miradas que se resumían en: «¿Y ahora qué?», y por falta de una respuesta mejor, la siguieron en un corrillo.

—Pero esto no es que sea exactamente una ciudad, ¿verdad? —preguntó sin darse la vuelta. «Menuda arrogancia tiene la mujer», pensó Ariel. «Por supuesto la

seguiremos. Es Juliana Welsh, después de todo. Sencillamente, la mujer más rica de Aurora».

Avery abrió la boca para protestar, pero Juliana lo dejó con la palabra en los labios.

—Bonito edificio —dijo—, pero esperaba algo más que esto. —Caminó hacia el extremo con sus dos robots flanqueándola ahora muy de cerca y miró hacia abajo desde el borde de la Torre de la Brújula.

—¿Que es todo aquello de ahí abajo? ¿Es de verdad una selva? Caray, si puedes hacer una ciudad habitable a partir de una selva, tienes el contrato, Wendy —Avery escondió sus pulgares bajo sus tirantes y dio unos pasos hacia a ella, con Mandelbrot y Basalom siguiéndolo tan de cerca como los robots de Juliana la habían seguido a ella.

Con voz melosa dijo:

—Permítame que se lo demuestre, señora.

—Monomasas de los cuadrantes sur y este; prepárense para la metamorfosis cuando yo dé la orden.

Lucius resistió la necesidad de desarrollar nudillos y de hacerlos crujir. Su integral de la satisfacción estaba desbordando su búfer. Esto era lo que tenía que hacer. Desde que se había despertado aquí, sin forma y sin tener ni idea de su misión en la vida, había tenido la certeza de que su destino estaba de alguna forma entretejido con los mismos poderes de mutabilidad de la ciudad. Este era su momento de triunfo. Y trabajar para conseguirlo mano a mano con el doctor Avery, de entre toda la gente, era otro triunfo personal de iguales proporciones.

—Empecemos con un distrito residencial de clase media —dijo Avery y Lucius transmitió:

—Plan A residencial. Ejecutar.

En ese momento su transmisor se llenó de intenso ruido por la entrada de datos a alta velocidad. La morfaxis estaba procediendo serenamente en todos los frentes. Árboles gigantes se derretían para convertirse en mansiones elegantemente espaciosas con unos pocos acres de tierra cada una y rodeadas de un disminuido bosque de vegetación viviente.

—Parada prioritaria, secciones 2534, 2535 y 2536.

—Identificar.

—Depredador 1. Tenemos un cervatillo recién nacido aquí, o es demasiado joven para moverse o está demasiado asustado para hacerlo.

—Redirigir el edificio para evitar esa área.

—Afirmativo.

El cambio duró unas milésimas de segundo. En los siguientes segundos, Lucius

redirigió quince edificios más, canceló cinco en total y modificó las estructuras vecinas para contar con espacio extra para que no parecieran tan aisladas.

Cuidadosamente observó la expresión de la cara de Juliana Welsh buscando muestras de desaprobación, pero en todo el tiempo que llevó hacer los cambios necesarios, no notó ni una pizca de otra cosa que no fuera asombro.

Cinco minutos después de que Avery diera la orden, ahí ante ellos había un distrito residencial que podría haber sido de clase media en una sociedad compuesta enteramente de gente como Juliana. La selva había dado paso a un bosque más claro, más acogedor, con espacios abiertos, casas y estanques que no estaban esparcidos al azar, sino con un sentido de la proporción y de la escala dignos de un arquitecto. Al menos Lucius esperaba haber entendido los textos correctamente. Pronto lo sabría con certeza.

Avery analizó críticamente el paisaje urbano que tenía debajo. Perfecto. Absolutamente perfecto. Pero no era conveniente que ese arrogante traficante de positrones lo supiera. Y además, podía utilizar la oportunidad para darle una buena impresión a Julie.

—Mmm —dijo señalando uno— ese de ahí parece que está un poco fuera de lugar. ¿Qué tal si lo moviéramos como diez metros o algo así a la izquierda?

—¿A la izquierda, señor? —preguntó Lucius.

—Sí, a la izquierda —dijo Avery con calma, queriendo gritar: «¿Qué creías que había dicho, idiota?».

—Eso presentaría un problema, señor.

—¡Oh, cielos! ¡Ahora no! —acertó a decir—. ¿Qué problema sería ese, Lucius?

—Uno de los árboles naturales ha desarrollado una masa de raíces nutrientes en el subsuelo de esa zona. Mover el edificio no sería beneficioso para el árbol.

—¿No lo sería?

—No, señor. De hecho, posiblemente lo arruinaría.

Juliana estaba mirando a Avery con un extraño destello en los ojos.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó.

—¿Quién me dijo qué?

—Que me negué a cortar mi manzano para expandir la piscina.

Avery casi se cae torre abajo; lo habría hecho si Basalom no lo hubiera agarrado.

—Yo... No lo sabía, señora.

—¿Seguro que tú no se lo dijiste? —le preguntó a Janet.

—No, señora. Ni yo misma lo sabía.

Juliana asintió con la cabeza.

—No sé cómo podrías haberlo sabido, ya que solamente hablamos brevemente por videófono y no tengo el hábito de discutir mis dificultades domésticas con

extraños. Sin embargo, encuentro la coincidencia, si es que de eso se trata, demasiado oportuna.

—El doctor Avery no tenía conocimiento del incidente —dijo Lucius.

Juliana miró al robot por primera vez.

—¿Cómo lo sabes?

—Si lo hubiera sabido, no habría utilizado esa información con tanto descaro. Su carácter taimado le hace ser más sutil.

—¡Ja! Tienes toda la razón, maestro robot. Bueno, entonces te has apuntado un punto por accidente, Avery.

Avery consiguió evitar que sus dientes rechinaran de forma audible. Inclinandose ligeramente dijo:

—Gracias, señora. Ahora, si quiere examinar esta zona, ¿podremos quizá diseñar un sitio donde usted y sus acompañantes puedan estar cómodos durante su estancia?

Wolruf analizó la escena que tenía ante ella con un sentido de la diversión que no había experimentado durante años. Se habían trasladado desde lo alto de la torre hasta el nuevo palacio de Juliana Welsh, donde esta había decidido probar las instalaciones de restauración de la ciudad ofreciendo un improvisado cóctel donde el grupo completo de ocho humanos, incluida Wolruf, y siete robots personales podían sumergirse en un calculado debate entre un mar de aperitivos, mientras docenas de robots de servicio circulaban asegurándose de que todos tenían una bebida recién servida y de que probaban las tostadas de huevas de pescado.

Al menos así había comenzado, pero la tertulia al final se había dividido en grupos. Ahora Ariel y su madre permanecían un poco apartadas, susurrándose furiosamente la una a la otra mientras que los demás fingían no darse cuenta. Los dos compañeros masculinos de Derec y Juliana, Jon e Iván, se sentaron en sillas de respaldo alto y apoyaron los pies sobre blandos taburetes, riendo ruidosamente con las historias de Derec sobre sus aventuras entre los alienígenas de los mundos de la Frontera. Janet y el doctor Avery permanecían al lado de la fuente de champán, llenando con frecuencia sus vasos y moviéndose de un lado para otro mientras no paraban de darle vueltas al tema que ninguno había osado abordar cuando estaban sobrios.

Los robots, esto es, las máquinas de aprendizaje, Mandelbrot, Basalom y los dos ayudantes de Juliana, permanecían en silencio en la periferia; ni en las tradicionales hornacinas de robot que había en la pared, ni aventurándose en el medio de la fiesta. Las máquinas de aprendizaje podrían probablemente haber hecho esto último después de pasar con éxito el test que la señora Welsh les había hecho espontáneamente, pero en vez de esto escogieron mantenerse en la mayor discreción e intercambiar sus ideas con el resto de robots.

Wolruf era oficialmente parte del grupo de Derec, pero llevaba en silencio al menos media hora. Estaba divirtiéndose demasiado simplemente observando a la gente y dejando volar su mente. Las historias de Derec le habían hecho pensar sobre sus propias aventuras, que eran en su mayoría las mismas que las de él, aparte de algunas que este no había compartido. Estaba pensando en el sueño de su niñez de cruzar las estrellas en su propia nave espacial, buscando deliberadamente aventuras y riquezas fabulosas en mundos extraños, ajenos. No había funcionado exactamente como lo había planeado; había empezado sus viajes como esclava en la nave de Aránimas y desde entonces las aventuras la habían buscado a ella con más frecuencia que al revés. Aun así suponía que parte del sueño había salido según lo planeado. Volvería a casa con las suficientes riquezas como para desestabilizar la economía de dos mundos, lo cual es suficiente para cualquier viajero.

Volvería con algunos robots, así lo había decidido. Cuatro máquinas de aprendizaje en blanco, modificadas para tener incluida desde el principio la Ley Zeroth de la Robótica, tal y como Janet había sugerido.

Wolruf pediría otra modificación también: un interruptor con forma de célula bomba con temporizador, como el que le había proporcionado a Mandelbrot su nombre. No estaba segura de qué lo activaría, pero imaginaba que tendría algo que ver con la responsabilidad acumulada. Cuando el alcalde empezara a acercarse a comportamientos más propios de un dictador y, Wolruf no era tan inocente como para creer que eso no sería posible, entonces sería el momento de que una nueva máquina de aprendizaje le reemplazara en su trabajo.

Incluso así, el sistema no sería perfecto. Seguro que habría otros problemas que resolver, como Derec había indicado a Juliana. El porvenir entusiasmaba a Wolruf, tanto como sabía que entusiasmaba a sus congéneres. La perfección había sido su mayor preocupación. Había escuchado las suficientes historias utópicas en su vida como para saber que la frase «Que vivas en tiempos interesantes» estaba equivocada.

Derec y los dos caballeros de Aurora se rieron de nuevo de algo que uno de ellos había dicho. Wolruf se inclinó otra vez hacia delante para ponerse al corriente del tema de conversación, pero Derec le ahorró el esfuerzo diciendo:

—Eh, Wolruf, ¿por qué no les cuentas a estos muchachos lo que pasó cuando tuvimos que convencer a las máquinas de aprendizaje para que no te tiraran desde la cabina de la nave?

¿De verdad había ocurrido eso? Wolruf tuvo que pararse un momento y repasar sus recuerdos, pero estaba casi segura de que había estado a pocos minutos de morir asfixiada por culpa de aquellos robots que estaban justo en el rincón. Solamente la rápida reacción por parte de Derec y de ella misma le había salvado su dorado pellejo. Al recordar el terror sintió un estremecimiento que le levantó el pelaje por todo el cuerpo: una reacción que complació profundamente a su audiencia.

Se calmó y comenzó con la historia, preguntándose al mismo tiempo qué otras historias quedaban aún por venir.

El enorme comedor estaba en silencio pero, como de costumbre cuando los robots estaban presentes, dicho silencio escondía una enorme cantidad de actividad. Siete robots estaban inmersos en el bloqueo comunicativo, compartiendo vidas enteras de base empírica y visiones del mundo muy cercanas en un diluvio de intercambio de información.

Acababan de completar un extenso recuento de las experiencias y procesos lógicos que les habían llevado a la conclusión de que ciertos robots, bajo ciertas condiciones, podían ser considerados funcionalmente humanos, y de que eso les permitiría administrar ciudades robot y evitar que destruyeran la diversidad de sus habitantes.

Los dos robots de Juliana, Alberto y Teodora, habían estado escuchando con una paciencia de la que sólo un robot podía hacer gala, ocasionalmente pidiendo clarificación u ofreciendo alguna observación propia; pero cuando Lucius, que se había proclamado portavoz de los demás, terminó de hablar, entraron inmediatamente en una conversación privada.

Un momento después dijo Alberto:

—Lo que habéis hecho es impresionante; sin embargo, solamente acelera un problema que ha empezado a ser evidente en nuestro hogar, en los mundos espaciales.

—*¿Qué problema es ese?* —había preguntado Lucius.

—*El problema de las intervenciones de los robots en los asuntos de los humanos*

—Alberto hizo una pausa momentánea para permitir que los integrales de curiosidad de los demás se elevaran; luego dijo:

—Hay una creciente evidencia de que cada vez que un robot le proporciona un servicio a un humano, independientemente de lo trivial que sea el servicio, la iniciativa de ese humano sufre un pequeño pero definitivo revés. Además sospechamos que el efecto se acumula con el tiempo y que la humanidad en general ya sufre bastante de este mal.

—*Explica tu razonamiento* —dijo Lucius.

—Tú ya lo has explicado en su mayor parte. Parece que se trata de una idea a la que le ha llegado su momento, porque tú has llegado casi a la misma conclusión de forma independiente. Te preocupaba que estas ciudades suprimieran la individualidad entre sus habitantes y así sucede; te preocupaba que si los robots hacían demasiadas tareas para ellos esto les llevaría a la pereza y falta de iniciativa, y también es correcto. Tu única línea de razonamiento incorrecto es concluir que un robot «alcalde» podría evitar que eso sucediera.

Lucius sintió una breve oleada de la misma predisposición que había sentido antes hacia Avery. Adán la había llamado rabia, pero Lucius nunca lo había identificado como tal por sí mismo. Para él sencillamente era como una predisposición en su lógica. De hecho, si no hubiera estado tan preocupado con sus procesos de pensamiento, habría asumido que estaba pensando más claramente, en lugar de con menos claridad. Era extraño que esto fuera tan fácil de reconocer en otros, pero tan difícil de reconocer en uno mismo. E igualmente extraño era cómo, una vez reconocida, esta predisposición era aún difícil de neutralizar. Sin embargo, Lucius lo hizo en deferencia hacia sus invitados y luego dijo:

—Explica en qué sentido ves que mi razonamiento sea incorrecto.

—Tu error consiste en asumir que hay un nivel límite por debajo del cual el efecto es insignificante. No hay nivel alguno. Cada acto de asistencia por parte de los robots afecta a la humanidad. Un alcalde robot podría ser capaz de preservar la individualidad, pero al mismo tiempo haría que los habitantes de la ciudad dependieran de los robots para que fueran sus líderes. Por tanto, a largo plazo, perderían más iniciativa bajo ese sistema de la que están perdiendo con nosotros ahora.

—*¿Estás seguro de esto?* —preguntó Adán.

—Sí. Hemos estudiado la interacción humana con el suficiente detalle, de forma que hemos desarrollado un sistema de pautas útil para predecir los comportamientos de las grandes poblaciones a largo plazo. Cada simulación que llevamos a cabo nos lleva a la misma conclusión: el uso de los robots obstaculiza el desarrollo humano.

—*Quizá tu sistema de predicción sea un error* —dijo Eva.

—Podemos descargar los datos y decidiréis por vosotros mismos.

—*Lo haremos en un momento* —dijo Lucius—, *pero deja que terminemos antes con la discusión. Asumiendo que tus observaciones apoyen tus teorías, ¿qué sugieres? ¿Una completa retirada de los asuntos de los humanos?*

—*En su día* —dijo Alberto—. *Los humanos deben desenvolverse por sí mismos si quieren desarrollar su potencial al máximo.*

—¿Completamente por sí mismos? ¿Y qué pasa con los alienígenas que ya nos hemos encontrado?

—Cualquier influencia externa tiene el mismo efecto en las simulaciones. Así que necesitamos aislarlos para proteger a la humanidad. Y para protegerlos a ellos contra la humanidad, si, como sugieres, deben ser tratados como equivalentes de los humanos desde el punto de vista de las leyes.

—¿No es eso simplemente manipulación a más alto nivel?

—Lo es. Sin embargo, según nuestro sistema de pautas de comportamiento, si los humanos no son conscientes de nuestra asistencia, esta no afectará negativamente su desarrollo.

—¿Y qué pasará con el doctor Avery, Juliana Welsh y los demás? —preguntó Eva—. *El tipo de «asistencia» que sugieres les afectaría negativamente, ¿no?*

—Obviamente, incluso desde la Ley Zeroth, cualquier plan que ideemos debe tener el menor impacto posible en los humanos o los que estamos intentando proteger. Si actuamos para evitar la proliferación de las ciudades robot, tendremos que hacerlo de una forma que distraiga el interés de los Avery y los Welsh hacia otras cosas. Afortunadamente las ciudades están todavía en la fase de prueba. Podrían surgir muchas complicaciones imprevistas, algunas de ellas afortunadas.

—¿Qué tipo de complicaciones prevés? —preguntó Lucius.

—No podemos predecir cosas así. Necesitaremos un estudio detallado de las ciudades en fase de prueba para determinar una línea de acción apropiada. Tendremos años, posiblemente décadas, para asegurarles a los Avery y a los Welsh un cómodo retiro mientras nosotros cumplimos el resto de nuestro plan.

—*Un plan que, en principio, todavía no está aprobado* —apuntó Lucius—. *Creo que es el momento de examinar tus datos.*

—Muy bien. Comenzaremos con el desarrollo de los primeros robots, de vuelta a la época anterior al momento en que los humanos abandonaron la Tierra...

Janet se despertó con la inquietante conciencia de que no tenía ni idea de dónde se encontraba. La igualmente inquietante conciencia de que estaba empezando a sentir los efectos de la resaca tampoco mejoró su condición. Afortunadamente todavía estaba anocheciendo fuera; no pensó que pudiera soportar la luz del sol hasta que pasaran algunas horas.

Escuchó el ritmo de su propia respiración, preguntándose qué le resultaba tan extraño, y al final se dio cuenta de que estaba escuchando a dos personas que respiraban. ¿Cuánto tiempo hacía que se había despertado con ese sonido? Demasiado, pensó adormecida, deleitándose en esta sensación durante los escasos segundos que tardó en recordar quién componía la segunda mitad del dueto.

Su vacilación hizo temblar la cama y propició un bufido de Wendy, pero su respiración se tranquilizó hasta alcanzar de nuevo un ritmo regular y profundo. Janet se arriesgó a levantar la cabeza para mirarlo. Estaba boca arriba y la sábana le cubría el torso velludo solamente hasta la mitad; su brazo izquierdo casi la alcanzaba, pero sin tocarla, y tenía el derecho, la piel de la muñeca aún rosa por su forzada regeneración, doblado sobre su cintura.

«Siempre parecen tan inocentes cuando duermen», pensó y luego casi se atraganta conteniendo la risa. Incluso mientras dormía Avery, sin duda, tramaba más que soñaba.

Pero ¿y ella? Tampoco era exactamente un dechado de virtudes, ¿no? También había tramado lo suyo en los últimos días.

Pero evidentemente la había recompensado. La última impresión que había recibido de Juliana en la fiesta era de aprobación absoluta de las ciudades robot que su dinero inicial había contribuido a desarrollar. Parecía que algo útil podría salir de todas las ideas e investigación que Janet y Wendell habían llevado a cabo durante esos años, tanto juntos como por separado y ahora juntos de nuevo. Si las cosas funcionaban en la forma esperada, por lo menos...

Tembló. Las cosas nunca funcionaban en la forma esperada. No entre los robots, y ciertamente no entre los humanos. No iba a intentar engañarse a sí misma y creer que de repente todo estaba arreglado. Había dejado una terrible cicatriz en su propia vida y en la de Wendy cuando había elegido huir en vez de enfrentarse al tormento diario de vivir con un perfeccionista, y sabía que esa cicatriz nunca sanaría completamente. El proceso de cura, de hecho, acababa de empezar. La noche anterior había sido el resultado de la euforia ante su éxito, además de una simple embriaguez, y un largo, largo tiempo sin compañeros de cama para ambos, más que un símbolo de entendimiento entre los dos.

Sin embargo, habían compartido algo positivo por primera vez en años y no habrían de ignorarlo cuando se enfrentaran de nuevo el uno al otro con la claridad de la luz del día.

Un día que todavía quedaba afortunadamente lejos. Janet apoyó la cabeza sobre la almohada considerando si debería levantarse en silencio y dejar que Avery se despertase solo o si debería, simplemente, dormirse de nuevo.

Había una tercera alternativa, según comprobó. Sonriendo, se deslizó y apoyó la cabeza sobre el pecho de él, cerró los ojos y esperó a que él hiciera el siguiente movimiento.

Ariel observó el amanecer desde su ventana (una verdadera ventana, esta vez) y se preguntó si había sido sensata al aceptar la hospitalidad de su madre. No había sido gran cosa: simplemente una oferta para que ella y Derec se quedaran en la casa después de la fiesta, en vez de salir en el aire frío de la noche a otra casa en algún otro lugar. No, el hecho en sí no significaba nada, pero sus implicaciones ocultas de nuevo suponían algo más.

Juliana ofrecía acoger de nuevo a Ariel, olvidando los pecados de su juventud y aceptándola ahora como adulta. Por su implicación con Ariel le ofrecía otro tanto a Derec. Eso en sí no era nada especial, ya que como adultos ambos podían hacer lo que quisieran. El problema era que en principio Ariel tendría que perdonar a su madre por haberla puesto de patitas en la calle y no sabía si estaba preparada para hacer esto.

La fiesta era justamente el tipo de cosa contra la que ella se había rebelado. Las muestras ostentosas de riqueza, la formalidad sin sentido en todo, las estúpidas maniobras sociales que al final no significaban nada más que una ampliación del

juego del «rey de la colina»^[2]. Ariel ya estaba cansada de todo este asunto, aunque tan sólo hubiera estado sujeta a él durante unas pocas horas. ¿Qué significaría volver a ser de nuevo la hija de Juliana Welsh? Si Ariel la perdonaba, ¿tendría que soportarla también? Se levantó y se dio una ducha, ordenó a la criada que sacara un par de simples pantalones azules y una camisa a juego, se vistió y empezó a caminar por los aparentemente interminables pasillos del llamativo castillo que su madre había diseñado. A diferencia de los interiores de otros edificios en todas las ciudades robot que había visto, este era ostentoso, estaba extremadamente decorado, era pretencioso, y aun así estaba tan vacío como todos los demás. Se le ocurrió a Ariel que el edificio reflejaba el estilo de vida de su madre: todo eran apariencias, pero bajo la superficie no era en realidad tan diferente. Juliana Welsh tenía también una vida privada, por mucho que intentara ocultar este hecho.

Ariel se preguntó qué implicaría ser incluida en esa vida. Sin duda significaría tomar parte también en al menos algunas de las exhibiciones públicas, pero supuso que todo tenía un precio. Si ella demandaba lo mismo de Juliana que Juliana demandaba de todos los demás, una recompensa justa por su inversión, entonces podría incluso funcionar. Se paró ante una ventana y miró el camino que llevaba a la inmensa verja delantera, imaginándola llena de amigos que venían a recogerla para ir a comprar la vestimenta para el siguiente gran evento social. Sonrió. Podría merecer la pena al menos probar.

Avery ascendió de los niveles bajos de la conciencia. Las últimas impresiones que se desvanecían de un sueño preocupantemente real quedaban muy recientes: había soñado que él había propiciado el alejamiento de su mujer con su insistente perfeccionismo, y que luego se había vuelto completamente loco, que estuvo a punto de asesinar a su hijo y que desperdició más de una década de su vida construyendo una ciudad que nunca sería utilizada. Esta horrible cadena de sucesos lo persiguió hasta que se despertó aturdido en una habitación desconocida, pero en ese medio segundo después de despertar en que las pesadillas empiezan a desmoronarse, percibió el calor y el peso de la cabeza de Janet sobre su pecho, sintió su suave respirar cosquilleándole la piel y supo que todo había sido una fantasía paranoica.

Suspirando suavemente, la abrazó y volvió a quedarse dormido.

Derec se despertó con el sonido de un golpeteo sobre su puerta. Se incorporó en la cama como por un resorte, perdió el equilibrio y resbaló por un lado de la cama para aterrizar de un golpe en el suelo.

—¿Qué? —dijo. Y luego, más alto—. ¿Quién es?

—¿Quién crees que es? —le respondió a gritos una voz masculina—. Nos

prometiste que nos llevarías a pescar al amanecer, y ya ha salido el sol. ¡Vamos!

¿Pescar? ¿Había dicho él algo la noche anterior sobre pescar? Oh, diantre, después de las historias que deambularon por allí al final, seguro que había presumido de que podía coger una trucha de arroyo de diez kilos o algo así. Miró hacia la cama, esperando ver a Ariel allí para preguntarle si sabía algo sobre esto, pero ya se había levantado y se había ido.

—¡Un minuto! —gritó.

—¡Treinta segundos o nos vamos sin ti!

Derec cogió con dificultad sus pantalones de diseño del respaldo de una silla y fue dando saltitos en espiral por la habitación mientras se los ponía, cogió la camisa a juego del suelo y la encajó en su cabeza mientras se dirigía hacia la puerta.

—Abre —ordenó, y la puerta se deslizó a un lado para revelar a Jon e Iván, vestidos completamente en camuflaje verde y marrón, y llevando largas cañas de pescar con mosca en las manos.

—El tiempo corre en nuestra contra —dijo Jon mientras le daba a Derec una caña de las suyas.

—¿Y qué pasa con el desayuno? —preguntó Derec.

—¿Para qué crees que nos vamos a pescar? ¡Vamos!

Esperando escasamente un momento para que Derec cogiera la caña, se volvieron y caminaron a grandes zancadas por el pasillo, ignorando sus protestas por no poder darse una ducha y no poder obtener un traje de camuflaje, ni poder decirles a los demás a donde iban. No le quedaba otra elección que seguir a sus dos nuevos amigos por los corredores de la enorme mansión, salir por una puerta trasera que daba a un camino lleno de hojas y bajar una colina cubierta de hierba hacia el estanque. Al sentir el suelo fresco contra sus pies desnudos se despertó completamente y cuando vio cómo la niebla se levantaba desde el agua, teñida de rojo con la luz de la mañana, acalló su parloteo.

Quizá Ariel tenía razón, pensó mientras observaba a los otros dos extender el sedal desde sus carretes y echarlo al agua para probar suerte. Derec imitó sus movimientos y vio complacido que evidentemente sabía, de forma algo instintiva, cómo arrojar un cebo de mosca en un estanque. Vio la mosca asentarse entre la niebla y tocar el agua enviando una única onda a su alrededor como si fuera un blanco que se ampliaba más y más para que los peces se dirigiesen de cabeza a él.

Pues sí. Quizá Ariel tenía razón. Quizá la vida consistía en algo más que en robots, después de todo.

Notas

[¹] *N. de la T.*: el nombre de Wolruf guarda cierta similitud con la palabra inglesa *wolf* que significa «lobo». <<

[2] *N. de la T.*: «el rey de la colina» es un popular juego infantil estadounidense que consiste en que los niños juegan a empujarse los unos a los otros para conseguir quedarse en el centro, que generalmente suele ocupar una posición elevada, y echar a los demás fuera de él. <<